

GONZALO DRAGO

Surcos

CUENTOS CAMPESINOS

EDITORIAL TALAMI

GONZALO DRAGO

SURCOS

CUENTOS CAMPESINOS

PROLOGO DE LUIS DURAND

SANTIAGO DE CHILE

EDITORIAL TALAMI

1948

A Juan Worm, Sergio Drago Iturriaga, Eulogio González, Raúl González Labbé y compañeros del Servicio de Tesorerías, mediante cuyo apoyo económico ha sido posible la aparición de la presente obra.

EL AUTOR.

PROLOGO

“Surcos” es el nombre de este libro que publica Gonzalo Drago. Y esta hazaña le costará duros sacrificios, porque en realidad, publicar un libro en Chile, cuando no se encuentra un editor de buena voluntad y más que eso, de comprensión para valorizar la obra de arte, es empresa que sólo la comprende quien realiza el esfuerzo con una abnegación de Quijote, que no alcanza a vislumbrar a qué finalidad y a qué satisfacciones o desencantos rri-
bará con ello.

Lo sabemos por experiencia propia cuando iniciamos hace 25 años este mismo camino, que ahora va haciendo mi compañero Gonzalo Drago, hombre de verdadera y heroica vocación literaria, pues se aferra a ella, no obstante las incomprensiones del medio y de la terrible indiferencia, que con su ignorancia y su desdén logran a veces desanimar al que mejor templado tiene el ánimo, para seguir adelante por este áspero camino.

Y es precisamente esto lo que se necesita en un país como el nuestro. Animo esforzado para hacer derroche de ilusión, aunque nos asalten las más amargas sorpresas y desengaños de todo orden. Eso

no puede demoler, no puede derrumbar esta inquietud, esta desesperación que se experimenta cuando se tiene deseos de escribir y perfilar seres que son parte de nosotros mismos, y parte también de esas vivencias que se mueven a nuestro alrededor y que repercuten en nuestra propia sensibilidad. Pero el artista tiene un mandato interno, al cual debe obedecer. Es el mandato imperioso de seres que nos están hablando día a día como le habla el viento a los árboles en los días de la primavera en que comienzan a hincharse sus venas. Y entonces es dulce prueba luchar con todas las dificultades del idioma, para poder desahogarnos de lo que adentro nos está builendo en permanente anhelo.

Recuerdo muy bien, que siendo empleado de Correos tenía yo una labor agotadora. Sin embargo, todas las mañanas me levantaba soñando con tener unas horas de tiempo, de entusiasmo y de despejo, para darle rienda suelta a aquello que estaba moviéndose adentro como un hermoso rumor que hacía recordar el de los toneles de vino en la sombría soledad de las bodegas, cuando viene la primavera. Será hoy, será mañana. Y pasaban los días, las semanas, los meses, ¡ay! los años sin que ese día en que tuviéramos tiempo y ánimo, después de una labor desgastadora tuviéramos el espíritu liviano para emprender la bella tarea.

Y esta es la tragedia que vive en la actualidad Gonzalo Drago. Funcionario del Estado, en una Tesorería Fiscal, pasa sus días alineando números, oyendo el monótono chirrido de las máquinas de sumar y de escribir. Todos los días en el mismo afán. Largos, interminables estados de pago, boletines de caja, estadísticas y otras labores por el es-

tilo. Y entonces se llega a la casa con ganas de derrumbarse y de cerrar los ojos y entregarse inerte al destino absurdo que la vida le depara al hombre que a pesar de todo se sigue aferrando a sus sueños, oyendo la música interior que le sugiere una esperanza, que le sugiere bellas quimeras, que un día, un día, claro está, habrán de realizarse.

Gonzalo Drago ha logrado vencer todas esas dificultades y empujarse por encima de esa labor abrumadora. Allá en su tierra de San Fernando que miraron sus ojos de niño desde hace cuarenta años, todas las tardes, cuando regresa al hogar, se encuentra con los ojos dulces, con la mirada pura como rocío de amanecer, de su hija, a la cual su ternura paternal llama Monita. La compañía de Monita es un buen tónico para este escritor que como un moderno galeote escribe números todo el día. Y entonces, poco a poco, iluminado por su fe, y sintiendo que su corazón de escritor late con permanente ilusión, van amontonándose las carillas de sus libros. En 1941, publicó "Cobre", un volumen de cuentos de vigorosa dramaticidad, en donde se revela un escritor de efectivos y grandes recursos para describir el ambiente que lo rodea. Es la vida de los mineros del cobre, en donde se repite, a través de un temperamento y de una sensibilidad distinta, cuadros parecidos a los que traza la pluma de Baldomero Lillo, en sus cuentos de Sub-Terra. Gonzalo Drago demuestra en ese libro un concepto cabal de la misión del artista, pintando una realidad brutal y destacando por medio de ella, la tragedia del hombre que se enfrenta con esa existencia. No necesita hacer sermones ni lanzarse en discursos de intención social, para expre-

sar su rebeldía. Le basta contar. Le basta expresar en sus diversos aspectos lo que él vió en ese escenario. En su ámbito y dentro de su capacidad artística realiza la misma labor que realizaron otros grandes narradores de la miseria del pueblo, como Panait Istrati, como Gorki, como Zolá o Pérez Galdós, cuyo influjo se manifestó en forma honda en la vida social y en las clases dirigentes de los países en que la obra de un escritor tiene una resonancia y un influjo que en muchas ocasiones no alcanza la prédica de las doctrinas políticas.

Gonzalo Drago ha publicado, después, un tomo de versos, "Flauta de caña" y en él se manifiesta como un entusiasta admirador de la naturaleza. Su poesía es clara y transparente, como un río tranquilo, en cuyo espejo se va reflejando todo lo que hay a sus orillas. Imágenes de alta calidad que nunca se alejan de ese sentimiento vernáculo del poeta que le canta a su tierra, siguiendo la premisa de Tolstoi, cuando decía: Describe bien a tu aldea y llegarás a ser universal.

En la colección "La Honda" publicó, además, nuestro compañero Gonzalo Drago, una breve novela con el título de "Una casa junto al río". Se ve en él su amor por las cosas humildes, su interés por aquello que amaba el Santo de Asís: plantas, árboles, animales, pájaros. Y en medio de todo eso, un hombre con su desamparo. Un hombre con su soledad, con su angustia que a nadie interesa, como en el caso del personaje de un conocido cuento de Chejov, un viejo cochero que después de intentar que lo oigan los hombres, se desahoga con su caballo, al cual le cuenta la inmensa, la infinita tristeza de su vida.

Gonzalo Drago tiene muchas obras que esperan la oportunidad de ser publicadas. El editor es como el ave fénix a quien cuesta encontrar. Pero esto no le quita fuerzas ni le mata el ensueño a nuestro compañero. Tiene terminadas dos novelas y cuatro libros de cuentos además del libro "Surcos", en el cual se publicarán estas líneas de amistad y de compañerismo, más que de apreciación estética o de interpretación de su obra, que estamos seguros de que se impondrá dentro de un plazo muy breve.

Gonzalo Drago, no obstante lo dicho —debemos dar nuestra opinión—, es un escritor directo, de estilo claro, sencillo, vigoroso y lleno de amabilidad. Su obra se lee con placer, porque está saturada de emoción, enraizada en la vida misma y nunca en juego de palabras o lucubraciones retóricas. Estos cuentos le demostrarán al lector hasta dónde es verdad lo que afirmamos. Drago remece el árbol de sus recuerdos y desde él caen y ruedan por sus páginas las historias de los humildes, con su miserable alegría, con su dolor y su fatalismo, como se puede observar en su cuento "Un racimo de uvas". La humillación del pobre y del ignorante que disimula tras palabras melosas su rencor, como en su cuento "Elecciones". Con sencilla destreza, con paso tranquilo, este escritor va conquistando un puesto de importancia en nuestra literatura.

De sus tierras de San Fernando tiene mucho que contar, y de su contacto con esos burócratas de que solía burlarse Maupassant, dirá cosas muy interesantes. Y seguirá haciéndolo hasta que las fuerzas le abandonen, sin perder su fe, porque Gonzalo Drago es un escritor de verdad, un burócrata que anhela fervorosamente alcanzar un día su libertad,

para lanzarse por en medio de ella y de sus sueños, a darle vida a todos esos seres que viven en su imaginación y que le visitan, noche a noche, en sus desvelos de artista.

Luis Durand.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

SURCOS

IGNACIO Tapia parecía no sentir la lluvia persistente que le mojaba el rostro y se le colaba a través de los harapos, humedeciéndole la carne, después de haberla sentido caer sobre su cuerpo durante muchos inviernos y de haber agotado las blasfemias en contra de esa rejilla vertical que descendía del cielo plomizo, formando charcos y lagunas a lo largo y ancho de la carretera.

El cansancio asomábase a su rostro moreno y danzaba en sus pupilas duras: cansancio de bestia agotada que desea llegar pronto a la querencia para echarse a descansar. Pero Ignacio Tapia no tenía dónde cobijarse. En todo el vasto mundo no había un techo ni un miserable cobertizo que le perteneciera, para arrojarse al suelo y extender los músculos adoloridos por la fatiga y las marchas extenuantes.

Camina. Eso parecía ser su sino. Desde muchacho no había hecho otra cosa. De una labor a otra, de un fundo a otro, de una ciudad a otra, siempre estaba sobre un camino abierto frente a la inquieta expresión de sus pupilas ávidas. Sus plantas habían hollado arenas del desierto, nieve de las montañas y polvo y lodo de los caminos de Chile, impulsado

por un poderoso atavismo de raza, que circulaba impetuosamente en el rojo silencio de sus venas.

Ignacio Tapia era un hijo típico de Chile. No conoció padres, creció como un árbol entre parientes huraños y groseros que deseaban deshacerse pronto de aquella carga, y nunca fué niño. Nunca. Desde pequeño desempeñó tareas rudas destinadas a los adultos; asistió a una escuela pública durante cortos períodos y tuvo ocasión de conocer el hambre, el frío y el desamparo. La vida lo había esculpido con sus manos rudas y el resultado fué un legítimo producto del ambiente: desconfiado, ladino, torvo y huraño. Permanecía a la defensiva. Rumiaba sus venganzas.

Ahora buscaba trabajo. Cada vez que estaba sobre un camino, su objetivo era el mismo: encontrar trabajo para luego abandonarlo en busca de nuevos horizontes. La miseria no había logrado domesticarlo y a menudo reñía con los capataces cuando sentíase herido en su orgullo de macho libre y desprejuiciado. No había nacido para siervo. No podía resignarse a la esclavitud.

La lluvia continuaba tenaz. Los árboles desnudos, erizados de ramas, no ofrecían ningún reparo. Una inmensa desolación cubría la tierra, se alzaba desde las colinas desnudas y se arrojaba de bruces sobre los cilancos. Ignacio miraba obstinadamente hacia el fango del camino. Muchos hombres y bestias habían pasado por aquel mismo lugar, orientados hacia la vida. El también iba en busca de la vida. Era un hombre, un "roto", y se habría avergonzado de sentirse vencido por el infortunio. Hervía en su interior un germen de ferocidad instintiva que lo hacía rebelarse contra todo y contra todos.

Mojado, azotado por el invierno, hambriento y sin posibilidad de encontrar asilo antes de la noche, marchaba poseído por una terca esperanza de salvación.

Y el viento parecía ser su enemigo. Lo sacudía, aplastaba su sombrero mojado contra sus ojos para impedirle la visibilidad y trataba de enredarle el poncho en la cabeza. Después se alejaba rugiendo, curvando los árboles sumisos y empujando los rebanos de nubes que huían hacia el sur. De allá, del sur del país, de Malleco, venía Ignacio Tapia. Traiguén, Quilquílco, Púa, Selva Oscura. Aquéllas habían sido sus canchas. Traía las pupilas impregnadas de verde vegetal, de flora ruda y exuberante, de hachas robustas derribando robles y laureles gigantescos, rostros de cobre cobijados en sus rucas y un rumor permanente de follaje en ebullición. Eso era la selva.

La vida le había enseñado muchas cosas útiles a este auténtico hijo de la tierra chilena. Sabía desconfiar de los hombres y ser hermético con las mujeres. Hablaba lo indispensable, avaro de sus palabras, cobijado en un silencio hurraño frente a los desconocidos. En un pueblo del sur, a sus espaldas, quedaba una atmósfera preñada de amenazas después de su "desgracia". Aquello había sido un duelo formal. Entre la plebe también hay caballeros. Se rigen por un código de honor inflexible y tradicional y el duelo es siempre a muerte. Y sin testigos.

Cuando Ignacio recordaba aquella lucha, extrañándola del cofre vivo de su memoria, sentíase desconcertado. No encontraba justificable su asesinato. Es cierto que ambos estaban ebrios, que habían pre-

tendido a la misma hembra y que deseaban saber cuál de los dos era más diestro en el manejo del cuchillo. Pero no había existido rencor antiguo. Apenas una simple animosidad del momento, una euforia malsana desencadenada por la borrachera. Salieron al camino y despojándose de sus ponchos se atacaron como fieras, escasamente alumbrados por la luz de las estrellas. Pronto sintió el roce del puñal de su adversario cerca de su rostro, y ese fugaz contacto del acero enemigo lo convirtió en asesino. Atacó con fiereza, ciego de ira, y hundió su cuchillo en el vientre de su rival. Eso fué todo. Y después, la fuga apresurada a través del campo cómplice, durmiendo en las cunetas de los caminos, en demanda del norte del país para alejarse de la justicia. Ahora, agotado el dinero, caminaba sobre una fangosa carretera de la húmeda Colchagua.

Para un hombre como Ignacio Tapia, la cárcel era un suplicio superior a su capacidad de resistencia física y moral. Prefería morir luchando por su libertad antes que dejarse prender. No le temía a la lluvia, al viento ni al hambre que le empezaba a roer las entrañas vacías con insistencia desesperante. Los aledaños estaban desiertos. No se veía un animal en los potreros cercanos. La soledad lo circundaba y el invierno lo estrechaba con su anillo de lluvia. Algunos pájaros se aventuraban a través del cielo, acicateados por el hambre, volaban desconcertados sobre la tierra inundada y por último cobijábanse entre las ramas desnudas de los álamos danzarines, esperando un momento propicio para reanudar sus excursiones.

Y el hombre continuaba caminando tenazmente. No sabía a dónde dirigirse. Pero el camino ten-

dría que llevarlo hasta algún rancho: no era posible que la tierra fuera una inmensa meseta desolada. Para sentirse más seguro y menos solo, tocaba algunas veces la empuñadura de su corvo. Allí estaba, listo para ser requerido, con su mango de hueso y su fina hoja de acero. Sentíase protegido con su contacto. Conocía los peligros de su vida nómada, tenía experiencia de las acechanzas y su valor crecía al saberse custodiado por el corvo protector.

Ignacio Tapia y su cuchillo no podían separarse. Andaban juntos, dormían juntos y caerían unidos si les llegaba la hora. Eran dos buenos camaradas, inseparables en la buena y en la mala fortuna. Podría decirse que el cuchillo, empuñado por la mano del hombre, era la razón de su audacia para sostener su destino.

La noche empezaba a descender sobre la tierra, extendiendo sus betunes sobre las colinas y los árboles y borrando los senderos con su pincel nocturno. El camino inundado apenas era visible. Sólo se escuchaba el ruido de la lluvia y el sordo rumor de las pisadas de Ignacio sobre el lodo. No podía detenerse. Tenía que andar, andar hasta el agotamiento, caminar toda la noche si era preciso, hasta descubrir un sitio seco donde tenderse a descansar.

Debilitado, sentía en su cuerpo un hormigueo molesto y el cansancio trepaba por sus piernas instándolo a detenerse, a echarse sobre el suelo para reponer sus fuerzas. Pero el hombre no cejaba. Le era odioso ese cansancio que se empecinaba en derrotarlo. Y esa angustia física de saberse débil y al borde de la derrota, trajo a su memoria debilitada una escena de su infancia lejana. Vióse a sí mismo, pequeño, canijo, alimentado a ración de hambre por sus parientes, tímido a fuerza de bofetadas y sucio

como un animal doméstico. Una mañana recibió una orden agria y autoritaria.

—¡Nacho!

—Mande, padrino.

—Anda al pueblo a comprar veinte kilos de harina. Aquí tenís la plata.

—Bueno, padrino.

—Y si te demoray mucho te pelo a azotes.

Y él había partido hacia el pueblo a efectuar la compra. Recorrió en poco más de una hora la legua de distancia que lo separaba de la ciudad, corriendo a trechos, siempre apresurado, temeroso del castigo que presentía si tardaba más de lo necesario. Pero el retorno había sido terrible. La bolsa de harina pesaba demasiado para sus escasas fuerzas de niño mal alimentado. Eran veinte kilos que le trituraban los brazos y le barrenaban los músculos de la espalda, agotándolo y obligándolo a detenerse para recuperar sus fuerzas. El temor lo hacía avanzar. El sol —lo recordaba bien— le tostaba la cara. Era inútil tratar de defenderse de aquel enemigo despiadado, suspendido sobre su cabeza, que se complacía en torturarlo con su abrazo asfixiante. Ahora era la lluvia. La otra vez era el sol. Pero el cansancio era el mismo. La misma angustia que trepa por los músculos doloridos y el mismo imperioso deseo de arrojarse de bruces en la tierra para reponer las fuerzas agotadas. Y la misma imposibilidad de poder detenerse. Entonces era el temor al castigo, la carne que se rebela al dolor. Ahora la tiranía de la lluvia y del fango que lo obligaba a permanecer vertical.

Y el recuerdo se le hace amargo, temblor en los labios y niebla en los ojos. Su infancia ultrajada lo llena de rencor. Había llegado extenuado al ran-

cho. Y aun perdura en su memoria el gesto agresivo de su padrino y aun recuerda el escozor de los latigazos en su carne desnuda. Y su alma altiva se estremece por un tardío deseo de venganza hacia el hombre despiadado que ultrajó un pedazo de su infancia. Pero pronto se da cuenta de que es demasiado tarde e inútil para pensar en esas cosas que pertenecen al pasado. Ahora, lo principal es caminar sin detenerse, sin hacer caso al cansancio que quiere vencerlo, hasta alcanzar un punto habitado. Por eso sus ojos zahoríes otean en la obscuridad a través de la lluvia, para descubrir alguna luz que denuncie la presencia de un rancho amparador.

La marcha se prolonga. Clac-clac-clac. En algunos trozos del camino la lluvia lo ha inundado todo y el hombre siente que el agua le sube hasta los tobillos. La noche le impide escoger su sendero. De improviso choca con fuerza contra un alambrado y las púas se incrustan en sus piernas. Aulla de dolor y de rabia.

—¡Carajo!

Pero es inútil lamentarse. Avanza como un ciego. La noche es un túnel. Ignacio Tapia avanza siempre, horadando las sombras con una tenacidad sostenida por su desamparo. Siente que el poncho pesa demasiado. El agua chorrea por su espalda, por el pecho, y toda su carne se estremece de frío. Y para torturarlo, acude a su memoria, sin que se lo proponga, la imagen de un brasero chispeante y de una tetera hirviendo a borbotones. Por un instante se le hace tan imperiosa la necesidad de encontrar abrigo, que se sorprende casi corriendo a pesar de su cansancio, del lodo y de la obscuridad. Pero la noche lo detiene con los charcos profundos, los

latigazos de la lluvia y el sordo rumor del viento que sacude las copas de los árboles.

—Así es la vida — comenta Ignacio mentalmente con rabia y desaliento. Empieza a dudar de su buena estrella que siempre lo ha sacado de aprietos. La soledad lo mortifica. Tiene hambre y frío. El sueño comienza a pesarle en los ojos y la angustia germina en el fondo de su corazón. No quiere creer en su derrota.

Pero en todo ser hay un límite para su resistencia física. Ignacio Tapia siente que el cansancio es superior a sus fuerzas, y temiendo derrumbarse sobre el lodo, se detiene a la orilla del camino, palpando con ansiedad hasta encontrar el apoyo de un madero de las alambradas. Allí apoya las espaldas y permanece largo rato con la cabeza inclinada, dejando que el agua se escurra por el ala de su sombrero y penetre por el cuello de su poncho deshilachado. El frío se le hace insoportable. Debe caminar. No puede detenerse. Y aguijoneado por la ansiedad, continúa la marcha interrumpida.

Era cerca de la medianoche cuando Ignacio creyó escuchar ladridos de perros, mezclados con el rumor de la lluvia y el viento. Escuchó atentamente, con los nervios tensos, el corazón anhelante, el oído afinado. Nada. Sólo la lluvia. Pero una íntima esperanza empezó a germinar en su interior. Tenía que encontrar algún rancho. Para ello sólo era preciso caminar, no detenerse, no dormirse, mantener el oído atento y los ojos abiertos para escrutar la sombra. Luchaba contra el cansancio. Vencíalo a fuerza de indomable voluntad forjada en todos los caminos. Después de haber marchado algunas cuerdas, oyó distintamente un furioso ladrido de pe-

rros. No cabía duda: había llegado a un punto habitado.

—Estoy salvado — pensó con alegría. Y se encaminó rectamente hacia el lugar de donde procedía la alarma de los perros. Sintióse poseído de un ansia febril ahora que estaba a punto de encontrar refugio. Le parecía que podía perder aquella oportunidad y empezó a torturarse con pensamientos nacidos de su experiencia. ¿Y si lo rechazaban? ¿Si se negaban a franquearle la puerta para darle albergue? ¿Tendría que seguir caminando? Esta duda se le hizo insoportable y para terminar su tortura buscó la puerta del rancho y golpeó sigilosamente para no alarmar a sus moradores. Nadie respondió. Sólo los perros, amenazantes, rompían el silencio de la noche. Volvió a golpear, esta vez con más fuerza.

—¿Quién es?

—Yo, señor, Ignacio Tapia, un hombre trabajador que busca alojamiento.

—¿Y a esta hora y con este tiempo anda por estos barrios?

—Así es, señor. Me pilló la lluvia en el camino.

—¿Anda solo?

—Solo, señor. Quiero un rinconcito pa dormir. He caminado toda la noche y estoy pasao de agua.

La puerta del rancho se abrió tímidamente. Ignacio pudo ver el rostro de un hombre anciano, desconfiado, que lo escudriñaba tratando de adivinar las intenciones de aquel viajero nocturno. Pareció condolerse. Su voz fué un ronco mensaje de amistad.

—Entre, pues. No faltará un trechito donde se acomode.

—Gracias.

Ignacio chorreaba agua. Una mujer anciana, de aspecto tímido y andar arrastrado, se apresuró a quitarle el poncho mientras lo invitaba a sentarse. Ella también había tenido un hijo. Se había marchado él, ingrato. Acaso ahora andaba vagando y pidiendo asilo, como aquel hombre que golpeaba la puerta de su rancho. Luego, la anciana se dedicó a encender fuego.

—Por diosito, si está calado hasta los güesos — comentaba con insistencia.

—¿De aonde viene? — añadió sin curiosidad, por preguntar algo y romper el silencio embarazoso del visitante.

—De Santa Juana.

—¿Aonde queda eso?

—Pal sur.

—Ah. ¿Queda muy lejos eso?

—Lejazo.

—Santa Juana. Primera vez que oigo mentar ese pueblo.

—¿No hay trabajo por estos laos?

—¿Por aquí? Psh. En este tiempo no hay trabajo pa nadie —respondió el viejo con desaliento—. Hay que esperar el buen tiempo pa arar las tierras y este aguacero parece que no va a terminar nunca.

Ignacio preguntaba y obtenía las respuestas sin demostrar interés, agobiado de cansancio. Quería dormir. Quería arrojarle al suelo seco del rancho. La mujer ya había encendido fuego y se apresuraba a preparar el mate.

—Tengo sueño — confesó el vagabundo, ahogando un bostezo para rubricar su necesidad de reposo.

La mujer continuaba hablando. Se quejaba del tiempo, de la miseria, de las gallinas enfermas, como si tuviera prisa en participar al desconocido que aquel era un rancho miserable. Ignacio ya no la escuchaba. Su sueño invencible y tiránico le había cerrado los ojos, hurtándolo a la realidad y alejándolo de las palabras de la anciana. De sus harapos mojados elevábase una leve gasa de vapor y de toda su actitud de hombre rendido por el cansancio emanaba una angustia tan indefinida, que la mujer sintió que sus ojos se empañaban piadosamente.

* * *

A la mañana siguiente continuaba lloviendo. Del cielo plomizo se desprendían gruesas gotas, compactas y heladas, que cerraban el horizonte. Hasta donde alcanzaba la vista, la tierra veíase inundada por el agua turbia y cenagosa, que se estancaba en los baches o corría en pequeños arroyuelos. El paisaje era desolado. Infinitamente triste. Dolorosamente yerto. La tierra parecía muerta, pero en el fondo de su misterio germinaba una nueva vida.

Ignacio, decidido, recuperadas las fuerzas por el descanso nocturno, quiso abandonar el rancho para continuar su marcha interrumpida. Lo detuvo la voz del viejo, impregnada de paternal emoción.

—¿Cómo se le ocurre irse por esos caminos con esta lluvia? Quédese aquí hasta que pase el aguacero. No faltará un plato de comida y un rinconcito en que dormir.

—Gracias.

No sabía si quedarse o irse. A él, que siempre lo habían rechazado con desconfianza dondequiera que pedía albergue, le era difícil decidirse ahora que lo

instaban a quedarse. Le parecía, tenía la evidencia, que en aquel rancho era un estorbo. Había cuatro pequeñuelos además de los viejos. Seis bocas que tragaban cotidianamente. Y él sería una boca y un vientre más en aquel rancho miserable. Pero la actitud blanda y sumisa de la madre lo decidió a quedarse.

—Quédese, hijo —rogó con mansedumbre—. Ahora no hallará trabajo en niuna parte. Y los caminos como están... no andan ni pájaros...

Entonces decidió quedarse. Los chiquillos lo miraban boquiabiertos, un poco atemorizados ante aquel forastero de barba crecida y de ojos duros, que casi no hablaba. Además, no podía estarse quieto. Sentía una imperiosa necesidad de moverse o de hacer algo. Asomábase a la puerta del rancho, escrutaba el cielo con los ojos entrecerrados, volvía a sentarse a la orilla del fogón para luego incorporarse como si se sintiera incómodo en aquella actitud de reposo.

Don Fabián, el dueño del rancho, lo observaba tranquilamente mientras chupaba su cigarrillo crepitante. Era un campesino envejecido en contacto con la tierra. Sus manos habían adquirido el color del campo arado y bajo los espesos matorrales de sus cejas brillaban las tranquilas chispas de sus ojos de avellanas. Sentíase viejo y débil. Sus nietos eran demasiado pequeños para ayudarlo en las faenas del campo. Su mujer, agotada y enferma, cuidaba del rancho y atendía a sus nietos huérfanos, que crecían como animalillos domésticos. Ambos, él y ella, habían llegado a la vejez sin esperar nada de los demás, ajenos a todo, aislados en mitad del campo, cultivando su predio con el hondo cariño de entregarse a lo único que se posee.

Una gotera caía con insistencia en un rincón del rancho. Ignacio levantó la cabeza, observó el techo, salió al exterior y pronto estuvo sobre la techumbre, arreglando el desperfecto. Estaba satisfecho de haber hecho algo útil. Así no le sería difícil, por ahora, comer el pan que le ofrecían. A medida que el tiempo pasaba, empezó a sentirse más cómodo en aquel ambiente familiar, entre rostros bondadosos y sencillos gestos impregnados de hospitalidad. Ahora, con más confianza, alargaba sus manos hacia el fogón y le agradaba escuchar el ronquido del agua hirviendo en la tetera o la sorda ebullición de la olla con frejoles, que despedía un incitante olorillo.

Afuera llovía con fuerza. Cuando llegó la noche, continuaba lloviendo. Entonces, cada uno, como una bestia cansada, buscó su lecho y se dispuso a dormir. Ignacio, sobre su lecho improvisado, no pudo conciliar el sueño. Le parecía un poco violento estar en aquella casa ajena disfrutando de la hospitalidad de los dueños, sin hacer nada para merecer su aprecio. Recordó el cansancio y la angustia de la noche anterior cuando avanzaba azotado por el temporal y sintió que su corazón se henchía de gratitud por la acogida de los viejos.

Llovió seis días sin descanso. Aquello era un diluvio. Las provisiones escaseaban en el rancho y el rostro de don Fabián empezaba a ensombrecerse, como un mudo presagio de su tormenta interior. Pero no se quejaba. Nunca se había quejado en casos semejantes. Sabía que era inútil. Los años y la miseria le habían robado las palabras. Casi no salía del rancho. Fumaba. Y el humo, aspirado hasta el fondo de sus pulmones, lo distraía de su angustia.

En cambio, Ignacio salía a la lluvia, merodeaba por los aledaños, oteaba el cielo para buscar un pe-

dazo azul y no se resignaba a permanecer quieto durante mucho tiempo. Los niños ya no le temían. Habíanse acostumbrado a la presencia de aquel forastero que se esforzaba por ayudar en algo, por buscar leña en los contornos o apuntalaba un pedazo de cerca destruída.

El sexto día amaneció radiante. Causaba malestar aquella luz vivísima después de haber permanecido en una suave penumbra durante varios días. Sin embargo, una alegría vital emanaba desde el seno de la tierra. Los pájaros se apresuraban a buscar su alimento y los hombres se asomaban a sus ranchos para intentar salir al campo inundado. Don Fabián hizo proyectos.

—Tengo que ir al pueblo a comprar algunas cosas. Ya no tenemos qué comer.

—¿Cómo se te ocurre ir a vos por esos caminos? Tenemos que esperar que se consuma l'agua primero — protestó su mujer con visible disgusto.

—¿Y qué vamos a comer, entonces, vamos a ver? No hay azúcar, ni yerba, ni harina, ni grasa, ni sal. No hay ná.

Ignacio escuchaba sin mezclarse en la conversación. El, claro, podría ir. Estaba acostumbrado a caminar sobre el fango de todas las carreteras de Chile. Pero no se atrevía a ofrecer sus servicios. Temía despertar la desconfianza de los viejos. Pero los vió tan desalentados, con los rostros tan amargos y sombríos por la preocupación, que se atrevió a hablar:

—Si usted gusta, voy yo, don Fabián.

—¿Usted? No, ñnor, ¿Cómo se le ocurre? Por esos caminos no andan ni bestias.

En la voz del viejo había una mezcla de ternura y desconfianza. Le agradaba que aquel hombre se

ofreciera para ir al pueblo, pero no confiaba en su honradez. El no lo conocía. Era un "aparecido". Un vagabundo. Un cesanté. Podía irse con el dinero de las compras. No. Era mejor negarse a su ofrecimiento. Pero Ignacio insistía, con un tono humilde que nunca había usado. El mismo desconocía aquel temblor de su voz.

—Yo estoy acostumbrado, don Fabián. No me asusta el barro ni el agua. Si usted quiere, yo puedo ir. He sido roto andariego, me he criado en el barro. Viera usted en el sur, don Fabián, cuando llueve hasta un mes sin escampar. Entonces sí que hay agua en los caminos . . .

—No, mire. Es mejor que no vaya. Yo iré otro día.

—¿Por qué no lo dejay que vaya, Fabián?—propuso la mujer con aparente indiferencia—. Los chiquillos tienen hambre. Ya no queda ni una ná pa comer.

El viejo, venciendo su instintiva repugnancia, accedió al pedido de su compañera.

—Güeno, amigo, vaya pa'l pueblo, ya que tiene ganas de ir, Aquí tiene la plata.

Ignacio cogió el dinero, pidió una bolsa y se dirigió hacia el pueblo, hundiéndose en el fango de la carretera. Iba alegre. Silbaba. Nunca había desempeñado una tarea con tanta alegría. Su rostro sombrío habíase endulzado y en sus ojos torvos brillaba una estrellita de felicidad. Caminaba a largos trancos, resbalando en el lodo, anhelando llegar pronto a su destino. El cielo, puro y diáfano, parecía reflejar su alegría interior. De los campos empezaba a elevarse una tenue gasa de vapor que se disolvía en el aire frío, mientras el cielo reflejaba su rostro en los infinitos ojos de los charcos.

Al quedar solos, Fabián interpeló a su mujer con visible desagrado:

—¿Y si se arranca con la plata? Vos sois muy confiá con esta clase de gente.

—¿Creís que's un ladrón, entonces?

—Yo no digo que sea ladrón, pero no le tengo mucha confianza pa entregale mi plata.

—No seay leso. Vay a ver que vuelve. Si es un hombre bueno y honrao. Se le conoce en la cara.

—En la cara no se conoce la honradez. Hay muchos ladrones con cara de santos y gente buena que parecen bandíos.

—Así será, pues. La Virgen del Carmen lo traerá por buen camino.

No hablaron más. A medida que pasaba el tiempo, la incertidumbre crecía y se enrollaba como una enredadera en el corazón de los viejos. Ella era la más intranquila, pero no lo demostraba. Sentíase cómplice de lo que pudiera ocurrir. Si el hombre no volviera. Si se arrancara con la plata. No, No era posible. Volvería. Sí. Volvería. Estaba segura de eso. Fabián mordía sus blasfemias. Se acusaba de estupidez por aceptar las sugerencias de su compañera y prometíase obrar siempre por cuenta propia, sin escuchar consejos ajenos. En sus pupilas había una especie de estupor mudo, visible y extraño, delator de las conjeturas que rondaban en su cerebro.

—Este ya no güelve — murmuró con desaliento.

Y a sus palabras siguió un largo silencio. Ambos se esforzaban en pensar en otra cosa, en desviar sus sospechas, pero no podían evadir la tenacidad de sus pensamientos que trataban de anular sus últimas esperanzas. Anochecía. Cobijados en la som-

bra, con los nervios tensos, esquivaban sus pupilas bañadas por una lacerante inquietud. De pronto, sonaron golpes en la puerta.

—¡Es él! — gritó la mujer.

—Es él — repitió el viejo como un eco, avergonzado por su desconfianza.

Ignacio penetró al rancho con gesto alegre y despreocupado. Encendieron una bujía. A su luz, temblorosa y vacilante, pudieron examinar el aspecto del "aparecido". El lodo acuoso chorreaba de sus viejos pantalones y de una manga de su chaqueta campesina.

—Aquí están los encargos, don Fabián. Perdóne la demora, pero ¡hubiera visto los caminos! Me caí tres veces al barro.

Y la alegría, súbitamente, penetró al rancho sombrío de don Fabián, con una fresca y franca cargada del vagabundo.

* * *

Una semana más tarde, Ignacio estimó prudente abandonar aquel rancho abierto a la hospitalidad. No lo había hecho antes por acceder a los ruegos del viejo para que lo ayudara en las labores del campo. Por ahora, nada había que hacer. El campo no podía ser arado hasta que la tierra no estuviera enjuta. Y eso demoraría algunas semanas. La campiña habíase convertido en un inmenso lodazal. Pero le era difícil despedirse de sus amigos, y a pesar de sus esfuerzos, no acertaba a dar con las palabras que debería emplear para participarles su decisión de marcharse. Por fin se decidió a hablar.

—Oiga, don Fabián. Ahora si que tengo que irme.

—¿Pa onde quiere irse, amigo? Ya le he dicho que por estos laos no hay trabajo. Quédese aquí mejor, hasta que guste.

—Sí. Es que . . . Güeno, es que aquí tampoco puedo quedarme, porque . . .

—¿No le gusta mi rancho, entonces?

—No, don Fabián. Eso no. Es que aquí puedo molestar. Soy una boca más y usté es pobre. No tengo derecho pa robarle un pan a sus hijos.

—No esté hablando disparates, iñor. Usté me ayuda a trabajar y come el pan que se ha ganao con su trabajo. Entre los dos poímos arar y sembrar too el potrero, después cosechamos y vendimos las cosechas. Le diré con franqueza, yo solo no pueo trabajar la hijuela, contimás que m'estoy poniendo viejo y usté es joven y robusto.

—Sí, es que . . .

—¡Güen dar que's testarúo usté, iñor! Lo que hay es que no le gusta mi rancho.

—No, don Fabián. Me quedo.

Y así fué como Ignacio Tapia, vagabundo innato, azotado por todas las inclemencias y todos los infortunios, echó raíces en aquel rancho, como un árbol en tierra de sembradío. Fué un hijo más en aquella familia. Un hijo tenaz y entusiasta en el trabajo. Conoció la alegría de arar, sembrar, cuidar y recoger el fruto de su esfuerzo. Antes, cuando era peón de hacienda, le correspondía segar lo que otro había sembrado, o bien, arar la tierra que otro sembraba. Nunca había conocido la satisfacción de la tarea completa, del premio al esfuerzo gastado para que la semilla fructifique. Ahora todo era profundamente distinto. El campo se llenó de surcos. Asistía al nacimiento de los pequeños brotes del trigo o del maíz con una íntima emoción

de padre frente al vástago. Esmerábase en preparar la tierra, abonarla, purificarla de malezas para que todo el vigor fuera extraído por las plantas, y sus esfuerzos se encaminaban, como un rebaño sumiso, a un amplio logro de sus desvelos. Conoció la ansiedad de las heladas, de las lluvias persistentes o intempestivas, de los vientos traicioneros y de las sequías.

Las raíces del hombre habían penetrado profundamente en la tierra de aquel campo, y se nutrían con la ansiedad y la esperanza para compartir su esfuerzo con la fuerza ciega y vital de la naturaleza. Al llegar el verano, el campo era un lago de espigas maduras, rubias, curvadas por el peso de sus frutos. El maizal alzaba sus penachos dorados ostentando a lo largo de su vientre vertical las mazorcas duras, de sedosas cabelleras verdes, que se tornaban de un color rubio violento para denunciar la madurez de sus frutos. Ignacio y Fabián miraban satisfechos el producto de su esfuerzo. Era una felicidad sin palabras, que se asomaba, limpia y pura, a sus pupilas pardas.

—Ahora tenemos que segar — murmuró complacido don Fabián.

Y ambos alzaron sus hoces relucientes y empezaron a segar a grandes brazadas, con movimientos rítmicos, como lo habían hecho sus antepasados. Eran los brazos de los padres y de los abuelos que repetían la faena eterna de hacer parir la tierra, de abrirla y triturarla para arrancarle su vigor y crear riqueza. Las espigas se amontonaban sobre el potrero, mientras el sol caldeaba a el campo y lamía las espaldas de los hombres curvados, abstraídos en su labor.

Ignacio, de pronto, empezó a cantar. Hacía mucho tiempo que no lo hacía en voz alta. Su voz ronca tenía sonoridades de viento encadenado, vacilando en los baches de su memoria para luego alzarse alegre y juvenil sobre el potrero fecundo. Era una felicidad íntima y primitiva, fecundada en el fondo de sí mismo, la que lo incitaba a cantar como un pájaro libre y saciado en la copa de un árbol.

Y entonces, sólo entonces, descubrió el llamado de la tierra, el cariño de la tierra, la gratitud honda hacia la tierra que lo da todo. Es cierto que aquella no le pertenecía, pero sentíase liberado de la cadena patronal y de los rostros agrios de los mayordomos. Estaba alegre. Rotundamente alegre. Ahora, después de muchos años, también él era dueño de una parcela de felicidad en los predios de su corazón.

Por eso el canto de Ignacio Tapia, extraído del temblor de su sangre, era como una prolongación de su esperanza hacia las carreteras del porvenir.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

ELECCIONES

LOS árboles empezaban a vestirse con sus percalas de primavera, acariciados por la sencilla tonada del viento sur, cuando el administrador del fundo "La Higuera" dió la noticia al corro de inquilinos reunidos para recibir su salario semanal.

—¡Oigan todos lo que les voy a decir! ¡El lunes llega el patrón!

Algunos comentarios confusos, incomprensibles, acogieron la noticia. No podía precisarse si aquellos hombres se alegraban o entristecían con la noticia de la llegada del amo. Sus rostros impasibles, sumisos, reflejaban una muda resignación de bestias domesticadas, que no conocen otra satisfacción que la diaria pitanza.

—Ya lo saben —continuó el administrador con voz áspera y recia—. Así que vamos limpiando las casas, los patios y las bodegas.

En seguida distribuyó al personal con frases cortas y gestos enérgicos, entre el silencio respetuoso de los campesinos.

—A ver vos, Rosamel y José María: corriendo a limpiar la casa. Aquí tienen las llaves. Y cuidado con robar algo, porque los pelo a pencazos.

Pedro y Segundo: a rasquetear los caballos del patrón. Vos, Pereira, a limpiar el patio y arreglar el jardín.

Pronto quedó distribuído el personal en las diversas faenas de limpieza. Aquella intempestiva visita del patrón había mostrado a los ojos de todos el abandono de las casa y aledaños, patinados por la herrumbe invernal y el musgo revelador de la inercia. Don Pascual, el administrador, estaba nervioso. La próxima llegada del amo poníalo en un estado de ánimo especial. Tranquilo, silencioso y haragán mientras estaba solo, sentíase acometido de una extraña inquietud en presencia de su amo. Enriquecido a sus expensas, le robaba mientras estaba ausente, pero era capaz de matar por defenderlo de los ataques ajenos. Existía en él, impura, la sangre india y goda, formando una extraña mezcla de ruindad y nobleza, cobardía y valor, que se manifestaba en sus actos frente al patrón o ante la actitud sumisa de los peones.

A medida que se acercaba la fecha fijada, la casa, el jardín, las bodegas y los caballos iban cambiando de aspecto. El mal humor acentuado del administrador no permitía dilaciones en las tareas de limpieza. Los campesinos, mudos y respetuosos en su presencia, soltaban la lengua apenas le veían la espalda.

—¿Qué bicho le habrá picado a on Pascual?
— preguntaba José María a su compañero, mientras quitaba las telarañas a los cielos rasos, esforzando sus limitados pensamientos, en los que empezaba a madurar una incipiente rebeldía.

—El bicho de la lesera —respondió el otro con acento endurecido—. En vez de estar arando lo

sembrando, estamos aquí como señoritas, limpiando vidrios y cacerolas. Parece mentira.

—Yo no he nació pa esto.

—¿Y pa qué naciste, entonces?

—Bah, pa trabajar con la pala, con el chuzo y con el arao.

—Yo creía que habíay nació pa patrón.

José María se dió cuenta de la jovial alusión de su compañero, que lo miraba con una disimulada sonrisa de satisfacción, y permaneció en silencio madurando su amistosa venganza.

Por largo rato continuaron ocupados en la tarea de limpiar los vidrios de la galería, empañados por el largo abandono. De pronto José María detuvo el brazo oscilante y mirando a su compañero con el rabillo del ojo, le preguntó con tono displicente, dejando caer las palabras con la lenta seguridad de un diálogo premeditado.

—¿Es cierto que te casay con la Chepa, Rosamel?

—Claro; pus. Pa la primavera que viene.

—Me habían dicho que'ataba de novia.

—¿Con quién, si se puede saber?

—Connigo.

—Ja, ja, ja. Buena noticia. ¿Y quién te dijo eso?

—Ella misma.

—¿Cuándo te lo dijo, si se puede preguntar?

—El día de su santo, en la casa de mi suegro. Es un viejo muy voltario y desprendió con los parientes...

—Pero, ¿quién es tu suegro, espantajo e chacra?

—¿Quién ha de ser, pué? El paire de la Chepa.

José María hablaba sin inmutarse, frotando los vidrios con movimientos lentos, como si aquella tarea absorbiera toda su atención. En cambio Rosamel comenzaba a irritarse ante aquellas palabras inexactas de su compañero. ¿Exigirle una explicación, mostrarse ofendido? ¿Y si el otro se lo estaba "pitando"? Lo mejor era aclarar las cosas por la buena.

—Vamos a ver —dijo con acento conciliador—. La Chepa es mi novia, su paire es mi suegro y vos no sos más que un palabruío y un embustero.

—¿Un embustero? ¿Y por qué, vamos a ver? Estoy diciendo la verdá.

—Si no fuera porque somos amigos... Miren que novio le apareció a la Chepa ¿no digo yo?

—Pero si te estoy diciendo la verdá, hombre. Yo estoy de novio con la Chepa Peralta y vos estay templao de la Chepa Godoy.

—Ja, ja, ja.

En aquel instante, una voz rugió a sus espaldas, mordiendo blasfemas.

—¿Y vos de qué te reís, vamos a ver?

La risa del hombre cayó tronchada como un árbol vencido por el viento. La voz autoritaria exigió la respuesta.

—¿De qué te reías vos, carajo? ¿Vamos a ver, de quién te reías?

—De ná, patrón — tartamudeó Rosamel.

—De ná... de ná... — repitió don Pascual con sorna mirándolo con las pupilas impregnadas de rencor.

En seguida, con maligna complacencia, empezó a inspeccionar los vidrios minuciosamente, rozándolos con el dedo índice para descubrir las señales de polvo.

—Este está sucio — gruñía de vez en cuando con un agrio gesto de disgusto.

Los peones, sumisos y mudos, no se atrevían a levantar los ojos, anhelando que el capataz se marchara pronto. Después de inspeccionar las habitaciones, don Pascual se alejó amenazándolos con el látigo en alto, con el altivo gesto de un encomendero frente a la humilde actitud de los esclavos.

—Ya lo saben. Si al patrón se le pierde algo en esta casa, los pelo a pencazos antes de echarlos al camino.

Aquéllas fueron sus últimas palabras, desde el umbral de la puerta. José María, herido, quiso protestar, pero fué tan débil su impulso, que las palabras no alcanzaron a evadirse de su boca sumisa. Y la rebelión frustrada, su orgullo despedazado y su dignidad herida, sólo pudo vaciarse en un amargo reproche cuando se encontraron solos.

—Pucha que somos desgraciaos, Rosamel.

—Así no más es, José María.

* * *

Don Ruperto, propietario de "La Higuera", llegó una mañana opaca y fría, que colgaba fugaces cortinas de niebla entre las ramas más altas de los álamos. Algunos tiuques graznaban lúgubremente, trepados en los árboles, oteando la distancia, ejerciendo de alados centinelas sobre el campo. Un centenar de peones, con sus mujeres y chiquillos harapientos, esperaban su arribo a la orilla del camino, frente a las casas, cumpliendo las rígidas instrucciones de don Pascual. Sus rostros ce-trinos, en los que el dolor de una raza dominada se evidenciaba fatalmente, se esforzaban por de-

mostrar una alegría falsa, que jamás habían sentido.

—¡Allá viene el patrón, allá viene el patrón!

El automóvil, rezongando, a regular velocidad, avanzaba por la carretera, seguido de una numerosa cabalgata de huasos encabezados por don Pascual, que había salido a su encuentro para darle la bienvenida, y saludado por los agudos ladridos de los quiltros furibundos.

Don Ruperto, malhumorado por el largo viaje, descendió su obesidad lentamente, entre gruñidos de cansancio, acompañado de dos señores de aspecto altivo y majestuoso.

—¡BUENAS TARDES, PATRON!

—¡Dios lo guarde, patroncito!

Confundíanse las voces roncadas de los peones con las cantarinas de las mujeres, todas empapadas de un supersticioso respeto por el amo que llegaba de la ciudad, propietario de todas aquellas tierras, de sus ranchos, de sus siembras y de sus destinos.

El patrón, hablando a borbotones, procurando desprenderse de aquella chusma cuanto antes, los informó del objeto de su viaje.

—A ver, Pascual, júntame a toda la gente que sepa leer y escribir y que esté inscrita en los registros electorales. Hay elecciones en San Fernando la próxima semana y quiero que vayan todos los que están en condiciones de hacerlo. Ya lo saben ustedes —agregó alzando la voz para hacerse oír de los peones que escuchaban con avidez, para comprender lo que les decía el amo—. Hay elecciones el próximo domingo y quiero que vayan a votar todos los inscritos. Que no se me quede ni uno solo, aunque se esté muriendo. ¿Entendido?

—Bueno, patrón — respondió un rónico coro de voces.

—Mañana vamos a San Fernando a recibir al candidato —continuó el patrón enrojecido por el esfuerzo—. Ya lo saben, pues. A las seis de la mañana quiero ver a todo el mundo a caballo. A TODOS. Al que se me quede, lo “arreglo”. Ahora, don Pascual, les va a entregar un barril de tinto para que tomen a la salud del candidato.

—¡¡Viva el patrón!! — gritaron algunas voces entusiasmadas ante la promesa de una borrachera gratis. A nadie se le ocurrió preguntar quién era el candidato. Por lo demás, no hacía falta. El “patroncito” se encargaría de entregarle oportunamente a los inscritos el voto respectivo, entre rudas recomendaciones para conservarlo limpio e intacto hasta el momento de depositarlo en la urna electoral.

—¿Cuántos inscritos tiene usted aquí? — preguntó uno de los caballeros de continente altivo, con serio aspecto de interés.

—Alrededor de ciento cincuenta —respondió con orgullo don Ruperto—. Mis hijos se encargaron de enseñarle a firmar a más de sesenta peones en el último verano.

—¿Aprendieron con facilidad?

—Ah, no, no crea. ¡A garrotazos! Es gente muy estúpida, muy estúpida.

—Son como animales.

—Eso es. Son como animales.

En seguida penetraron a las casas, donde los esperaba un abundante almuerzo campesino. ¡Viva el patroncito! alcanzaron a escuchar antes de ce-

rrar la puerta, con el fin de no ser perturbados en la importante función de llenar la tripa.

Mientras tanto, en la amplia cocina saturada de humo denso que irritaba los ojos, los peones bebían y charlaban entre risotadas de falsa alegría que trataban de estimular con la bebida. Sus vidas simples, vegetales, su miseria y su ignorancia, los habían convertido en hombres tristes, taciturnos y silenciosos. El vino, poco a poco, les iba soltando la lengua y abriantando las pupilas.

—¿Quiénes serán los que vienen con el patrón?

—Uno de ellos debe ser el candidato — contestó el viejo de rostro apolillado por infinitos inviernos.

—Pucha que sos bruto, vos. Los candidatos no vienen nunca al campo.

—Yo nunca he visto un candidato, contimás que me han llevao a votar como cinco veces.

—Yo no sé firmar, on Pascual — confesó una voz humilde, desde un rincón de la cocina.

—¿No sabís firmar, vos? ¿Y no te enseñó don Vicho el último verano?

—Sí, pero me le olvidó.

—A ver, porquería, ven para acá. Aquí te voy a enseñar a firmar.

El peón se acerca sumiso, entre la expectación de sus camaradas que lo observaban con malsana alegría, como venganza por sus propias humillaciones: iban a tener espectáculo.

—¿Cómo te llamay vos?

—Rosamel Cataldo.

—Vamos a ver, firma aquí.

El peón cogió el lápiz que le ofrecían y permaneció inmóvil frente a la hoja de papel que lo in-

citaba a firmar, con las cejas frucidas y un ligero temblor nervioso en el párpado del ojo izquierdo.

—Firma, te dije, carajo.

—Es que no me acuerdo, patrón.

—Vamos a ver. Pone ahí R-o-s-a-m-e-l.

El peón trató inútilmente de copiar el modelo mientras apretaba el lápiz con fuerza innecesaria y contraía los músculos de la cara, delatando su angustia reprimida.

—¡Buena cosa el animal éste! — rugió el administrador al constatar los vanos esfuerzos de Rosamel. Y sin poder refrenar sus impulsos agresivos, le azotó las espaldas furiosamente con el flexible látigo que llevaba siempre colgando de su brazo arbitrario.

Se oyeron algunas risas equívocas, temerosas y aduladoras, y el mismo ofendido, en vez de rebelarse, se limitó a reír forzosamente, avergonzado de su ignorancia. Para aturdirse, cogió un enorme vaso de manos de José María y empezó a vaciarlo lentamente en su garganta sumisa, hasta sorber la última gota con un gesto de repugnancia. Después, con vacilantes piernas de lana, se desplomó en un rincón de la cocina, con los ojos abiertos y un rictus estúpido y amargo en la boca borracha.

—Viva el patroncito — gritaban algunos peones ebrios, mientras la noche, como un inmenso vampiro negro, abría sus alas sobre la desolación del campo.

* * *

La noche empezaba a despojarse de su gabán turbio y lechoso, dando paso al amanecer retardado, cuando don Pascual se dió a la tarea de despertar a puntapiés a los peones que dormían su borrachera en la barraca colectiva.

—¡Levantarse, carajo! ¡Arriba todo el mundo!

Irritado, blasfemaba repartiendo golpes en la penumbra de la barraca, en la que un aire denso e irrespirable irritaba el olfato. Los peones, sorprendidos, se levantaban pesadamente haciendo girar los ojos estúpidos para cerciorarse de la realidad que los circundaba. Los violentos puntapiés del amo abrieron en sus cerebros una pequeña brecha por la que penetraron las escenas de la noche anterior y la orden de partir al amanecer a San Fernando, para esperar al candidato.

—¡Ya, rápido, a ensillar los caballos!

El corral se llenó de carreras, gritos y juramentos sofocados de los peones que se esmeraban en cumplir las órdenes del amo. Pronto estuvieron los caballos ensillados y los huasos y peones dispuestos a emprender la marcha, con las cabelleras revueltas y los ojos embrutecidos por el alcohol.

—Vamos — ordenó don Pascual, clavando las espuelas en la barriga de su overo, como un grotesco general al frente de su astrosa tropa.

La caravana se puso en movimiento lentamente. Algunos peones dormían sobre sus cabalgaduras, con el cuerpo abandonado a las oscilaciones de la marcha, inclinándose hacia atrás o cayendo de bruces sobre el cuello de sus caballos. Don Pascual, malhumorado, marchaba en silencio. No le agradaban aquellos viajes a la ciudad, que lo arrancaban de la apacible rutina de su vida agraria. La política lo tenía sin cuidado. No sabía quiénes gobernaban al país y le sorprendía el entusiasmo de las gentes de la ciudad cuando aclamaban a sus candidatos.

Los campesinos eran siempre una fuerza muda y ciega que obraba de acuerdo con las órdenes del

amo. Si se les ordenaba repartir golpes, lo hacían con agrado, impulsados por un sordo rencor por las humillaciones sufridas en la hacienda, con una complacencia salvaje, sin averiguar a quiénes golpeaban. Ellos eran el campo, la fuerza ciega, el conjunto amorfo, el dolor y la humillación. Y no lo sabían.

En el grupo iban todos. No se había quedado ninguno, obedeciendo ciegamente las órdenes del patrón. Para muchos, aquello era un paréntesis en las rudas tareas cotidianas y querían alegrarse por ello, pero tenían el alma tan tarda y el cuerpo tan flácido por la borrachera reciente, que permanecían indiferentes, con los ojos fijos en la tierra húmeda del camino.

De pronto, José María habló lentamente, con la mirada imprecisa, denunciando su indiferencia por la pregunta que formulaba.

—Oye, Rosamel. ¿Sabís quién es el candidato?

—No.

—¿Te gustaría conocerlo?

—Psh. ¿Pa qué?

—Oye, quería preguntarte una cosa...

—¿Qué?

—¿Te dolieron los pencazos que te dió don Pascual, anoche?

Rosamel permaneció en silencio, con los dientes apretados. Aun dolíale la humillación de la noche anterior y le molestaba que se lo recordaran. Alzó los ojos y miró fijamente a José María para averiguar si pretendía burlarse de su infortunio, pero se encontró con las blandas pupilas de su camarada y comprendió la sinceridad y el sentido de la pregunta.

—¡Viejo perro! — masculló Rosamel por toda respuesta y volvió a mirar el barro negro del camino, mientras pasaba por su alma —violento como un huracán— el relámpago siniestro de la venganza.

—Pucha que somos desgraciaos, Rosamel.

—Así no más es, José María.

Y el rebaño de hombres continuó en silencio. Avanzando, eran una sórdida mancha de miseria y de ignorancia, incrustada en la verde simplicidad del paisaje colchagüino.

UN RACIMO DE UVAS

CHAS, chas, chas, chas.

Iba por el camino como una sombra.

La noche ya se viene encima como un gigantesco murciélago de alas enlutadas y el hombre continúa marchando sin detenerse, con sus miradas dirigidas hacia la tierra blanda, resignado y sumiso. Ha caminado dos leguas y aún la carretera es una serpiente ondulante que se alarga frente a sus pupilas húmedas por la ansiedad que le roe las entrañas. Su rancho está lejos, más allá de la última colina que se alza sobre el telón oscuro del horizonte. Chas, chas, chas. El hombre camina. La noche ya está sobre él y lo envuelve entre sus velos negros hasta confundirlo con las sombras que llenan el campo.

El silencio es apenas roto por el apagado roce de sus ojotas que se hunden en el polvo fino de la carretera. El hombre piensa. Para disipar su pena enciende un cigarrillo. A la luz de la cerilla su rostro se ilumina y sus ojos tristes y mansos adquieren un brillo extraño, casi demoníaco. Camina. Sabe que en el rancho lejano lo espera su mujer invá-

lida y no quiere detenerse a descansar aunque el cansancio le encadena las piernas y le apreta los pulmones. Entre sus manos campesinas, duras y fuertes, lleva un pequeño paquete de medicinas. Son para ella, para su mujer, para la hembra vendida por la desgracia y la miseria.

—Güen dar, taita Dios — murmura mentalmente, tratando de recordar sin éxito las oraciones olvidadas. El hombre, solo frente a la inmensidad de la noche, desamparado entre las sombras, siente la necesidad de buscar refugio espiritual. El vuelo silencioso de una lechuza que rasga el manto de la noche lo hace temblar como un remanso herido. Las supersticiones dormidas en el fondo de su memoria, renacen con el miedo y lo convierten en un niño trémulo frente a la soledad de la campiña que lo circunda.

Arriba, un cielo negro y hosco le hurta las estrellas. Sólo el instinto lo guía a través de la noche. El calor es sofocante. Ni una ráfaga de viento refresca el bochorno de esta noche estival. El aire es denso y siéntese en el ambiente la extraña presencia de los flúidos eléctricos que gravitan en las nubes. y que excitan los nervios de los hombres y los animales. La tempestad avanza desde la cordillera, silenciosa, preñada de amenazas.

Por la frente rugosa del viejo resbala la transpiración, que se escurre lentamente hasta el matorral de sus cejas. Angustiado y mudo, marchando sin descanso, semeja una bestia estimulada por el látigo despiadado. Algunos perros ladran amenazadores, alertas, rompiendo la placidez nocturna. En seguida, vuelve el silencio, cayendo sobre el lago estrellado de la noche infinita.

Y continúa avanzando sin detenerse, acortando la distancia que lo separa de su rancho, donde lo aguarda la angustia de su compañera. Mientras camina, evoca a su mujer y la ve flaca, demacrada, inmóvil en su lecho, tullida, golpeada por un mal incurable y misterioso. Al comienzo de la enfermedad se medicinaba ella misma, arrancando yerbas y raíces en los potreros y buscando cortezas de árboles a la orilla de los caminos, por las húmedas vegas de Manantiales. Pero el mal la venció. Ahora era una masa esquelética, inválida y delirante, que se negaba a comer y que pasaba la noche conversando con las sombras.

El hombre la evoca así, delirante y moribunda, y siente que su angustia crece y le aprieta la garganta. Apresura el paso. Chas, chas, chas. El ruido de sus pisadas se acelera y la respiración se le hace anhelante. Siente la boca seca. Sabe bien que no podrá encontrar agua a su alcance hasta que no llegue al refugio de su rancho, y ese pensamiento aumenta su ansiedad.

El camino es un túnel tortuoso, abierto en mitad de la noche colchagüina. Algunos álamos se alzan a la orilla, inmóviles, como centinelas en acecho de las estrellas perdidas. El aire denso irrita los nervios de los seres y a lo lejos retumba el sordo bramido de algunas vacas alarmadas. En el horizonte, sobre las cumbres de la cordillera, más allá de las "Vegas del Flaco", el cielo se ilumina levemente a largos intervalos, como un presagio de tempestad. El viejo camina. Piensa. Camina. La distancia le parece larguísima para sus piernas debilitadas y estima que le queda aún mucho que recorrer.

—Güen dar, taita Dios, el camino relargo — monologa mentalmente, mientras avanza mudo y resignado a través de las entrañas de la noche.

Sus ojos mansos y tristes miran hacia la tierra y sólo se alargan hacia la lejanía para tratar de descubrir algún indicio que le indique el punto preciso en que se encuentra. El calor y la sed lo sofocan. La necesidad de agua se le hace imperiosa y le seca la garganta irritada por el polvo del camino. A medida que avanza aumenta su sed, posesionándose de sus pensamientos hasta anular su cansancio y diluir la esquelética figura de su mujer enferma que huye a grandes saltos de su imaginación afiebrada.

La tempestad se retarda, incubándose en el vientre de las nubes como un feto maligno. La tierra seca, ardiente, sedienta, herida, espera con ansias la llegada de la lluvia. La noche es un horno negro, amenazante, en el que se precipitan la angustia de los hombres y las cosas. De improviso el viejo se reanima. Sabe que debe pasar frente a la "Viña Santa Laura", donde los racimos maduros, dorados y bermejos, cuelgan profusamente entre las parras.

Ahora marcha más tranquilo, porque lo acompaña la certidumbre de que podrá aplacar su sed. Ya no tendrá que esperar hasta alcanzar su rancho para satisfacerse: bastará que llegue a la altura de la viña, que escale la tapia carcomida por los años y que coja un racimo de uvas. Eso es todo. De pronto, lo asalta un pensamiento, una definida angustia abrazada a su incertidumbre. ¿Y si la viña estuviera ahora a sus espaldas, lejos de su esperanza? Para averiguarlo, enciende una cerilla. La densa obscuridad es apenas perforada por el débil res-

plandor de la luz y el hombre sólo puede ver un pedazo de muro leproso, y derruido que le intercepta la visión con su barrera muda. Pero luego encuentra una solución: arranca la envoltura del paquete de medicinas, y con ella fabrica una pequeña antorcha que ilumina el túnel de la noche. Su duda huye ante la evidencia. Está frente a la viña y le bastará cruzar la barrera para saciar su sed. Estimulado por su ansiedad, trepa sobre la tapia y en un instante se encuentra dentro de la viña. Avanza con cautela, como un ciego, alargando los brazos para acercarse a las parras que adivina grávidas de racimos maduros y jugosos, dulces y reconfortantes.

Pronto choca con una parra y sus manos ávidas tactan en la sombra. Casi en seguida encuentran un racimo enorme, apretado, magnífico. El viejo lo corta ansiosamente y se retira saboreando las uvas jugosas que aplacan la fiebre de su garganta seca. Luego, se dispone a escalar la tapia para reintegrarse al camino. Tropieza, resbala en su intento. Para facilitar su tarea, enciende una cerilla. En aquel preciso instante, una detonación seguida de un grito perverso, lo hizo caer sobre la tierra.

Allí quedó inmóvil, respirando débilmente. Quiso incorporarse y le pareció que estaba encadenado a la tierra. Extrañóse de no sentir ningún dolor, pero tuvo la impresión de que toda su sangre se le vaciaba por el pecho. Por su imaginación, velozmente, alcanzó a pasar la figura esquelética de su mujer, retrepada en la cama, siempre implorante, ahogando sus quejidos, torturada por su mal. Y la visión de su rancho sórdido y maloliente. Y el murmullo de la acequia de riego. Y el lejano canto de un zorzal madrugador. Y la recia figura del capa-

taz. Todo aquello fué como un relámpago, nítido y preciso, para alumbrar el furioso tropel de sus imágenes.

Después experimentó un gran alivio. Ya no sintió sed ni cansancio. Abrió los ojos y observó que empezaba a llover con fuerza, pero ya el agua no le causaba alegría ni malestar. Era algo tan lejano a su actitud de descanso, que se extrañó de sentirla caer sobre su rostro.

—Tengo sueño — pensó con pereza, y aun alcanzó a escuchar una voz lejana, lejanísima, que llegaba hasta sus oídos a través de una espesa niebla de misterio, mientras la luz de una linterna iluminaba la escena:

—Estos son los ladrones de uva, patrón.

Después, la lluvia empezó a caer sobre su rostro con fuerza inusitada, violenta, agresiva, golpeándole las sienes con sus martinetes de agua. Quiso abrir los ojos, pero sus párpados no obedecieron. La tempestad libre, desencadenada, danzaba sobre el campo. Un fresco olor a tierra mojada subía desde el camino y los árboles jubilosos sacudían sus ramajes húmedos con gestos de bienvenida. El aire se hizo más puro y respirable. Y el hombre, derrumbado, inmóvil, quedó solo bajo la noche fragante. A su lado, hermoso, maduro y lavado por la lluvia, había un racimo de uvas.

TIERRA

EN mitad del potrero, Sebastián cogió una espiga y la deshizo entre sus dedos ásperos. Algunos granos morenos, delgados, quedaron en el fondo de su mano ahuecada. Luego echó a andar de prisa a través del campo de trigo. Huyó. Las espigas livianas, huecas, anémicas, se le enredaban entre las piernas como si quisieran maniatarlo, pero Sebastián, absorto en sus pensamientos que le abrían un profundo surco en mitad de las cejas, las tronchaba sin advertirlo y continuaba poseído por una imperiosa decisión interna.

La tierra, debilitada por repetidos partos vegetales, falta de abonos, se había negado a salvarlo. Las plantas se nutrieron débilmente, alargando sus tallos raquíticos hacia la altura, para ser, más tarde, calcinadas por un sol abrasador y despiadado. Además, había escaseado el agua. No tenía salvación. Todos sus esfuerzos habían sido estériles. En el último otoño, curvado sobre la gleba negra desde el amanecer hasta la noche, había sembrado los dos potreros de su pequeña hijuela, con la esperanza escondida en el fondo de sus ojos.

En silencio, Sebastián penetró al rancho y sentóse frente a su plato humeante. Su mujer, sin in-

terrogarlo, lo comprendió todo. Hembra de la tierra, parca en palabras, había aprendido a interpretar los gestos de los hombres, las bestias y las cosas. Ella, a corta distancia, sentóse también, cruzando las manos exangües y morenas sobre su vientre hinchado, con los ojos bajos, como si durmiera. Presentía la tragedia que aleteaba sobre sus tierras pardas, con sequías persistentes y prestamistas usureros que se habían llevado los bueyes y su vaca negra, aquella vaca que había visto nacer y que quería como a un miembro de su familia. Si hasta la había bautizado con un nombre de cristiano. Se llamaba la "Teresita".

¡Cómo había llorado la Micaela cuando le quitaron su vaca negra! Lo recordaba bien. La vaca mugía blandamente al alejarse, mirando hacia atrás con sus grandes ojos bondadosos, despidiéndose o interrogando el motivo de aquella partida inesperada. Y la mujer no podía olvidar el dolor que experimentó cuando el hombre que la conducía, la azotó ferozmente para obligarla a continuar la marcha. ¡Pobre "Teresita"! ¡Cómo se había rebelado inútilmente ante el castigo! Se la llevaron. Pero una noche volvió a la querencia. Hacía rato que estaban acostados cuando sintieron que alguien empujaba el portón que daba hacia el corral. Creyeron que era algún ladrón. Sebastián cogió un garrote. Un leve mugido lo hizo comprender que aquel visitante nocturno no era lo que pensaba.

—Algún buey extraviado — comentó, disponiéndose a dormir.

Pero ella tuvo la intuición inmediata que aquel mugido ahogado era de la "Teresita". Y corrió hacia el camino para cerciorarse. Allí, a la luz tem-

blorosa de una vela, pudo ver los bondadosos ojos de su vaca, que la miraba con una pena infinita y humana. Aquella fué la última vez que la vió. Al día siguiente se la llevaron para Paniahue.

En la garganta de la Micaela germinaba una pregunta, escondida largo tiempo en el fondo de su esperanza. ¿Para qué formularla ahora? Ahí estaba Sebastián hablando con su silencio de toda la tragedia de sus cosechas perdidas. Con los ojos bajos, sorbía lentamente su caldo cotidiano. La barba crecida, como matorrales espesos, le caía sobre el pecho sofocado.

—Dáme agua — ordenó a su mujer, sin mirarla.

Bebió a grandes sorbos. Buscaba la manera de participar a su mujer la fatal noticia. Ella, que lo había ayudado a preparar la tierra y a sembrarla, tenía derecho a conocer el resultado de su esfuerzo.

—Mira — le dijo bruscamente abriendo la mano izquierda y mostrándole algunos granos de trigo, morenos y enjutos.

La mujer los observó en silencio. Luego, lo interrogó con la mirada mansa y resignada de los seres que pueden soportarlo todo, porque han abrevado su sed de vida en todas las dolientes fuentes del destino.

—Son todos de una espiga — comentó Sebastián con voz ronca.

—Casi todo el campo está igual. Se lo comió el "polvillo" — agregó con extraña eufonía, mezcla de odio, desprecio y resignación.

Ambos se miraron. La mujer, con los brazos colgantes y la expresión dolorida, permaneció inmóvil mientras el hombre se alejaba lentamente, raspando el suelo duro con sus ojotas deformadas.

Comprendieron, sin palabras, que todo estaba perdido. Todo. Habían sido notificados que su pedazo de tierra pasaría a manos de un prestamista. Además, adeudaban contribuciones y estaban amenazados de remate. Les quitarían lo único que les quedaba. Las últimas cosechas habían sido desastrosas. ¿Qué hacer? ¿Cómo torcer el rumbo del destino? Estaría escrito. Tendría que ser así. Hay gente que parece maldita y no es posible rebelarse contra los designios de Dios. El fatalismo de la raza lo aceptaba todo. Estaba escrito.

Cuando Micaela, algún tiempo atrás, advirtió que las espigas permanecían enhiestas a pesar de su madurez prematura, presintió la ruina que se acercaba. Sebastián también lo sabía, pero no se habían comunicado sus temores. Se entendían con pocas palabras. Ahora, nada les restaba. Les rematarían las tierras, y ese acto jurídico tan sencillo, tan simple, en el que intervienen algunos hombres en representación de la justicia, sería suficiente para lanzarlos al desamparo. Todo eso pensaba la mujer, estrujando su dolor silencioso. Su alma plebeya, sana, sin complicaciones, no podía resignarse a perder aquella tierra dura, implacable o generosa, pero que era de ellos, sí, únicamente de ellos, que la habían hecho producir regando los surcos con el sudor de sus cuerpos. No podía resignarse a pensar que su hijuela sería ocupada por gente extraña, que nada de común tenían con aquellas tierras que la habían visto nacer.

Sebastián, con el cigarrillo de hoja colgante de sus labios, se detuvo al comienzo del campo de trigo. Allí observó la undívaga danza de las espigas maduras. Hay cosas que, a fuerza de verlas, nos parecen de pronto que las vemos por primera

vez. Descubrimos en ellas matices y formas nuevas, como si nuestros ojos hubieran sido dotados de un nuevo y puro poder de captación. Sebastián, con las pupilas ávidas, miraba los tallos cercanos, secos, con sus delgadas hojas oscilantes, coronados por una mísera espiga que ondulaba a compás del viento. Una espiga, aislada, se balanceaba levemente. El conjunto, a la distancia, producía esa impresión de oleaje suave y ondulante que ahora admiraba por primera vez. Nunca sus ojos se habían detenido con tanta insistencia y atención sobre planta alguna. Y comprendió, en ese preciso instante, muchas cosas que apenas habían rozado su conciencia, con la levedad de un ala batiendo bajo el cielo.

Identificado a la tierra, urgido por su angustia, la increpaba mentalmente por su avaricia. Parecía-le una traición que le sustrajera sus jugos vitales a las plantas, ahora que lo esperaba todo de su fecundidad. Todo. Su pan cotidiano, el rescate de útiles de los tentáculos de los prestamistas, la salud de su mujer y el pago de sus deudas. Además, había soñado con una manta de castilla para el invierno. Negra, brillante, atrayente, lo había sugestionado desde el escaparate de una tienda en Santa Cruz.

El y la tierra. El hombre telúrico despertaba en toda su intensidad y se aferraba desesperadamente a ella, como un hijo a las faldas de su madre. Nunca se había imaginado que aquella tierra pobre se le hubiera metido tan adentro del corazón. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, se inclinó, cogió un terrón y lo pulverizó entre sus dedos. La tierra, hecha polvo, voló sobre las espigas. Sebastián, en ese instante, había tomado su decisión.

Al amanecer, ambos se levantaron como de costumbre, pero Sebastián, en vez de irse al campo, sentóse en un rincón del rancho, con la cabeza hundida entre las manos. Al día siguiente debía efectuarse el remate de su predio. Su casa, su tierra, pasaría a manos ajenas y él era impotente para impedirlo. Nada podía contra la ley. Si se resistía, sería expulsado por la fuerza pública. Si atacaba, lo matarían. En un remolino de angustia, las ideas se le cruzaban en el cerebro, enredándose en sus propios razonamientos, buscando inútilmente una solución a su problema. A todos sus proyectos, a todas sus ideas, le salía al paso la inexorable letra de la ley. Estaba perdido. Él y su mujer. La miseria, inexorablemente, los había señalado con la cruz negra de los predestinados.

Pacientemente, esperó todo el día, negándose a comer. Micaela, intranquila, entraba y salía del rancho con una actividad exagerada, alimentando a las aves, barriendo y lavando, mientras sus pensamientos giraban en torno al remate cercano. Sebastián la observaba en silencio. De pronto, la increpó con dulzura, como si se compadeciera de sí mismo.

—No trabajés más, Micaela. Harto habís trabajado en tu vida y ya vis pa lo que nos ha servido.

—Así es — respondió la mujer con humildad, llorando sin lágrimas, con los ojos extrañamente secos, para no aumentar la pesadumbre de su marido.

Y ambos quedaron inmóviles, encerrados en doloroso mutismo, asistiendo a su derrota frente a la implacable voracidad de la vida. Por el camino,

de cuando en cuando, pasaban algunos transeúntes indiferentes. Los árboles, alzaban sus copas hacia el cielo y susurraban cuando un manotazo de viento estremecía sus hojas adormecidas por el sol. El horno de barro, miraba con su ojo vaciado, que sólo cobraba vida, despidiendo demoníacos destellos, al ser encendido por las hacendosas manos de la Micaela. Un perro, dormido bajo la higuera, prestaba al rancho una sencilla serenidad. Todo estaba igual. Nada había cambiado. Sin embargo, en el alma de los moradores todo era distinto. Negros pensamientos y rojas llamaradas tendían un hilo invisible entre marido y mujer. Sabían, tenían la certeza, de que de ahí en adelante la vida tomaría otro curso para ellos. Era el mismo dolor del árbol arrancado, que se queja sin lamentos cuando sus raíces profundas pierden contacto con la tierra que los amamanta.

Anocheceía cuando Sebastián se encaminó al campo de trigo y sin emoción, como quien cumple con un deber, arrojó un puñado de paja encendida sobre las espigas maduras. El incendio se propagó rápidamente, iluminando con su resplandor la satánica sonrisa del labriego. Las llamas ondulantes, siniestras, retorcían sus lenguas destructoras entre las espigas avaras que crepitaban dolorosamente. Luego, se reintegró a su rancho. Allí lo esperaba su mujer con los ojos húmedos, suplicantes.

—¿Por qué lo hiciste? — lo interrogó sin reproche.

—Vamos andando — ordenó Sebastián, evadiendo la respuesta.

Y cogiendo un hato, lo colgó a su espalda, preparándose a marchar, Micaela, resignada, obedeció la orden. Ambos salieron al camino negro y se ale-

jaron sin mirar hacia atrás. Después de un rato de marcha, un resplandor rojizo inesperado que iluminó el túnel de la noche, los hizo volver los rostros sufrientes. Desde la altura del camino en que se encontraban, pudieron percatarse de lo ocurrido. El rancho, alcanzado por el incendio, era una inmensa hoguera que se debilitaba gradualmente. Después, en silencio, reanudaron la marcha.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Hombres de la gleba

APENAS el alba se asomó cautelosa detrás de los picachos de la cordillera, inundando el cielo de grana y amarillo y organizando con su batuta matutina el armonioso coro de los pájaros, Juan Lagunas, "El forastero", abandonó la barraca de madera que servía de dormitorio colectivo a los peones solteros de la hacienda "Rinconada", y se encaminó hacia el rancho de don Tomás con paso elástico y liviano. Un viento frío soplaba desde el sur, haciendo oscilar las ramas de los árboles floridos y dejando caer sobre la tierra de los huertos una encendida o nevada lluvia de pétalos, mientras en los arbustos y en las hierbas que crecían a la orilla del camino, brillaban las pupilas del relente nocturno como vientres de inmóviles luciérnagas.

Avanzando por la carretera enfangada, el peón evocaba a la Chayo, la hija de don Tomás. Veíala risueña, un poco tímida, con los ojos bovinos que miraban con ternura, o bien, cantando tonadas de la tierra, acompañada de la guitarra que él mismo le había regalado aquel invierno, el día de su cumpleaños.

—Es linda la negra — pensaba complacido al considerar que casi le pertenecía.

—Si no fuera por don Parra, ya me habría casao con ella —se confirmó a sí mismo—. ¿Por qué no? Pa eso soy joven y tengo dos manos. Mientras no me falte el trabajo...

Juan saltó con agilidad una puerta de trancas, penetró a un potrero y se encaminó rectamente hacia el rancho de don Tomás que emergía como un islote gris en medio de un lago de verdura que miraba hacia el camino. El trigo, ondeando en las sementeras, era un profundo y hondo latido del corazón de la tierra. La voz recia del hombre rompió el silencio de la mañana:

—¡Güenos días, abuelo!

—¡Güenos días, Juancho! ¿Tan temprano por aquí?

—Hoy es día de fiesta y hay que celebrarlo, don Tomás.

—Así es. Pase pa entro, pues.

En la voz del viejo no había cordialidad ni malestar. Era la suya, la ambigua invitación de un hombre cansado de todo, destruido por los años, y que ya no se contagia con el entusiasmo colectivo de las fiestas patrias que taladran la áspera y ruda corteza del chileno erguido sobre el cambiante panorama de su tierra, para vaciar su inédita alegría entre la exaltación de la cueca y el rojo vino de las viñas.

En el marco de la puerta que comunicaba hacia el huerto, iluminada por el sol mañanero, se hizo presente la morena silueta de la Chayo, fresca y limpia, vestida de fiesta, alegrando la estancia con el rosado reflejo de su basquiña almidonada. Juan, al verla, sintió con fuerza la atracción que ejercía la muchacha sobre su condición de macho, y sólo

pudo saludarla con una ancha sonrisa que le abrió dos surcos de alegría en su firme rostro de mestizo.

—¿Madrugó mucho, Chayito?

—Como siempre, pues Juan. Los pobres tenemos que madrugar todos los días.

—Así no más es. Pa nosotros no se ha hecho la flojera, contimás que aunque fuera rico me gustaría madrugar. Oiga, Chayito, vengo a hacerle un convite, con el permiso de don Tomás. ¿Vamos pa las ramadas?

—¿Vamos, taita? — consultó la muchacha dirigiéndose a su padre que parecía absorto en la contemplación de una araña que trepaba por la puerta desvencijada del rancho.

—Vamos — respondió el viejo sin volver el rostro, como si se respondiera a sí mismo, pensando en que si hubiera tenido un caballo ensillado, aquella fiesta habría sido mucho más hermosa.

Juan se sintió inundado por una tibia ola de felicidad, que ascendía por los líquidos caminos de sus venas y se vaciaba por la mansa actitud de sus pupilas.

En los tabiques del rancho, una imagen de la Virgen del Carmen alzaba sus manos extendidas sobre la cabeza de dos guerreros arrodillados. La Chayo, cuidadosamente, la adornó con banderillas de papel orladas con ramas de naranjo. Había en aquel gesto un humilde homenaje y un oscuro sentimiento de gratitud hacia aquellos personajes legendarios que emergían desde el pasado con un nimbo de gloria.

El viejo rompió el silencio, cogiendo una botella y un vaso.

—¿Le sirvo un trago, Juancho?

—Claro, pues don Tomás. Pa eso es "dieciocho".

El líquido rojo brilló en los "potrillos" y desapareció con un glú-glú de satisfacción en las gargantas ávidas de los hombres. La muchacha apenas sorbió el contenido de su vaso. El peón, con las negras cejas fruncidas y la voz velada por la duda, le reprochó su sobriedad.

—No, gracias. No me sirvo.

—¿Por qué, si se puede preguntar, Chayito?

—Más tarde será. Ahora es muy temprano — se disculpó la muchacha con un mohín de gata regalona.

Pero el oculto motivo de su negativa era otro. Obscuramente, presentía una tragedia en el asedio amoroso de Juancho y Rosamel Parra. Había observado la repugnancia del capataz hacia el peón, y ahora que el licor se bebía sin medida, despertando en los hombres odios salvajes y se saldaban cuentas atrasadas con el filo de los cuchillos, temía que ambos rivales se pusieran frente a frente. Por eso deseaba conservar su lucidez: para evitar el encuentro. Inquieta, se esforzaba por aparecer serena, pero al hablar la denunciaba una leve mueca temblorosa en la comisura de sus labios rojos. Amaba a Juan con la vehemencia de las mujeres que apenas han cruzado el umbral de la adolescencia, y el solo pensamiento de que pudiera ocurrirle una desgracia poníala frenética.

La risa fresca y varonil de Juan Lagunas golpeaba las paredes del rancho y saltaba hacia el camino para diluirse sobre el campo verde, extendido bajo la carpa azul del cielo. Sentíase feliz. Amaba su libertad y la disfrutaba como todo hombre

que la ha recuperado después de haberla perdido durante largo tiempo. Su conducta era algo extraña, pero nadie sospéchaba la causa de aquella inagotable vivacidad. El patrón creíalo un muchacho alocado, sus compañeros lo encontraban divertido y las muchachas lo clasificaban como simpático y "tandero".

En realidad, Juan Lagunas huía de sí mismo. Trataba de escabullirse a su pasado con alegres esguinces para no caer en el turbio pozo de sus recuerdos. Quería hacer una vida nueva, limpia y sana. Y casi lo había logrado, si no hubiera sido por la intervención odiosa del capataz Rosamel Parra.

Mientras los hombres bebían un segundo vaso de vino rojo y grueso de las inagotables viñas de Cunaco, se sintió un acompasado galope en el camino cubierto de fango.

—Es él —pensó Juan con certeza—. Lo "madrugué" — agregó a su pensamiento con maligna alegría.

Los cascos del caballo resbalaron frente al rancho, sofrenado por una mano experta y robusta. El capataz penetró al cuarto sin golpear, con la confianza de un antiguo amigo o la prepotencia de un amo arbitrario. Era un huaso gruñón y analfabeto, de anchas espaldas y rostro varioloso, apodado "el apestado", que vigilaba al forastero con sorda irritación. Envidiaba su popularidad y estaba celoso de su simpatía entre las muchachas de la hacienda. Además, la tenacidad productora de Lagunas había provocado la admiración del patrón, acostumbrado a observar la lenta actitud de los peones durante las faenas.

Sobre los surcos, alimentando las trilladoras o ensacando cereales, Juan Lagunas era el peón dispuesto a la chanza y a la risa. Diríase que tenía un exceso de felicidad interior y que trataba de comunicarla a los demás para no explotar de gozo. Trabajaba con verdadera furia, sin descanso, dejando escurrir la transpiración por su frente morena, poseído por una terca determinación interna. Para el capataz, aquellos elogios prodigados al "forastero", eran un emponzoñado barreno que le horadaba lentamente la dura corteza de su corazón.

Por eso, aquella mañana de setiembre en que las banderas ondeaban al viento como una muda y cordial invitación a la alegría, pensó complacido en que había llegado la oportunidad de imponerse a su rival. Su voz, al saludar al viejo, tenía una forzada cordialidad.

—¡Güenos días, suegro!

—Güenos, on Rosamel.

—Vengo a invitarlos a las ramadas, para que nos divertamos juntos. Ahora si . . .

No alcanzó a terminar la frase. Algo, con la violencia de un rodado, estranguló sus últimas palabras, que cayeron en el misterioso desván donde se amontonan los pensamientos que no alcanzan a terminar su trayectoria. En ese preciso momento se percató de la presencia de Lagunas, que permanecía en silencio en un rincón, en compañía de la Chayo, y su rostro se empurpuró de cólera al tener la certeza de que había llegado demasiado tarde.

—Es decir —agregó pausadamente para hurgar en sus pensamientos—, es decir, si no les es molestia.

—Molestia ninguna, on Rosamel — agradeció el viejo, como un perro acariciado por la mano de su amo.

—Es que ya estamos invitaos — explicó la muchacha dirigiéndose a su padre con mirada resuelta, dispuesta a hacer respetar el compromiso contraído.

—Sí, eso es. Ya estamos invitaos, on Rosamel, pero siempre se le agradece, sí, siempre se le agradece.

—No me agradezca nada — cortó el capataz con rencor, mirando fijamente al peón que lo contemplaba con su amplia sonrisa habitual.

—Luego nos veremos las caras — amenazó “El apestado”, y cabalgó de un salto, castigando a su bestia con sádica crueldad.

—Se lo lleva el diablo — comentó Juan jocosamente al escuchar la desenfrenada carrera del caballo sobre el fango.

Después, todos quedaron en silencio, absortos en sus pensamientos. Juan no le temía al capataz. Nunca le había tenido miedo a otro hombre. Temíase a sí mismo. De su pasado, aunque quisiera sepultarlo entre risotadas y exceso de actividad muscular, se levantaba un hombre con el vientre abierto, que lo miraba obstinadamente desde el fondo de sus recuerdos.

—Tenis que tener cuidado de encontrarte con él — rogó la Chayo con ansiedad.

—Es malo. Sí, yo lo conozco. Es malo. Hace tiempo casi mató al hijo de don Julián porque no se sacó el sombrero pa saludarlo. Lo aturdió a pencazos. Yo lo estaba mirando desde las tranças.

—Ja, ja, ja. ¿Qué me puede hacer? ¿Qué le he hecho yo pa que me tenga odio? Y yo no soy ná zunco, mijita. Soy roto harto hombre cuando me toca el turno.

Sus palabras no eran jactanciosas; sólo evidenciaban la confianza del macho que advierte la persecución de su hembra. Y desde el fondo de su ser sintió que lo inundaba una ola de coraje y rebeldía que le endurecía los músculos, excitaba sus nervios y lo advertía del peligro que cerníase en torno suyo.

—¿Vamos andando? — propuso la muchacha.

—Vamos — aprobó el viejo con desgano.

Y los tres salieron al camino.

* * *

En lo alto de un mástil, batida por el húmedo y recio viento de Colchagua, una bandera daba la bienvenida, agitando sus manos tricolores. Una muchedumbre abigarrada llenaba las fondas y ramadas y el licor se escanciaba sin descanso en las gargantas sedientas. Era la orgía anual que empezaba con la tácita complacencia de las autoridades y patrones. Los huasos y los peones de los contornos fraternizaban bebiendo en el mismo vaso en medio de estruendosas pruebas de amistad. Horas después, se arrojaban las botellas a la cabeza. Todos eran así. Violentos y primitivos en sus pasiones, pasaban sin transición de la tierna amistad a la violencia homicida. El vino los transformaba de bestias de labor en bestias feroces, dispuestos a despedazarse con el filo de sus dagas. Allí estaban todos, hasta los hijos del patrón, dos mocetones rudos y

robustos que perseguían a las muchachas con riosidad primitiva.

Los alaridos de júbilo para estimular a los danzantes confundíanse con las blasfemias de los borrachos que buscaban pendencia entre los grupos.

—¡Aquí estoy yo! —bramaba un huaso borracho, balanceándose sobre sus piernas tardas—. ¡Aquí estoy yo, carajo! ¡Vengan a pegarme, si pueden!

Su mirada era salvaje, extraviada, y el odio torcíale la boca en un repugnante gesto primitivo mientras vomitaba injurias y se insultaba a sí mismo para excitarse hasta el paroxismo. De pronto, otro ebrio, con rabia sorda y silenciosa se acercó a el gritón hasta tocarle el rostro con la nariz y permaneció en esa actitud de reto, con los dientes apretados y los puños en tensión. En seguida, sin hablar, golpeó a su enemigo hasta aturdirlo. Fué el primer pugilato de la mañana. Después de la riña los ánimos se enardecieron. Confundido con el olor a grasa rancia, a estiércol y a caballos sudorosos, flotaba en el ambiente un malsano deseo de aspirar el acre aroma de la sangre ajena.

Juan y la Chayo, con entusiasmo delirante, estimulados por el alcohol, recorrían las fondas, danzaban la cueca hasta quedar agotados y bebían en el mismo vaso para cumplir con el ritual criollo.

—¿Estay contento?

—Claro ¡y vos?

—También. Oye, no te descuidís con Rosamel. Te mira como si quisiera morderte.

—Bah. Que me pegue si es capaz.

—Tenís que tener cuidado. Puede pegarte "a la mala".

—Conozco a los hombres por el olor — afirmó Lagunas a su compañera.

—A ese perro no le doy la espalda — terminó con un ademán de asco para el aludido.

La alegría, ruidosa y grosera, brotaba de las inagotables fuentes de la raza. Allí podía tomarse el pulso del hombre y alcanzar la compleja estructura de su estirpe. Despojados de su vergüenza, liberados del temor de caer a un calabozo, el huaso y el roto bebían hasta saciarse, gritando, llorando y cantando, quisquillosos, corajudos, arrojando el dinero con desprecio insultante para hacerse servir y atender a los amigos. Todo era alegre. Reía el campo entero, con sus trigos tiernos, los álamos que empezaban a cubrirse de pequeñas hojas y las acequias rumorosas que se alargaban por los potreros como una ondulante y gigantesca serpiente acariciada por el sol.

En una de las fondas, "El apestado" era el amo de la fiesta. Tenía la borrachera rumbosa. Pedía y pagaba por todos. En aquellos momentos, renacía en su sangre impura de mestizo la generosidad española oculta entre sus venas. Los vasos llenos chocaban con el suyo para luego quedar vacíos. La fonda semejaba una casa de locos. Ebrios, los peones bailaban la cueca grotescamente, dando saltos y zapateando sobre la tierra endurecida, poseídos de un entusiasmo frenético. Era un espectáculo desagradable. Las mujeres borrachas chillaban excitadas por el alcohol y por los manoseos de los machos en celo. La raza telúrica, primitiva y fatalista, estaba ahí desnuda.

Al llegar la noche, Juan se iba tornando pendenciero. El vino, poco a poco, le envenenaba la sangre joven y robusta. La presencia de la Chayo

lo exaltaba. Deseaba hacer alguna proeza heroica, algo extraordinario en presencia de la muchacha para lograr su admiración.

—Entremos aquí — ordenó Juan a su compañera, deteniéndose frente a la fonda en que se encontraba Rosamel Parra.

—No, por favor — rogó la Chayo deteniéndolo por un brazo, con gesto suave y amoroso para no exasperar al hombre.

—¿Por qué no puedo entrar?

—Cuidado, Juancho. Ahí está don Parra borracho y es mejor ser prudente.

Estas palabras, en vez de calmarlo, lo decidieron. No quería que la muchacha pensara que él era un cobarde. Ahora deseaba ser imprudente y temerario. Penetró a la fonda violentamente, con aspecto de reto, la mirada ávida para ubicar a su rival. La mujer lo siguió temblando. A la escasa luz de una lámpara a parafina, confundíanse los rostros abotagados de los peones y las mujeres ebrias. Las voces roncadas y desafinadas de las cantoras seguían repitiendo monótonamente los acordes de la música criolla arrancada a la tierra, para inundar ahora el campo como un agua ágil y áspera descendiendo de las montañas.

Desde un rincón, Rosamel vió a Lagunas y, como un gallo lanzado al redondel, lanzó su estridente desafío:

—¡Eh, aquí estoy, roto mugriento, aparecido!

—¡Te andaba buscando, ladrón!

El capataz, furioso, le cruzó la cara de un rebencazo. Las guitarras enmudecieron súbitamente. Juan Lagunas soportó el castigo en silencio, desconcertado. De improviso, renació su vieja audacia de hombre libre, y con rápidos esguinces anuló

el castigo de su rival. Luego, con calma, sin precipitarse, se llevó la mano a la cintura y cogió con fuerza el mango de su puñal oculto entre la faja tricolor.

Casi nadie se dió cuenta de lo ocurrido cuando vieron que el capataz se doblaba en tierra, apretándose la barriga con las manos. De una rápida puñalada, Juan le había vaciado los intestinos. Entre el desorden y los gritos histéricos de las mujeres, Juan Lagunas salió al camino, huyendo de la justicia.

—Será mi destino — pensó confusamente mientras corría sobre el fango de la carretera. La noche, para protegerlo, se vistió de luto riguroso.

De pronto, en el silencio del camino negro, se oyó un largo alarido de mujer:

—¡¡Juan, Juaaaaaannnnn!!

Pero nadie le respondió.

EL BAUTIZO

LA alegría —violenta y agresiva— salta hacia el camino desde la sórdida cavidad del rancho de Mateo, y avanza por los potreros hasta diluirse en la distancia. La cueca triunfa y las voces enronquecidas de las cantoras no desfallecen, repitiendo la misma melodía con insistencia monótona, entusiasmadas y rebeldes al cansancio, estimuladas por los gritos de los hombres y las risas de las mujeres.

Los bailarines zapatean levantando un polvo fino y asfixiante del piso del rancho, deteniéndose sólo para beber el vino tinto servido en enormes vasos de vidrio ordinario. El entusiasmo aumenta, crece, explota en caprichosas espirales, tiembla en los pechos y ruge en las gargantas, mientras en los rostros abotagados de los hombres empieza a florecer la roja flor de la lujuria. Juana, la mujer de Mateo, es la más solicitada para la danza.

—Ya pues, ña Juanita, ahora me toca a mí.

—No pues, don. La comadre va a bailar conmigo. Pa eso soy su compadre.

—Miren que lindura. Ja, ja, ja.

El que hablaba era un huaso alto, robusto, de cabellera roja y rostro quemado por el sol. Se lla-

maba Eustaquio Palma. Era imposible mirarlo sin tener la certeza de que su substancia primitiva había sido vaciada en un molde de cobre. Sus ademanes bruscos y su actitud arbitraria emanaban de su confianza con los dueños de casa y de su situación privilegiada de padrino.

—¡Al otro pie, pues mi alma!

Y la cueca triunfaba en los pies de los bailarines, crecía en los ojos y hacía vibrar las fibras más ocultas de la raza. Las sombras confundíanse en los muros, rozaban el techo negro de hollín y se agitaban convulsivamente cuando una ráfaga de viento hacía oscilar la llama de la lámpara a parafina. Y había una razón para que la alegría penetrara sorpresivamente en el rancho de Mateo: celebraban el bautizo de su primer hijo. El pequeño, abandonado en la pieza contigua, espantado ante el desorden y los gritos que lastimaban sus nervios en formación, esforzaba sus pulmones para hacerse oír, berreando con todas sus fuerzas hasta que la madre acudía solícita para calmar su tortura.

Todos estaban alegres. Las pupilas de los hombres brillaban como ascuas, reían sin motivo, hablaban estupideces y se golpeaban las espaldas mutuamente como una gratuita caución de amistad. Las mujeres casi no hablaban, pero reían y bailaban sin descanso, aceptando los manoseos de los machos sin irritarse. Una euforia malsana y contagiosa infectaba el ambiente y se evidenciaba en la actitud de los hombres y en las pupilas ardientes de las mujeres.

—Un trago, compadre.

—¡Salud!

—Esa es de hombre. ¡Al seco!

—Y usted, comadrita, no se haga la enterada, pues.

El vino imperaba. El vino, siempre el vino presidiendo la vida del chileno, como un dios tutelar. Baco, coronado de pámpanos, barrigudo y sanguíneo, corría dando tumbos a través de las viñas alambradas. Al anochecer, la orgía empezó a tomar su característica netamente nacional. Los hombres aullaban, las cantoras emitían voces guturales y la cueca era frenética, violenta, perdida y sin ritmo. Los rostros sudorosos, heridos por la luz, tenían reflejos metálicos. Los ojos habían perdido la vivacidad y en las miradas duras y salvajes se advertía la embriaguez que se posesionaba de los cerebros.

El llanto del niño se impuso al griterío indígena y la madre corrió al cuarto contiguo, tropezando con los que se interponían en su camino. Ebria, agotada por el baile, sentíase acometida por arrebatos de ternura que acudían hasta su boca y a sus manos desde las más profundas cisternas de su maternidad, desde aquella zona íntima que permanece ajena a todo lo convencional, como un santuario en que sólo tiene acceso la tierna carne del infante.

La madre, inclinada sobre la cuna de su hijo, notó de improviso que no estaba sola en el cuarto. Se incorporaba cuando su rostro chocó con la cara sombría de su compadre Eustaquio Palma, que la había seguido hasta la habitación.

—Quiubo, comadrita. Vengo a ver a mi ahijado.

—Aquí lo tiene a este llorón, que no deja bailar una cueca a su mamá.

—Oiga, comadrita, la vengo a ver a usted también, comadrita...

El hombre, ávido y lúbrico, tocó los senos hinchados de la mujer. Juana se esquivó sin convicción. El hombre continuó su ataque más decidido ante la debilidad de su presa, y en un impulso instintivo la estrechó entre sus brazos y trató de tumbarla sobre el lecho.

—Ya comadrita, no sea mala.

La mujer se sintió desfallecer, sensualizada por el contacto del hombre que la requería en la penumbra. Las manos varoniles, como dos arañas enormes, ávidas y audaces, recorrían el cuerpo de la mujer que cerró los ojos y se entregó pasiva y resignada, sin remordimientos, mientras en el cuarto vecino el marido bailaba una cueca frenética, coreada por las voces alcohólicas de los invitados. La noche, pura y fragante, preñada de astros, era un corazón latiendo en el misterio. Aquella alegría lúbrica y satánica era una profanación, una profunda llaga abierta en el silencio.

—¡Se la hago, comadrita!

—¡Se la pago, compadre!

Mateo estaba feliz. El compadre Eustaquio era rumboso y alegre. Tenía una viñita en Placilla y una propiedad en San Fernando. Ambos se abrazaban y bebían en el mismo vaso, en símbolo de amistad. El vino imperaba. Desde las viñas ubérrimas de Colchagua, pasando por los lagares y adquiriendo vigor en el vientre moreno de los fudres, había llegado hasta aquel recinto como un bermejo mensajero del otoño para abrir los cauces de la alegría en el corazón de aquellos hombres turbios. Los vasos llenos circulaban, se vaciaban en las gargantas sedientas, se llenaban nuevamente, se volcaban sobre la tierra del rancho y no desaparecían de la circulación. Era una moneda alegre y

líquida que se daba y recibía entre grotescas muestras de amistad.

—¡Huifa mi alma!

Cerca de la medianoche, Mateo dió un terrible puñetazo a su compadre Eustaquio. Nadie supo la causa de aquella pendencia. Y como si aquel puñetazo hubiera sido una voz de mando, los hombres se golpeaban mutuamente, libertando sus instintos encadenados. La bestia apareció en el rostro contraído de los hombres, mientras las mujeres aullaban mezclándose en la pendencia para proteger a sus amantes. Era una fuerza obscura y primitiva, desatada por el alcohol y los celos.

La noche se llenó de aullidos y de gritos. Eustaquio, sangrando, huyó hacia el camino, dejando una leve estela de su derrota sobre la carretera. Todos huyeron. La noche, herida por los cuchillos, resbalaba sobre el tiempo en busca del amanecer. Juana yacía en el suelo, dormida, sobre un charco de sangre. Mateo seguía bebiendo, con los ojos turbios y las manos temblorosas, sin saber por qué bebía, sin conocer la causa de aquella alegría súbita y de aquella pendencia inesperada.

A ratos parecía escuchar el llanto apagado de un niño, que penetraba a sus oídos a través de una espesa niebla de cansancio. Sí. El tenía un niño. Se llamaba Mateo, como él. ¿Dónde estaba? Bah. Nada. Quería bailar una cueca. Eso era. Una cueca más, nada más que una cueca en honor de su compadre Eustaquio. —¡No, carajo! El compadre era un sinvergüenza que había abusado de su mujer. Sí. Eso era. Pero él lo había calado como a una sandía. Ja, ja, ja. Eso era. Como a una sandía. Lo merecía el bribón.

Las ideas confusas se diluían en su cerebro y empezó a invadirlo un sueño implacable que le cerraba los párpados. Luchó un poco todavía. Haciendo un esfuerzo formidable para levantar la mano a la altura de su boca intentó beber un último vaso de vino. No pudo hacerlo. Golpeado por el sueño, rodó sobre el suelo del rancho ensangrentado.

Y el llanto del niño crece, arrullado por la soledad. Quiere ser escuchado. Pero nadie lo escucha. Su llanto cae roto y despedazado, como una angustiosa lluvia, ante la indiferencia y la inmovilidad de las cosas que lo rodean.

Cuando el amanecer lívido se insinuó en la puerta del rancho de Mateo, el clamor del niño empezó a debilitarse lentamente, suavemente, hasta transformarse en débil ronquido, en una queja apenas perceptible, en un suspiro ahogado, en un temblor de alivio.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

REMISO

A NDALE, "Picaflor"!

Un nuevo esfuerzo del buey, con la cabeza encorvada y los músculos tensos, rasgó a la tierra ennoblecida por numerosos partos vegetales. En lo alto de los álamos, las vivaces diucas y el borrón negro de los tordos, cantaban sin más pauta que la inmensidad azul del cielo infinito, claro y limpio como un corazón de niño.

En aquella parcela, Joaquín vivía solo desde que sus dos hermanos mayores se "engancharon" para el norte, atraídos por el embrujo de las salitreras. De eso hacía dos años, y desde entonces no había recibido noticias de ellos. Día a día aguardaba el retorno de aquellos dos hombres que abandonarían el rancho con alegre optimismo, rumiando sus proyectos fantásticos de una vida mejor.

—Vamos a volver ricos en un año — le había dicho Jacinto, el mayor de los hermanos. Pero no habían regresado ni ricos ni pobres. Mientras tanto, él tenía que multiplicar su actividad para que la parcela produjera lo necesario. Sus anchas espaldas y sus manos bastas, incansables desde el amanecer hasta la noche, araban la tierra, la cruzaban, arrancaban las malezas, arrojaban las semillas, re-

gaban los surcos y limpiaban la sórdida cavidad de su rancho.

Varón austero y solitario, algunas veces, cuando el deseo lo apremiaba, pensaba en una compañera. Pero sus urgencias de varón buscaban una válvula de escape en el duro trabajo de la tierra. Además, pensaba en los ausentes. ¿Qué determinación tomarían sus hermanos si lo encontraran con una mujer en el rancho que dejaran a su cuidado?

—¡Picaflor, Canelo!

Mientras más firme está la mano en la mancera, más hondo será el surco. Joaquín lo sabe y va dejando una estela recta de tierra removida por el arado, conducido por su mano experta. Su voz agria y destemplada tiene la primitiva sonoridad de los hombres que no han perdido el contacto con la tierra. Joaquín será siempre campesino. Se pertenece a la tierra, como los peces al mar. De ella ha extraído el material para su rancho y de ella vive sin problemas económicos. Es feliz sin saberlo, y libre como los pájaros que vuelan, inquietos y veloces, esperando la ración desprendida de la gleba. Nunca ha ido a la ciudad.

—Estoy bien aquí — responde invariablemente a los que lo incitan a conocerla, excitando su curiosidad con relatos de mujeres hermosas que se ofrecen por poco dinero, o le hablan de fabulosas ganancias en las ferias y mercados. Sin embargo, él conocía gentes que habían vuelto mendigando al campo que abandonaron, llenos de lágrimas, roídos por enfermedades asquerosas, sucios de cuerpo y de alma.

Amaba a su rancho, a los animales, a los árboles y a los pájaros. Sentía reverencia por las cosas elementales, primitivas: el agua, el sol, la tierra y

el viento que arrea las nubes y desencadena las lluvias. Por eso no se fué al norte, desoyendo ter-
camente los consejos de sus hermanos para dejar las
tierras arrendadas.

—Quiubo, "Picaflor" —saludaba a su buey fa-
vorito—. Ahora si que le vamos a pegar fuerte.
Tenimos que arar todo el potrero chico.

El buey lo miraba sin comprender, con una
honda mirada humilde de bestia agradecida, mien-
tras rumiaba el pasto fresco como si masticara
goma.

—Y vos, "Malacara", cuidame el rancho — le
ordenaba a su perro que pugnaba por seguir al
campo.

—Amaneciste más dura que nunca — increpa-
ba a la tierra cuando el esfuerzo de "Picaflor" o
de "Canelo" eran insuficiente para abrir en la pro-
fundidad deseada los surcos paralelos.

Por las noches, cuando sorbía su sopa o masti-
caba las tortillas al lado de su perro, mientras los
grillos afinaban minúsculos violines, Joaquín de-
jaba vagar sus pensamientos limitados.

—Si me va bien este año —pensaba complaci-
do— compro otro peazo de tierra. Si no me alcan-
za, le compro otra yunta de güeyes a on Nicanor.
Y a vos, "Malacara", te voy a comprar un collar
con candao y con una chapa e bronce, ¿qué te
parece, moledera?

El perro levantó la cabeza mirando a los ojos
de su amo y agitó el rabo en señal de asentimien-
to y comprensión. Se comprendían. Un gesto o
una voz de mando eran fielmente interpretados
por "Malacara", que se esmeraba en no equivocarse
al traducir con esfuerzo el extraño idioma de su
amo. Cuando salían juntos a bañarse al estero eran

más felices que nunca. Por el camino angosto y polvoriento, orillado de álamos bailarines, ambos caminaban despreocupados y alegres, dibujando sus huellas en el polvo claro y ardiente, hasta alcanzar un remanso, donde Joaquín y "Malacara" jugaban como niños, nadando con vigor o dejándose arrastrar por la suave corriente del "Antivero".

"Malacara", como cualquier vagabundo, también tenía su historia. Una mañana, hacía de eso tres años, Joaquín encontró a un intruso que había tomado posesión de su rancho mientras regaba la huerta de su parcela. El perro, al ser sorprendido, intentó la huida, pero luego permaneció mirando fijamente al hombre, como tratando de averiguar sus intenciones. Joaquín, inmóvil, no se decidía. El animal era negro, de mediana estatura, prodigiosamente flaco y con una mirada retadora. Así permanecieron un minuto, lo suficiente para que el hombre tomara su decisión. Le hacía falta un perro. Quizás si aquel intruso flaco y embarrado podría servirle para cuidar su rancho y las siembras durante la noche. Por eso, su gesto fué conciliador.

—¡Chitas que tenías mala cara, homm!

El perro, siempre a la defensiva, comprendió que aquel hombre no lo arrojaría a garrotazos de aquel lugar, como lo habían hecho tantas veces durante su vida vagabunda. Un secreto instinto le advirtió que el hombre lo necesitaba. Entonces dulcificó su mirada retadora y su actitud fué de humilde servidumbre. Joaquín, con precaución, le arrojó los restos de su desayuno. El perro, cauteloso, temiendo una celada, comió vorazmente, con la cola baja y los ijares temblorosos. Poco a poco, recuperó su dominio, percibiendo la tranquila ac-

titud del hombre que lo alimentaba. En seguida, el dueño del rancho acarició al intruso con palabras cordiales.

—¿Y cómo te llamay vos, vamos a ver? A lo mejor no tenís ni nombre siquiera. Y cuando yo te hablo no me pongay tan mala cara, mal agradeció.

Y desde entonces fué bautizado "Malacara", y permaneció en aquel rancho habitado por un hombre solitario, unidos, amo y perro, por esa firme afinidad de los seres que se comprenden y necesitan mutuamente.

Ahora, en el silencio nocturno, el perro se esmeraba en desempeñar su papel de vigilante. Cualquier rumor o ladrido lejano lo hacían erguirse ágilmente y salir al potrero negro husmeando el aire y ladrando amenazador. Sentíase responsable de la seguridad de su amo. Joaquín, por su parte, vigilaba a su perro con solidario afecto de camarada.

Los grillos seguían cantando en el silencio. Por el camino, un transeúnte retrasado pasó al galope de su caballo, acompañado de un claro tintineo de espuelas, que se perdió en la lejanía. "Malacara", inquieto, ladró furioso, con la pelambre erizada, para indicar que estaba alerta.

—Cállate, hombre — murmuró el hombre complacido, mientras el sueño le nublabá los ojos y le entorpecía los miembros cansados. Después se durmió profundamente, con la empírica confianza del que se sabe custodiado.

* * *

Después de la primera lluvia, cuando aún el campo y los caminos conservaban el suave olor de la tierra mojada y las piedras y los árboles lavados

secábanse al pálido sol de otoño, una pareja de carabineros montados recorrían la región, indagando en cada rancho y deteniendo a los hombres que encontraban a su paso. Andaban a caza de remisos. En cada rancho donde ubicaban a un hombre que no había cumplido con las leyes militares, quedaba una estela amarga en los ojos de las mujeres y una torva ansiedad en los gestos de los hombres. De nada servían los ruegos y las explicaciones. ¿Qué sabían ellos de leyes militares si nadie se las había dado a conocer? Además, la mayoría eran analfabetos y no podían descifrar el enigma de las listas impresas pegadas en los postes de los caminos, en las que se indicaban los nombres de los llamados y la fecha de enrolamiento. Pero la ley era inflexible.

—Vamos andando — ordenaba el cabo, y el remiso debía obedecer en silencio, comprendiendo que sería inútil toda resistencia ante el acero de los sables y la amenaza de las carabinas.

Joaquín empezaba a esparcir la semilla en los surcos, cuando una voz agria y autoritaria lo solicitó desde el otro lado de la tapia que lo separaba del camino.

—¡Eh! Ven para acá.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí. A vos te hablo.

Detrás de la muralla de adobes, carcomida por los años, en cuyas tejas mulatas la humedad había hecho crecer un musgo fino, suave, olor a invierno, había dos hombres uniformados que lo miraban con ojos escrutadores. ¿Qué diablos deseaban de él, que nunca había tenido enredos con la justicia? La respuesta se la dió la voz ácida del cabo que inició el interrogatorio.

—¿Cómo te llamay vos?

—Joaquín Seguel, pa servirle, su mercé.

—Déjame ver tu carnet de inscripción militar.

—¿Qué cosa?

—Tu carnet de inscripción militar, idiota.

El campesino se desconcertó. No sabía con certeza a qué se referían aquellos hombres, pero sospechaba que le faltaba algo que cumplir. Hurgó su memoria, con el entrecejo fruncido y la mirada vaga, hasta que sus esfuerzos inútiles cedieron bruscamente ante el imperativo llamado de la justicia.

—Bueno ¿y qué...? Contesta luego las preguntas de la autoridad.

El gesto del cabo era amenazador.

—No lo tengo, señor — se apresuró a contestar Joaquín con una sonrisa trémula, sintiéndose culpable de un delito desconocido.

—¿No te inscribiste en los registros militares, entonces?

—No, señor.

—¿Por qué no lo hiciste, carajo?

—No sabía, señor. Como no voy nunca pal pueblo...

—Ah. Buena disculpa para llevarte preso. ¡Vamos andando!

Joaquín vaciló antes de cumplir la orden. ¿Era verdad aquello o sólo se trataba de una broma para atemorizarlo? Permaneció mirando en silencio a los carabineros, tratando de averiguar la veracidad de la orden en los ojos fríos que lo escrutaban duramente.

—¡Eh, a ti te digo, animal, vamos andando!

Las semillas rubias cayeron a los pies de Joaquín como una mancha de oro sobre la tierra parda. Sin objetar, desorientado, salió al camino. Allí

había otros hombres silenciosos, custodiados por los representantes de la ley. Reconoció a algunos. Rafael González, con su nariz de peuco, el Panchito, hijo de su madrina; Juan Sandoval, de "La Higuera" y una docena más, entre los que se destacaba la gigantesca y musculosa figura de Florencio Vidal. Los consultó con la mirada para conocer el motivo de todo aquello, pero sólo encontró por respuesta un mudo dolor en sus pupilas ignorantes. Eran impotentes contra la ley y los uniformes. Una mujer llorosa acompañaba a los detenidos. No había querido separarse de su hijo y lo seguía a la ciudad con la esperanza de rescatarlo a la justicia.

—¡Vamos andando! — ordenó el cabo.

El grupo se puso en movimiento, estampando sus huellas sobre la tierra humedecida del camino. Desde el humus de los potreros elevábase una ligera gasa de vapor que se diluía en el espacio mientras el viento hacía oscilar los rostros de los árboles como mudos gestos de despedida.

Los hombres caminaban en silencio, algunos sin comprender lo que les ocurría. En sus almas sencillas y en sus frentes estrechas no podían descifrar el enigma de una ley que los arrancaba de sus ranchos para llevarlos a los cuarteles de la ciudad. ¿Para qué? Joaquín, hurgando en su memoria, recordó que mucho tiempo atrás habían pasado por ese mismo camino muchos hombres uniformados, envueltos en una densa nube de polvo. Todos iban curvados, con los rostros contraídos por el cansancio, mirando hacia la tierra. Lo recordaba bien. Eran muchos, miles tal vez, todos con el mismo gesto de agotados. ¿Era aquello lo que les esperaba? ¿Y sus tierras, su perro, sus aves, sus semillas

y sus cosas? ¿Quién se las cuidaría? Nadie. No podía abandonar su rancho. Un relámpago de cólera lo reintegró a la realidad que empezaba a vislumbrar en forma confusa. Decidido, dirigióse al cabo que marchaba a su lado.

—No puedo irme ahora. Tengo que guardar las semillas. El rancho quedó solo, no tengo a nadie que me lo cuide . . . los güeyes quedaron enyugaos . . .

El soldado no respondió. Al lento paso de su caballo continuó balanceándose rítmicamente con un gesto de indiferencia.

—¡No puedo irme ahora! ¡Los güeyes quedaron enyugaos . . . los güeyes quedaron enyugaos . . .! — protestó Joaquín tratando de volverse, pero se encontró con el obstáculo del hombre que custodiaba a la zaga. Un violento empujón lo devolvió al grupo, como a una res descarriada. En aquel momento, un alegre ladrido lo hizo girar la cabeza. Era la voz de "Malacara" que corría velozmente por el camino para alcanzarlo. Joaquín lo vio llegar, con los ojos nublados y la garganta apretada.

—Andate vos pa que me cuidís el rancho — pidió a su perro, que se empeñaba en acompañarlo.

"Malacara" pareció comprender. Se detuvo en mitad del camino, vacilante, con los ojos preñados de ansiedad, adivinando la actitud de su amo. Después, obedeciendo a la orden imperiosa de Joaquín, retornó al rancho abandonado. El hombre, girando la cabeza a cada instante, lo vio desaparecer en un recodo del camino, levantando tenues nubecillas de tierra con su trote desganado.

El grupo continuaba en silencio. La mujer, a la zaga, ya no lloraba. Con los ojos fijos en la tierra del camino, mordía su dolor. La tarde, cautelosa-

mente, avanzaba sobre el lomo fecundo de las colinas, tiñendo las hondonadas de una suave penumbra, mientras el viento otoñal, trepando por los rugosos troncos de los álamos, entreteníase en arrojar desde la altura una maravillosa lluvia de hojas secas.

—Tengo que volver a mi rancho — pensó Joaquín, tratando de tranquilizarse.

Pero nunca volvió. La ciudad desconocida, como un pulpo gigantesco, no devolvió su presa.

LA CRECIDA

HACIA dos semanas que llovía. La lluvia, compacta, helada, inundaba los caminos y formaba torrentes que se vaciaban sobre los potreros desamparados. Los escasos animales que no habían sido recogidos a los establos repletos, cobijábanse bajo los árboles, mirando sumisamente las gotas de agua que se escurrían por su pelaje enlodado.

Los campesinos, guarecidos en sus ranchos, se limitaban a mirar el cielo, esperando la ansiada bonanza que tardaba en llegar, mientras las mujeres, crédulas y supersticiosas, creyéndose víctimas de un castigo divino, oraban de rodillas ante las imágenes de los santos, prometiéndole "mandas" y velas para que cesara el aguacero.

Bajo su poncho de castilla, Liborio, hurraño y taciturno, contemplaba en silencio la lluvia persistente. Un cigarrillo de hoja de choclo humeaba entre sus dedos toscos y su vaga mirada de bestia de carga nada decía de su mudo drama interior. Lo había perdido todo. Las dos cuadras de siembra estaban cubiertas de agua. En la mañana había ido a verlas. Su caballo se había hundido en el fango de los potreros, avanzando penosamente en el terreno

blando y resbaloso. No había nada que hacer. ¿Volver a sembrar? No tenía dinero para comprar nuevas semillas. Además, la estación estaba avanzada.

Desalentado, fué a mirar al estero que corría hacia el norte de su hijuela. Desde una pequeña altura oteó el turbio panorama. Las aguas color de barro llenaban por entero el cauce del "Guirivilo", rugiendo con estruendo ensordecedor, como si pasara por su lecho una loca manada de vacunos. Liborio se sintió sobrecogido ante la terca actitud del estero creciendo amenazador. Las aguas danzaban enloquecidas, rugientes, deshaciéndose en turbios penachos al chocar contra las piedras o árboles que obstruían su paso.

—Si se sale el estero, se acabó todo — pensó con amargura, y volvió lentamente a refugiarse en su rancho erguido en mitad del campo como un oasis para su desamparo. Amalia, su mujer, sentada al lado del brasero, con las manos escuálidas alargadas hacia la llama, lo interrogó sin mirarlo:

—¿No te hay asomao pal lao del estero? Debe traer muchaza agua.

Su tono de voz era opaco y resignado, con esa inflexión fatalista, peculiar a todas las mujeres de su raza. Liborio no respondió. Sentía un íntimo desprecio por su mujer, baja y laboriosa, de negras crines enrolladas en un alto moño y labio hendido, que le había dado dos crías canijas y morenas. La miró en silencio y movió la cabeza negativamente. La lluvia continuaba tenaz, dura, monótona, irritante, como si una inmensa regadera se vaciara sobre la tierra. Los árboles desnudos parecían esqueletos pidiendo auxilio desde su desamparo. Los pájaros, desorientados, llegaban a cobijarse en el men-

guado alero del rancho, sin cuidarse de sus moradores. Parecía que aquella desgracia hubiera tenido el sortilegio de unir a los animales y a los hombres. Sentado en su cuarto trasero, un perro descarnado y friolento empezó a aullar, alargando el pescuezo hacia la altura.

— ¡Cállate, moledera! — estalló la voz furiosa de Amalia, irritada por el mutismo de Liborio y porque creía ver en el aullido un alarmante presagio de nuevas calamidades para la tierra. En el establo lejano mugía una vaca impaciente y todas las bestias parecían presentir algo inesperado. Los perros olfateaban inquietos y el caballejo ensillado jugaba con las orejas, moviéndolas incesantemente.

Doscientos metros hacia el oriente de la hijuela de Liborio, el "Guirivilo" hacía una curva en su camino, obstaculizado su curso por una saliente del terreno. Liborio sabía lo que eso significaba: si continuaba la lluvia, el estero saltaría sobre el obstáculo y se vaciaría sobre su hijuela, arrasándolo todo. ¿Qué podía hacer? ¿Huir con su mujer y sus chiquillos, abandonándolo todo a la furia de las aguas? No. Esperaría hasta el fin. Además, los caminos estaban intransitables. No disponía ni de una mala carreta para llevar sus trastos.

Si cesara la lluvia aquella tarde, podría hacer una tentativa de abandonar el rancho. Pero este pensamiento lo mortificaba. Identificado con aquel pedazo de tierra, en el que había vivido casi toda su vida, no se resignaba a huir en el momento del peligro. Le era penoso abandonar su rancho y sus animales domésticos a la furia ciega y despiadada de las aguas. Con los ojos enrojecidos por el insomnio, escrutaba el horizonte con la esperanza de percibir un pedazo de cielo azul que anunciara la bonanza.

Pero el horizonte era una inmensa comba gris, donde la lluvia colgaba su fina rejilla de aguas.

Amalia, inquieta, salía y entraba al rancho, regañando a los chiquillos que se prendían a sus faldas, o espantando a las aves guarecidas en el pequeño corredor que servía de cocina. Llegó la noche y continuaba lloviendo. A la orilla del brasero comieron en silencio. No se atrevían a hablar de lo que rumiaban dentro de su mutismo. Amalia y Liborio maduraban el mismo pensamiento, pero no lo traducían en palabras. Ella, en ese momento, era una mancha de greda muda y taciturna, recogida en su infortunio. Pero su angustia pudo más que su pasividad campesina, y mirando al suelo esforzó algunas palabras que se vaciaron trémulas y sigilosas en la sórdida penumbra del rancho.

—Oye, Liborio.

—¿Qué querís?

—¿No sería mejor que nos fuéramos? Escucha al estero como brama. Debe traer muchaza agua.

El hombre permaneció en silencio, se levantó pesadamente y haciendo crujir sus botas embarradas se perdió en las tinieblas del rancho. Los chiquillos miraban sin comprender. La greda de sus caras no revelaba ninguna inquietud. Para ellos, la lluvia sólo significaba estar confinados en el rancho sin poder corretear por los potreros cubiertos de verdura, donde sus ojos sagaces se impregnaban de distancias. La vela de sebo iluminaba débilmente la pobreza del cuarto, deshaciéndose en gruesas lágrimas de estearina que formaban sobre la mesa un pequeño charco amarillento. Se acostaron temprano. Para procurarse nuevas velas tendrían que ir al almacén de Ño Polanco, a cinco kilómetros de distancia, arriesgándose por los caminos inundados a

través de la gruesa cortina líquida que cerraba el horizonte.

Tendido en su camastro, envuelto en las tinieblas, Liborio pensaba. No se movería. Antes de abandonarlo todo prefería morir con su mujer, sus chiquillos y sus bestias. Tomada esa resolución se tranquilizó y procuró dormir, pero el monótono tamborileo de la lluvia se lo impidió. Con los ojos abiertos taladraba las sombras del cuarto mientras sus pensamientos truncos se esforzaban en vencer el temor que circulaba por sus venas. El agua, terca y despiadada, se escurría por los agujeros del techo y caía sobre las camas con un rumor sordo y apagado. El cansancio, poco a poco, cerró los ojos de Liborio, liberándolo de aquella horrible pesadilla que lo circundaba, nutriéndolo de dolorosa tensión.

Al media noche despertó sobresaltado. Saltó de la cama tropezando en la obscuridad y se asomó a la puerta del rancho. Un ruido ensordecedor avanzaba desde el estero, como si las pezuñas de toda la hacienda golpearan sobre un empedrado. El ruido crecía, se acercaba haciendo temblar la tierra, semejante al fragoroso alarido de un monstruo invisible. El hombre lo comprendió todo.

—¡¡La crecida!! — gritó a su mujer.

Pero ya era tarde. Una tromba de agua lo tumbó arrastrándolo largo trecho. Luchó desesperadamente y se abrazó al nudoso tronco de un espino. Trató de incorporarse y una nueva avalancha de agua lo arrastró hacia el abismo de fango. Las aguas, furiosamente, lo arrasaron todo.

Al otro día, amaneció un sol avergonzado entre las nubes grises. Ya no llovía. El rancho había desaparecido. Los potreros, a ambos lados del estero, eran un pardo pantano de aguas cenagosas. Los ci-

lancos, como infinitos ojos de la tierra, recogían en sus pupilas turbias la desolación del cielo. La hijuela, cubierta de piedras y de restos de árboles tronchados, era como una prolongación del estero hacia la tierra.

EL CAMINO DEL HIJO

UNA paz de claustro circunda a las casas de la hacienda. Un silencio sin niños, mullido y suave, transita por los altos corredores, avanza por las habitaciones y permanece en actitud de espera sobre las mecedoras inmóviles. El sol calcina a los árboles y calienta las capas de aire inmediatas a la tierra, infundiéndoles un sigiloso temblor de aguas. Los perros, aletargados, duermen a la sombra de los nogales. Un sopor espeso envuelve a los hombres, las bestias y las cosas. Ni un ladrido, ni un canto de gallo, ni un trino rompe el silencio de granito, como si la tierra entera hubiese enmudecido al conjuro de la tarde estival.

A la sombra de un amplio corredor que se prolonga del edificio hacia el jardín, una mujer, con un libro en el regazo y los párpados cerrados, parece dormir. Pero no duerme. Medita. Es una mujer joven, robusta, de poderosas pantorrillas desnudas, tatuada por la azul hidrografía de sus venas. Piensa en su soledad. Se siente demasiado sola en el amplio recinto de la mansión, sin un niño, sin una amiga para concertar confidencias.

Su marido, el dueño del fundo, es un hombre rudo y silencioso, de aspecto envejecido y cansado, un poco obeso e ignorante. Ella, no lo ama. No lo ha amado nunca. Evoca su noviazgo y vése a sí misma, tímida y resignada, obedeciendo las sugerencias de sus padres. La habían vendido. Y ella, estúpidamente, habíase dejado vender sin protestar, mansa y torpe, como una res en camino al matadero. Despreciábase a sí misma. Aquel confort, aquella tranquilidad exasperante, aquella vida holgada, pero sin variaciones, no alcanzaba a compensar el sacrificio de haberse unido a un hombre anciano, gastado por los años, que la envilecía con su presencia.

—He sido una estúpida — pensó con desaliento.

PERO luego reacciona, y evadiéndose de su amargura, siente que la gratitud invade su alma, saturándola de suavidad. Su marido la amaba a su manera. Calladamente. Torpemente. Le expresaba su adoración sin palabras, rodeándola de comodidades y accediendo a sus caprichos con largueza de amante adinerado. Cuando ella, en una ocasión mostróse entristecida por la aridez del patio que rodeaba a las habitaciones, el marido, sin prevenirla, tomó a un jardinero en la ciudad, y una mañana encontró el amplio patio invadido por una cuadrilla de peones a las órdenes de un hombre alto, robusto, de anchas espaldas y boca voluntariosa, de la que salían órdenes breves y cortantes como latigazos. Rompieron la tierra. La rasgaron. Cavaron hoyos profundos como bocas enormes para dejar escape a los alaridos de la tierra herida.

Y al poco tiempo el erial se convirtió en un hermoso jardín cuidado por el hombre de anchas espaldas y aspecto inofensivo. Era el jardinero.

Siempre andaba con una pequeña pala en su mano derecha, cavando, haciendo injertos, podando y regando las plantas. Vivía entre las flores. Sus manos vastas tenían delicadezas de cirujano al arreglar una planta o al colocar las vendas de los injertos. Huraño, retraído, jamás hablaba con nadie. Su mutismo apenas rompíase en una sonrisa ambigua ante una pregunta del ama o un llamado del patrón. Era silencioso como un charco.

—Hoy necesito flores para la mesa — decíale el ama.

Y el jardinero, mudo y sonriente, cortaba las flores y formaba un ramo policromo, en el que las rosas amarillas o blancas semejaban la suavidad de muslos femeninos.

—Córtame algunas margaritas, Juan.

Y Juan llenaba las alcobas, los corredores y el vestíbulo con profusión de margaritas que impregnaban los aposentos con su aroma penetrante. Entonces el ama sentíase enervada, se arrojaba de espaldas sobre el lecho, se quitaba las ropas y permanecía así, inmóvil y seria, respirando el aroma de su flor favorita.

Ahora, en el sopor de esta tarde de estío, alargada sobre la mecedora, el ama piensa. El silencio la circunda y sus pensamientos galopan libres, sin el freno de miradas sagaces o voces inoportunas. Galopan libremente, audazmente, como caballos sobre una llanura. Piensa en que no es feliz. Si hubiera tenido un hijo . . . Si hubiera tenido un hijo lo habría soportado todo. Un hijo la habría hecho medianamente feliz al lado de aquel hombre obeso, de bigotes manchados por la nicotina del cigarrillo cotidiano y de rudas manos campesinas que no sabían acariciar. Un hijo. ¡Un hijo! lo desea-

ba con toda la fuerza de su alma atormentada y exaltada por la soledad. Las vacas paridas la llenaban de ternura. Los polluelos, blandos como vellones de algodón, hacíanla prorrumpir en mimos nostálgicos, y al contemplar a una mujer henchida, fecunda como un árbol con frutos, sentía envidia y malestar.

Pero poco a poco sus pensamientos se enredan, se enlazan, se hacen confusos y terminan por disolverse en un caos de absurdas imágenes que se mezclan torpemente. El sueño ahuyenta a sus pensamientos y la realidad se ve invadida por las visiones oníricas de su cerebro abatido por la lectura y el sopor del verano. Duerme. Sueña. Se ve a sí misma, desnuda frente a un grupo de hombres que la examinan detalladamente, y luego advierte una etiqueta pegada en el centro de su pecho: es la marca distintiva de los animales en la feria. Comprende. La van a rematar como a una bestia. Y ese hombre que está a su lado izquierdo, con un pequeño martillo de madera en la mano voluntariosa, es el martillero de hacienda. Y esos hombres que la contemplan ávidos, con los ojos inyectados por el deseo que los consume, son los postores para llevar las reses al matadero. Entonces ella quiere huir, alejarse de su escarnio, escapar a su destino. Pero sus pies están clavados a las tablas de la tarima en que se encuentra. Grita. Aulla. Sus gritos se elevan verticales, caen en el vacío y se pierden en una llanura sin límites, salpicada de rojo.

—Madre, madre!

Ruega, implora. Pero nadie la oye. Y el hombre del martillo empieza a rematarla. Tiene una voz melosa y aguda que le taladra los oídos y hace

madurar su angustia. Y las pupilas de los hombres brillan con el deseo oculto entre sus venas. Y ella quiere huir. Y las manos ávidas y lúbricas tactan su carne estremecida. Y sus pies continúan encadenados a la tarima. Grita. Aulla. Pero está sola frente a las pupilas de los hombres. Sola frente al mundo.

—Treinta mil.

—Cuarenta mil.

—Cincuenta mil.

Hay un corto silencio.

—¿Es posible, señores? ¿Quién da más? ¿Quién da más?

—Cien mil.

—Quinientos mil.

—Muy poco aún.

—Un millón.

—Dos millones.

La frase ha sido pronunciada en voz alta, teñida de orgullo, con la satisfacción del que sabe que su postura no será superada. Es un desafío a los que no querían dejarse arrebatarse su presa.

—Adjudicada.

Y un hombre calvo, grueso, pequeño, con ojos lacrimosos y bigotes teñidos por la nicotina, se alza de su asiento, se dirige hacia ella, la palpa y luego la besa en la boca. Entonces ella lanza un grito horrible, como si la hubiera besado una serpiente. Ha sido una pesadilla atroz. Abre los ojos y la realidad se incrusta en sus pupilas con los corredores silenciosos y el jardín solitario.

Otras veces la perseguían sueños eróticos. Veía cuerpos desnudos, fuertes y viriles, que se apretaban al suyo y luego desaparecían misteriosamente,

dejándola enardecida con su fugaz contacto. O sentía una boca succionadora pegada a la suya, como si quisiera extraerle el alma. O una mano invisible que recorría su cuerpo, como una llama temblorosa. Y todo aquello le enervaba.

Ahora la mujer abre el libro y lo cierra casi en seguida. Ha leído apenas una línea: "porque el destino del hombre justifica que el amor de..." Esa frase trunca, sin sentido, permanece en su memoria y la repite como una banal distracción para su mente vacía. Un reloj da dos campanadas. Son dos golpes metálicos y claros, que permanecen vibrando un corto instante en el aire, para luego morir y diluirse en el inmenso cementerio del espacio. La mujer se incorpora. Es la hora de su baño cotidiano. Sin prisa, abandonada a la pereza, envuelta en su bata de baño y protegida por una sombrilla roja, se dirige hacia el estero cercano.

El sol inunda a la tierra. Las chicharras cantan en los árboles y los trigales inmóviles se resecan con el bochorno de la tarde. Ni una ráfaga de aire refresca el ambiente. El sendero atraviesa un campo de trébol. Es una vasta alfombra verde, bañada por el sol. Algunas vacas pacen con sus recentales a la sombra de los álamos. Sus finos cuernos blancos se alzan como paréntesis sobre el tranquilo sopor de sus dominios, mientras los terneros se apretan a sus ubres fecundas. La mujer se detiene a contemplarlos y siente con fuerza ciega y potente su soledad de hembra estéril, de árbol solo y sin frutos, que busca inútilmente el camino del hijo para saciar su ternura oculta en el fondo de su vientre y en la angustia de sus venas. Una vaca muge suavemente. Un ternero brinca, haciendo esguinces

a imaginarios obstáculos. Luego, todo queda en silencio.

La mujer continúa su camino. Ahora se aleja del sendero y avanza sobre el trébol que se enreda en sus sandalias, fustigada por el sol implacable que la persigue con insistencia de animal hambriento. De pronto, el estero sale a su encuentro detrás de algunos matorrales.

Nada a grandes brazadas, buscando los lugares sombreados por los sauces que se alzan en las riberas. El agua la tonifica. La hace olvidar. Se siente bien en aquel paraje solitario, sumergida en el líquido refrescante que lame su cuerpo entero, saturándolo con su fresco contacto. Un sauce se inclina hacia el remanso. La mujer se coge de sus ramas y se deja mecer, ajena a todo, disfrutando de su soledad. Su espíritu se aquieta, sus nervios excitados ceden a la acción sedante del agua y siente que la penetra la alegría de vivir, de ser joven y bella, de ser rica y tener leguas de campos que se alargan hasta la línea azul del horizonte. Si quisiera, podría sembrarlo todo de margaritas. Sería maravilloso. Valles, cerros y colinas cubiertas de flores blancas, fragantes y erguidas, al alcance de su deseo. Así, en un dulce y tranquilo ensueño, permanece largo rato.

Al abandonar el estero, chorreante de agua y con el traje de baño adherido al cuerpo, vió a un hombre que la miraba con ojos torvos y ávidos. Era el jardinero. La mujer se desconcertó. Su estupor le impidió hablar. Luego, reaccionando, pudo interpelar al intruso.

—¿Qué haces tú aquí?

El hombre permaneció en silencio. Sus ojos hablaban un mudo lenguaje que le dictaba su instinto.

—¿Qué haces en este sitio, idiota? Te ordeno que hables — rugió el ama, encolerizada ante la muda y equívoca actitud del jardinero.

Pero el hombre solo miraba los senos y las gruesas piernas de la mujer, por las que se escurrían finos chorritos de agua. Su boca se alargó con una sonrisa enigmática y continuó mudo, sacudido por un ligero temblor, con una fiel expresión de sá-tiro de estampa.

—¡Contesta idiota, haragán! ¡Es este tu lugar? ¡Qué hacías en este sitio? Quedas despedido inmediatamente. ¡Entiendes?

Juan no respondió. El ama, colérica, ultrajada por la muda presencia del jardinero, intentó alejarse, cogiendo su bata de baño y su sombrilla. Pero el hombre se lo impidió, cayendo sobre su presa con un salto de gato montés y tumbándola sobre la hierba.

La mujer defendíase con los dientes, con las uñas pulidas, incrustándolas en la cara del macho enardecido. Todo su cuerpo estremeciase de repulsión y coraje. Pero Juan tenía anchas espaldas y una pujanza de toro en celo. Nada podía detenerlo.

—¡Suéltame, canalla, imbécil! ¡Auxilio!

El cuerpo del hombre hedía. Era una mezcla repugnante de olores de plebeya procedencia. Olor a tabaco, a cebolla, a sudor descompuesto. Olor a macho. La mujer sentía en su rostro la respiración cálida y estertorosa del hombre y cerraba los ojos para no verle las pupilas duras y la boca entreabierta por el ansia que le roía las entrañas.

—¡No, no, no, por favor! ¡Cobarde, canalla!

Pero el hombre no oía. Era la bestia libertada, la bestia humana que busca su placer. La mujer

rogaba, gemía, imprecaba. Sentíase desfallecer. Ya le era casi imposible luchar. Las fuerzas la abandonaban. Al sentirse penetrada, lanzó un grito animal, horrible, y golpeó al hombre con los puños cerrados, furiosamente, delirantemente. De la nariz del macho comenzó a manar una sangre espesa que caía sobre el rostro de la víctima. Rendida, agotada, abandonó los brazos sobre la hierba y aflojó los músculos de su cuerpo tenso. Así permaneció un momento mientras el hombre continuaba entregado a su tarea, repugnante y mudo como una bestia. Poco a poco, corrió por el cuerpo de la mujer un extraño flúido, una dulce y lejana dulzura que le cosquilleaba la médula y acentuaba su intensidad a medida que el cuerpo del hombre penetraba más profundamente en el suyo.

Ahora su expresión era distinta. Tenía los ojos cerrados y el rostro tenso, delatando el goce de la posesión. La boca del hombre buscó los labios femeninos y ella lo besó con ansias infinitas, gimiendo de placer. Y de pronto, triunfante y libertado, salió de su garganta un pequeño grito de amor, despedazado entre los dientes convulsos. Había encontrado el camino del hijo.

REMORDIMIENTOS

DETRAS del arado que hace saltar los terrones y crujir el vientre de la tierra con su desgarramiento profundo, va José del Carmen rumiando sus pensamientos limitados, con los ojos fijos en el surco, mientras sus manos sarmentosas y reacias atenazan la mancera y guían al caballo extenuado que avanza lentamente. La jornada es larga: desde que el sol se asoma hasta que se pierde más allá de los últimos cerros de la costa. El campo aparece cubierto de arrugas profundas, tatuadas por la punta del arado. José del Carmen se detiene un momento, enciende un cigarrillo y luego continúa hosco y sombrío en medio de la soledad del campo.

Por la cabeza de José del Carmen cruzan ideas confusas y trucas, despedazadas, como harapos arrastrados por el viento o un rebaño fustigado por la tempestad. No sabe lo que espera. Su mentalidad de viejo campesino no le permite dolerse de su propia miseria y de su doloroso abandono. Cuando se detiene, apoyados sus brazos en el largo mango de sauce de su látigo, se asemeja a un árbol podado y taciturno. Su largo contacto con la

tierra lo ha identificado a ella con un prodigioso mimetismo de animal perseguido.

El cansancio empieza a mortificarlo. Siente que le sube por los pies pesados y le adormece los músculos de los brazos como si soportara la presión de una mano extraña. Está viejo. Viejo y solo. José del Carmen piensa. Evoca a su mujer, sumisa y trabajadora, que le cuidaba el rancho y le preparaba su comida, y a su hijo, un mocetón rudo y robusto que había heredado su mutismo, y que un día partió hacia la ciudad, en busca de nuevos horizontes para su alma campesina.

La tarde va soltando sus cortinas de sombras y el campo empieza a cubrirse de una tenue neblina que parece brotar del fondo de la tierra, mientras el viento se enreda en el cordaje elástico de los árboles desnudos y gime como un perro castigado, saltando sobre las colinas que circundan el horizonte. Un ronco bramido horada el silencio y cae lentamente por las pendientes de la distancia, más allá de las cumbres moradas que empiezan a enrojecer, mientras el campo desolado y la tierra herida parecen llorar por las profundas llagas de sus besanas.

José del Carmen se detiene nuevamente. Esta vez —piensa, engañándose a sí mismo— es para que descanse el caballo. Pero en el fondo es su propio cansancio de bestia agotada el que lo hace detenerse un momento en cada vuelta. Avanza hacia el animal, le arregla las riendas y le golpea las tablas del cuello.

—Güeno —le advierte—, vamos a dar otra güeltecita nomás. Ya s'está haciendo tarde y hemos trabajado mucho.

Tiene su voz una monótona y benévola inflexión, como si le estuviera hablando a un niño. Después, continúa arando. Y José del Carmen vuelve a pensar en su mujer difunta. Ahora recuerda que la "finada" le había pedido dinero en una ocasión para ir a ver doctor a la ciudad, y que él se lo había negado con palabras duras y despiadadas. Y su mujer había callado secándose furtivamente algunas lágrimas que se empecinaron en salir. Ahora lo recordaba todo. El le había preguntado con tono agrio y autoritario:

—Güeno. ¿Que's lo que te duele a vos, vamos a ver?

—Las espaldas, José del Carmen. Parece que me le quiebran — respondióle ella, confusa y amedrentada, como si confesara un delito.

Y él se mostró burlón y despiadado. Díjole que era más delicada que las hijas del patrón y que apenas le dolía un dedo ya quería ir al pueblo a pagar un doctor. La mujer, sumisa, no respondió a sus sarcasmos. Por las noches tosía bajo las frazadas, transpirando copiosamente, sin que ello le impidiera levantarse con las primeras luces del alba para preparar el desayuno, barrer el rancho, alimentar a las aves y lavar la ropa de la patrona. Nunca más volvió a quejarse. Y la vida en el rancho continuó sin variaciones: opaca, monótona, miserable. Pero una mañana su mujer no pudo levantarse. Sentíase débil y le parecía que tenía los pulmones vacíos. Trató de incorporarse, sonriendo forzosamente, pero las fuerzas la abandonaron haciéndola caer sobre el jergón de paja impregnado de transpiración. José del Carmen, con el ceño fruncido, emitió su pregunta malhumorada:

—¿Que's lo que te pasa ahora?

—Las espaldas, José del Carmen — sollozó la mujer esforzándose por sonreír para no exasperar a su marido.

—Güen dar — suspiró el hombre con desaliento, pensando en que nadie podría prepararle el desayuno. Y en seguida abandonó el rancho y se dirigió al campo, a ese mismo potrero en que se encontraba ahora. Lo recordaba bien. A la hora de almuerzo encontró a su mujer levantada. Estaba pálida y llorosa. Almorzaron en silencio. Balta, el hijo, tampoco había hablado. Los pobres tienen muy pocas cosas que decirse. La miseria troncha sus palabras y la ignorancia termina por envolver en espesas tinieblas los cerebros campesinos.

José del Carmen se detiene en sus pensamientos. Nunca había pensado tanto en su mujer ni había recordado todos esos detalles que ahora le llegan solos, como bandadas de pájaros a cobijarse en un alero. Un prolongado bramido salta desde el potrero vecino y se aleja dando tumbos hacia la distancia. El sol empieza a desaparecer detrás de los cerros mientras las sombras se apresuran a extender sus manos viudas sobre la soledad del campo. Anochece. El viejo continúa inmóvil, mirando su pasado. Enciende un cigarrillo. El humo se eleva lentamente en la calma añil del atardecer y sus recuerdos avanzan a grandes saltos, como potros perseguidos. Ve a su mujer pálida y llorosa, inclinada sobre su plato.

—¿Quiere que llame a la meica, māmīta? — había preguntado el muchacho.

La madre le respondió sin palabras, sumisa, moviendo la cabeza con gesto negativo y resignado.

Pasaron varios días. Una semana, tal vez. Tal vez un poco menos. La mujer, siempre silenciosa, lavaba y cocinaba como de costumbre, pero estaba horriblemente flaca en aquella primavera.

—Parecís esqueleto — le dijo el hombre un día, con gesto de asco, rechazándola brutalmente cuando estuvo a su alcance. Y entonces la mujer, herida, sollozó ocultando la cara entre sus manos escuálidas, doblada sobre sí misma en un ángulo del rancho. José del Carmen la miraba con odio. El llanto de su mujer lo exasperó.

—¡Cállate asquerosa, bestia, sabandija!

La mujer tartaleó una excusa y rompió a sollozar con más fuerza, como nunca lo había hecho. Todo su dolor de hembra desamparada, la muda tragedia de su soledad afectiva y su secreta dolencia de tísica se vaciaron bruscamente en aquel momento, semejante a una represa liberada de sus compuertas. Ni una maldición manchó sus labios exangües. José del Carmen la miró con estúpida sorpresa. Luego su estupor se transformó en furia. Un odio violento y salvaje se apoderó de su cuerpo magro y empezó a golpearla en el rostro anguloso, haciendo saltar la sangre de su nariz herida.

Estaba transformado en bestia. Cuando la mujer cayó sin sentido, ciego, furioso, continuó golpeándola hasta el agotamiento. Es cierto que él había bebido. Sí. Eso era cierto. Hacía tres días que se emborrachaba con un aguardiente adulterado que lo enloquecía después de la quinta copa. Pero había que celebrar las fiestas patrias y todo el mundo hacía lo mismo, hasta los muchachos mayores de la escuela rural, aprovechando la tácita complicidad de las autoridades y patronos. Era aquello algo

tan chileno, tan auténticamente chileno, que no podía ser de otra manera.

Una noche José del Carmen sintió a su mujer quejarse blandamente, con sollozos apagados y murmurar trozos de oraciones olvidadas que nunca se había atrevido a repetir en voz alta. Después, cambiando bruscamente de tema, había hablado incoherencias, hilvanando frases trucas, con un tono dulce y desconocido.

—La niña de la leche está muy negra — había dicho con voz apagada.

—Me voy pa San Fernando, José del Carmen — había agregado como si estuviera soñando. A la mañana siguiente amaneció muerta. José del Carmen no lo podía creer. No lo había sospechado.

—Pero si anoche estuvo levantá hasta tarde — repetía con estúpida insistencia, resistiéndose a la realidad. Fué un golpe inesperado, una brusca sacudida que lo condujo hacia la evidencia de la enfermedad de su compañera. ¿Quién lo hubiera creído? Nadie podía imaginarse que esa mujer callada y hacendosa, que desempeñaba tareas agobiadoras, estaba destruída.

Después de la muerte de su mujer, su hijo manifestó deseos de irse a la ciudad. Sabía leer y escribir y no quería seguir siendo bestia de labor en la hacienda "Santa Margarita". Estaba cansado de esa vida opaca, sin horizontes, donde el hombre vale igual que una pala y menos que un arado. El muchacho había hablado largo, sin titubeos. ¿Dónde había aprendido todas esas cosas? En los libros, no cabía duda. Lo había visto leer a la sombra de los sauces o bajo el pequeño parrón del huerto. Partió una mañana, acompañado de otros dos in-

quilinos de su edad, sin más equipaje que una pequeña bolsa a la espalda, en la que, entre camisetas remendadas y calcetines zurcidos, iban algunos libros ajados, cuya procedencia el padre nunca pudo precisar.

—Hasta luego, taita — habíase despedido su hijo. Y nunca más supo de él. ¿Cuántos años hacía de eso? ¿Tres, cuatro? No lo recordaba. Desde entonces estaba solo. Desastrosamente solo. El rancho era una pocilga inmunda, sórdida, asaltada por las arañas y las lagartijas que buscaban refugio en sus muros agrietados. Las gallinas habían muerto o desaparecido. La ropa hecha girones no podía ser zurcida. En el rancho faltaban las hacendosas manos de su mujer, la muda presencia de su mujer, inclinada sobre la artesa, amasando la harina o curvada frente a la cálida boca del horno para extraer el pan fragante o las apetitosas empanadas.

Ya el sol se había ocultado detrás de los cerros de la costa. El cielo enrojece violentamente y los últimos pájaros vuelan apresurados para cobijarse en los árboles que se alzan como faros taciturnos en el silencio del paisaje. Las sombras se avalanzan desde los cerros próximos y se arrojan de bruce sobre el campo, cubriéndolo todo con sus alas negras. José del Carmen, sentado sobre la tierra removida, permanece en silencio. Piensa. Piensa en su mujer y en su propia vida. Es como si se conociera por primera vez. Los remordimientos, tardíos y tenaces, lo muerden sin descanso. Ahora, solo ahora, en ese preciso instante de la tarde que muere, agotado por el cansancio, roído por la soledad, ha comprendido la muda tortura de su compañera. Y sin poderlo evitar, deja que corran algu-

nas lágrimas quemantes por los profundos surcos de sus mejillas. Son sus primeras lágrimas de hombre. Y las últimas.

Y ahí, sentado sobre los surcos, bajo las densas sombras de la noche que se le ha echado encima, José del Carmen, mudo y angustiado, es solo un dolor de hombre confundido con la tierra.

TRACTORES

ERAN nueve. Aquella mañana el administrador del fundo "Los Rosales" habíalos llamado para notificarlos que estaban despedidos. Había sido una escena de pocas palabras, alargada por prolongados silencios que evidenciaban la tragedia que andaba por dentro de sus cuerpos y que se asomaba tímidamente a sus pupilas.

—El patrón ya no los necesita. Ya llegó el nuevo tractor — les explicó el administrador en frases cortas y duras, en las que se evidenciaba una mezcla de desprecio y de indiferencia por la suerte de los hombres que lo escuchaban.

—¿Así que nos tenemos que ir, entonces?

—Claro, pues hombre. Y mejor es que las raspen al tiro. El patrón no los quiere ver más por aquí.

Los hombres quedaron perplejos, haciendo girar sus amplias chupallas con estúpida insistencia ante la certeza de que ya no los necesitaban. Después, retiráronse en silencio. Pero no podían alejarse. Una fuerza extraña, un sentimiento complejo que ni ellos mismos podían definir, los obligaba a dar vueltas por los contornos, como si se les hubiera extraviado algo o buscaran en el silencio la brújula que los orientara hacia nuevos destinos. Les era duro marcharse sin ver antes todas aquellas cosas

que les eran familiares y que estaban ligadas a su existencia, mezcladas a sus recuerdos y pegadas a sus retinas con la sencilla y firme actitud del musgo sobre las piedras.

Ahora estaban ahí, mudos, frente al cerco de alambres que miraba hacia el camino, observando con ojos asombrados las evoluciones del tractor que araba dentro del potrero. Los surcos eran rectos y profundos. Sin un tropiezo y sin esfuerzo, iba el tractor rompiendo a la tierra apretada, mientras horadaba el silencio de la mañana con el ronco trepidar de su motor.

La eficiencia mecánica los había desplazado. Sobre el asiento del tractor iba un hombre rubio, de aspecto extranjero, displicente, manejándolo con mano experta y segura. Con su ható a la espalda, los hombres pensaban en su suerte. Les era penoso alejarse de esas tierras que habían arado y sembrado durante varios años, hasta recoger el fruto con sus propias manos y sentíanse atraídos por aquellos lugares que era preciso abandonar ante la decisión del amo.

La mañana era helada. Más allá de los álamos desnudos que se alzaban a la distancia, se escuchaba el ronco trepidar de otro tractor que hacía su tarea. Los hombres pensaban. En otros fundos no los recibirían porque ya tenían la gente necesaria. El horizonte se estrechaba frente a sus limitadas posibilidades de hombres de la gleba. El más viejo de ellos, de apariencia dulce y tranquila, murmuró algunas palabras, como si conversara consigo mismo.

—Si se le echara a perder el “aparato” . . . Lo arreglaría el gringo.

Éra una idea trunca y confusa que le rondaba el cerebro. Si el tractor cesara de andar, si fracasara lo que él estimaba un experimento, el patrón tendría que llamarlos nuevamente. Pero el tractor continuaba arando sin interrupción, removiendo la tierra y haciendo saltar los terrones con una eficiencia mayor que el arado de tracción animal.

—Güen dar —comentó Pedro Antonio—. Lo que son las cosas. Que por causa de esa sonajera tengamos qu'irnos d'estas tierras.

Su mirada era sombría y extraña. Miraba fijamente al tractor, pero sólo pensaba en Rosalía, la hija de don Raimundo. Todas sus esperanzas, todos sus anhelos de hombre, desmoronábanse, con aquella brusca partida. Había soñado con casarse con la muchacha, tener un rancho y un buen caballo, ahorrar algunos pesos para comprarse un poncho nuevo y una cama y trabajar duro para hacer producir la tierra ajena. Cuando Pedro Antonio comunicó a Rosalía la noticia de su expulsión del fundo, la muchacha rompió a llorar.

—¿Por qué no hablay con don Pascual pa ver si te dejan en el fundo, Pedro Antonio? — le aconsejó ella, aferrándose desesperadamente a una última esperanza. El muchacho había permanecido en silencio. Aun sonaban en sus oídos las apremiantes palabras del administrador:

—Mejor es que las raspen al tiro. El patrón no los quiere ver más por aquí.

Comprendió que si insistía sería expulsado a puntapiés por el capataz, que obedecía ciegamente las órdenes del patrón. Y, además, le repugnaba humillarse. Todo estaba perdido. Por eso su mirada era dura y rencorosa y sus mandíbulas se apretaban

con fuerza para que no temblaran ante el dolor que trataba de domar como a un potro desbocado.

Un viento frío, jineteando en el cielo, arrió a un puñado de nubes negras, hizo doblar el espinazo flexible de los álamos y se incrustó en el cuerpo de los hombres a través de sus harapos. Luego empezó a llover con desgano. Los peones parecían no darse cuenta de la lluvia. Algunos encendieron cigarrillos. Silenciosos. Resignados. El tractor iba y venía por el potrero, resoplando como un monstruo.

De pronto apareció en el camino enfangado la deslumbrante fugacidad del Studebaker del patrón. Rápido, potente, pasó casi rozando a los campesinos, envolviéndolos en una densa hedentina de nafta quemada. Dentro, arrellenado sobre blandos cojines, iban las pupilas duras, frías y lejanas del amo que escrutó con disgusto al grupo inmóvil a la orilla del camino. Algunos peones se quitaron el sombrero, respetuosos, y casi instantáneamente les respondió una violenta lluvia de barro lanzada por las veloces ruedas del vehículo que se alejó bramando hacia la ciudad, mientras los hombres permanecían con la vista fija en la curva por donde desapareció el carruaje, sin que en sus miradas opacas pudiera advertirse el dolor impotente o la ira de los desarraigados.

La lluvia continuaba cayendo con desgano. Los hombres no demostraban prisa en marcharse, afirmados en el alambrado, atraídos por el espectáculo del tractor que había terminado por desplazarlos. Un muchacho sentóse en el suelo húmedo, cansado de mirar. Otro extrajo de su bolsa un trozo de "galleta" y empezó a rumiar como un buey, mirando su bocado después de cada mordisco. Don Bauchá, el más viejo, enlazaba sus recuerdos. Su caso era

vulgar, repetido a través del tiempo, enraizado en el campo.

He aquí la historia, si así puede llamarse, del peón Bautista Rodríguez, de la hacienda "Los Rosales". El patrón asediaba a su mujer, una muchacha robusta y hermosa, nutrida por las morenas ubres de la tierra y aromada por los vientos matinales, que traían desde los potreros un perfumado mensaje de menta y toronjil. Se lo habían dicho, pero no lo creía. Le parecía imposible que su mujer lo engañara. Su corazón de hombre puro se negaba a aceptar la verdad que circulaba mordazmente entre sus compañeros de trabajo y en los corrillos de comadres.

Pero los celos terminaron por incendiar los íntimos rastrojos de sus sentimientos. Un día, igual que muchos, el patrón penetró al rancho de Bautista, amable, mostrando los dientes blancos y firmes de macho bien alimentado, haciendo cantar sus espuelas de plata con la acompasada música de sus pasos. Su voz metálica sonaba melosa, repugnante. Ofrecía, mientras la mujer escuchaba con los ojos bajos, luchando consigo misma. Ofrecía dinero, cariño, una vaquilla para la Pascua, seguridad para Bauchá. La codicia, con la viscosidad de una serpiente, trepaba por las piernas desnudas de la mujer y avanzaba reptando por las tibias curvas de su cuerpo para asomarse a la azorada y negra plenitud de sus pupilas. Pero no respondía, protegida en obstinado silencio, consciente de que su respuesta la arrastraría a los brazos del hombre que la cortejaba. Y entonces el patrón trató de tumbarla sobre la mesa, con la pujanza de un toro provocado. La mujer, ultrajada, se defendió con fiereza. Todo su cuerpo estremecíase de furor contenido. Su sangre

campesina, su docilidad de hembra, se rebelaba en esos instantes, presionada por la fuerza.

El patrón, irritado, soltó a su presa, abandonó el rancho y se alejó al galope, acompañado por el claro tintineo de sus espuelas de plata. En ese mismo instante, Baucha, que había anticipado su regreso, emponzoñado por los celos, tuvo la confirmación de sus sospechas al percatarse de la huída.

—¡Toma, perra, cochina, sinvergüenza!

Sara, al segundo puñetazo, cayó al suelo, sobre un charco de sangre. Pero él estaba ciego. Sus celos necesitaban una válvula de escape. Y golpeaba, golpeaba, hasta perder las fuerzas. Un pequeño arroyo escarlata serpenteaba sobre el suelo del rancho miserable. Y él continuaba golpeando. Ya no era un hombre. Ya no era un campesino manso y humilde. Era una bestia. Un martinete humano. El odio y el escarnio lo habían transformado. Y el culpable de todo era el patrón, violador de doncellas y corruptor de mujeres casadas, que se creía con derecho a comprar los cuerpos y las almas de las inquilinas de "Los Rosales".

Nunca supo Baucha cómo pudo dominar sus instintos para no "fatalizarse" con el patrón. Se lo impidió, tal vez, algún abuelo torturado por el implacable látigo de los encomenderos. Pero todo fué inútil. Triunfó la voluntad del amo. Sara se convirtió en la amante del patrón, como lo habían sido muchas otras antes que ella y como seguirían siendo otras en el futuro. Hasta que un día, hastiada de la brutalidad del amo y de los golpes del marido, perseguida por los remordimientos, desapareció de "Los Rosales", sin que nadie supiera su paradero desde entonces.

—Se la tragó la tierra — murmuraban las viejas, santiguándose para precaverse de todo maleficio. Y él, Baucha, había continuado en el rancho hasta esa mañana en que lo notificaron que debía partir. Y ahora estaba ahí, rumiando sus pensamientos, con los ojos inmóviles en el fango del camino, mientras a sus espaldas trepidaba el tractor, burlándose de su desamparo con su implacable carcajada mecánica.

Ya no llovía. Un débil rayo de sol se filtró por un hueco de las nubes y de súbito se agigantó como un inmenso abanico. El campo se transformó. Ya no tenía el aspecto hostil de tierra muerta. El sol hacía cobrar nuevos matices y las gotas de agua brillaban suspendidas en los brazos desnudos de los árboles. Algunos pájaros se avalanzaron sobre el barbecho, para buscar su alimento y desde los corrales lejanos llegaban los débiles balidos de los rebaños que pugnaban por lanzarse al campo húmedo y fragante.

Los hombres continuaban en silencio. Sólo el tractor seguía infatigable en su tarea, manejado por el hombre rubio, dibujando en la tierra surcos paralelos, mientras el silencio destrozado huía hacia las últimas colinas del horizonte. Alguien propuso que se marcharan. Y casi inmediatamente se pusieron en camino, hundiéndose en el fango de la carretera. No sabían a dónde ir. Para algunos, la marcha significaba una vertical afirmación de la esperanza germinada en el silencio de su espera. Uno de ellos intentó silbar. Pero su silbido fue tan desganado y roto, que se desprendió de sus labios como un pájaro muerto.

LA VENGANZA

POR el camino que conduce a las casas de la hacienda, avanza un rebaño humano, haraposo y maloliente, levantando a su paso nubecillas de polvo que se deshacen lentamente en el aire saturado de efluvios vegetales. En los rostros angulosos y cetrinos de los peones no hay alegría ni desaliento. Algunos tienen la mirada estúpida, vaga e indiferente, embrutecidos por el alcohol y la ignorancia. Su vida ha sido siempre la misma: trabajar de sol a sol, dormir en pocilgas, obedecer dócilmente las órdenes y bajar los ojos sumisos frente a la mirada altanera de los amos.

El rebaño se detiene y forma un grupo compacto frente al edificio de la administración. Allí permanecen largo rato bajo un sol ardiente que les azota las espaldas, mientras sus miradas vagas y turbias de bestias domesticadas recorren con insistencia las puertas entreabiertas de las oficinas, esperando el pago semanal.

Frente a la ventanilla del pagador, se destaca el uniforme verde de un carabnero. Es un hombre alto, robusto, de anchas espaldas, de mirada firme y orgullosa. Con la carabina al hombro, semejante a un cancerbero malhumorado, escudriña al gru-

po con sus ojillos violentos, lamentando que no se le presente la ocasión para demostrar su autoridad frente a la "rotada".

Los peones, poco a poco, cautelosamente, se han ido aproximando hasta ubicarse en la puerta del edificio. Algunos, para protegerse del sol, intentan colocarse en el umbral de la puerta, con movimientos torpes, embarazados, denunciando en sus gestos, la duda que los embarga. Al advertirlo, el carabinero, radiante de alegría interna, levanta la voz airada para infundir temor al rebaño humano:

—¡Atrás, carajo, hasta que los llamen!

Y alargando el brazo, empuja con violencia al peón más cercano que vacila, resbala y cae sobre sus compañeros. Algunos ríen sin motivo. Pasivos ante el ultraje, continúan esperando la orden de acercarse a la ventanilla. Desean recibir su salario, a pesar de que tienen la certeza de que no les alcanzará para sus gastos. La impaciencia les anda por dentro, les roe las entrañas, pero son incapaces de hacerla aflorar a la impasibilidad de sus rostros.

Un olor agrio a sudor y a mugre emigra desde el montón de carne desaseada. Esperan. Es lo único que pueden hacer. Alejados de los centros civilizados, analfabetos, creen que el mundo empieza en la cordillera y termina en el mar. El patrón es para ellos tan sagrado como una imagen religiosa. Sienten hacia sus amos un respeto tan profundo, casi místico, que para hablar con ellos permanecen descubiertos y con la vista baja, temerosos de sentir el choque de sus pupilas. Esperan. El sol va dibujando en el impasible mapa de sus rostros, una complicada hidrografía de sudor que se escurre por las grietas cavadas por el tiempo.

El grupo ha crecido. Ahora es un centenar de peones que esperan el turno para recibir sus salarios. Algunos conversan en voz baja. Nadie ríe. Pero tampoco están serios. Sus caras son inexpresivas y chatas, humildes, mansas, cansadas.

Después de largo rato, un grito salido desde la ventanilla, indica que se inicia el pago semanal. Un pequeño rebaño de hombres se apresura a tomar colocación frente al marco de la ventana enrejada en su parte alta. Se miran y sonríen.

—¡Más orden! — vocifera el carabinero, sin que nadie se explique a qué se refiere. Todos están en orden. Nadie habla. Nadie protesta. Pero el muchacho no puede permanecer largo tiempo sin imponerle su autoridad a alguien para justificar su presencia inútil en aquel lugar.

—¡Rudecindo Rojas! — llama el pagador.

—Presente.

—Treinta pesos.

—Gracias, patrón.

El hombre se aleja, contando el dinero con cara inexpresiva, mientras hace cálculos mentales tratando de averiguar si le alcanzará para pagar sus deudas. La voz del pagador sigue llamando, agria y destemplada.

—¡Sofanor Paredes!

Nadie responde

—¡¡Sofanor Paredes!!

Un muchacho corre a la ventanilla, confundido por su distracción.

—¿Qué no oyes, animal, que te estoy llamando?

—Sí, patroncito.

—Aquí tienes tu sueldo. Son veinticinco pesos.

—Gracias, patrón.

—Gregorio Martínez.

—¡Aquí, patrón!

—Veinte pesos.

—Chis. Si trabajé los seis días, patrón.

El pagador lo mira con desprecio y le da el detalle de su cuenta atropelladamente, tropezando con las palabras para demostrar su impaciencia.

—Seis días de trabajo a cinco pesos diarios son treinta pesos, menos diez pesos para amortizar la rotura de una pala. Saldo: veinte pesos.

—¿Conforme?

—Cómo voy a estar conforme, patrón, cuando la pala se quebró de puro vieja.

El capataz, que presencia el pago de los peones, interviene con voz enérgica, impregnada de venganza.

—¡La quebraste de intento, porque no queríay trabajar en el desagüe! Tenís que pagar la pala pa que no seay añiaño.

—Otro. Emilio Pérez — grita el pagador con su vocecilla afónica, que parece brotarle desde las profundidades de su vientre inflado por el exceso de alimentación.

El reclamante permanece inmóvil frente a la ventanilla, sin atreverse a coger el dinero que le pertenece. Ahí está, trémulo y acobardado, sin hallar qué hacer. Siente que una rabia sorda crece y se agiganta dentro de su pecho y los ojos se le enturbian con lágrimas de impotencia. Quiere rebelarse, arrojar las monedas a la cara del pagador y arremeter contra el capataz. Pero no se decide. Se lo impiden siglos de servilismo. Nada puede hacer contra ellos. El es un peón. No es nadie. Ellos tienen la fuerza. Sus manos tiemblan cuando se deciden a recoger los cuatro billetes que justifican

su escarnio. El carabinero, irritado por la actitud indecisa del hombre, interviene bruscamente, rojo de cólera:

—¡Y'astá, mándate cambiar de aquí! Miren qué niñazo.

Gregorio lo mira, tuerce la boca para ahogar un insulto y se aleja derrotado y confuso, seguido por las miradas inexpresivas de sus camaradas. Lentamente se dirige hacia un castaño y se cobija a su sombra, sentándose en el suelo, mientras sus miradas no se apartan del grupo de peones que aguarda su turno. Piensa, baraja ideas, y de pronto se decide, se incorpora y encamina sus pasos hacia el boliche de don Salustio, donde sabe que encontrará el vino necesario para emborracharse. Ahora lleva en la frente un profundo surco de disgusto. Con los ojos bajos se mira las "ojotas" primitivas y observa sus pantalones hechos girones. Su pobreza lo irrita, como si la viera por primera vez, y siente que la rabia sorda no lo abandona, germinando en su cuerpo y en su sangre abandonada por las injusticias.

Al llegar al boliche de don Salustio se acoda en el mesón y pide un litro de vino. Bebe a grandes sorbos, sin detenerse, hasta la última gota.

—Póngame el otro — pide a continuación, limpiándose los labios con el dorso de su mano derecha.

Necesita beber. Necesita emborracharse. Es el único camino abierto a su infortunio. En el local hay otros hombres, compañeros de labores, que también beben en silencio un vaso de vino ácido y adulterado por el tabernero. Algunos ríen, con risa falsa, cercana a las lágrimas. Empiezan a emborra-

charse y se muestran más comunicativos sin acertar a decir lo que piensan, sin darse cuenta exacta de la razón de beber.

—¡Quiubo, Goyo! Ahora si que estay palo grueso con veinte pesos a la semana — chancea una voz tartajeante y amistosa.

Gregorio lo mira y no responde. Intenta sonreír y la boca se le desfigura grotescamente. No. No puede reír. Se lo impide el sordo rencor que lleva dentro. Es imposible. Se ha dado cuenta, de súbito, de que le han robado parte de su trabajo y ya nada puede detener el volcán que empieza a estallar en su interior, con fuerza avasalladora.

La misma voz continúa implacable.

—Hay que ver que son gallos. Fíjese —se dirige al tabernero— que lo hicieron pagar una pala que se quebró de puro vieja. Ja, ja, ja.

—¿Y a vos qué te importa? — explota Gregorio, mirándolo de hito en hito, con un gesto de fiera dispuesta a lanzarse sobre su presa.

—A mí no me importa ná, pero me da risa que te paguen veinte pesos a la semana.

—¿Y a vos cuánto te pagan, entonces?

—A mí no me descuentan palas — se evade la voz burlona, buscando con los ojos inquietos una cómplice aprobación entre los parroquianos de la cantina.

—Pero te pagan igual que a mí. Lo mejor es que no seay intruso y cerrís el hocico.

—¡Chitas que estay enroscao!

—Es que soy capaz. A hombre no me la gana nadie.

—Güeno, ya está. No te enojís, Goyo. Tomemos un trago juntos.

Beben. El vino les abrillanta los ojos, los hace hablar estupideces y los pone sentimentales. Beben. Charlan. Beben. Un borracho empieza a sollozar sin motivo aparente, apoyado en una barrica vacía. El tabernero lo mira con indiferencia, se aproxima al llorón y le descarga un puñetazo en la cabeza, para hacerlo reaccionar. El hombre no cambia de actitud y continúa llorando, sorbiéndose los mocos que se le escurren por el labio superior.

—No hay rotó más desgraciao que yo — gime el ebrio, repitiendo su cantinela con monótona insistencia, semejante a una melodía araucana.

Gregorio y su compañero beben sin descanso, ajenos al resto de los peones que llenan el aposento. Sus gestos torpes y sus miradas se han vuelto turbias y opacas. Están borrachos. Bestializados. Gregorio siente que el rencor sordo empieza a crecer dentro de su cuerpo, ahora con una vehemencia criminal. Se acuerda del patrón arbitrario, del pagador despreciativo y del capataz abusador. Las ideas confusas acuden en tropel a su memoria, atropellándose, retorciéndose entre un enjambre de imágenes, en las que se mezclan los rostros altaneros del capataz y del pagador que lo habían humillado, con los casi olvidados de otros patrones y capataces que acudían a su memoria al conjuro del alcohol, rostros alucinados de hombres que habían caído en los caminos, abriendo rojos cauces en sus venas, o espaldas curvadas bajo el sol que brillaba en la simbólica media luna de la hoz que degollaba espigas.

Mientras tanto el tiempo avanza y el cielo va adquiriendo cambiantes tonalidades, tocado por el pincel de un pintor invisible, a medida que el sol

termina su jornada. Desde los campos sembrados elévase un fuerte y agradable olor a tierra mojada, a vida vegetal que se nutre en las profundas y morrenas ubres de la tierra.

Gregorio, borracho, sale al camino. Avanza torpemente, como un hombre herido. Lo acompaña su compañero, farfullando incoherencias, lamentándose de su mala suerte, de la vida perra, de ser un pobre roto errante. Ambos se repelen y se observan, advertidos por un profundo y ancestral instinto de hombres vagabundos. Caminan por la carretera polvorosa, sin rumbo fijo, como barcos a la deriva en la desolación del campo, después de haber gastado todo su salario en el boliche "El buen amigo", de don Salústio.

Mientras caminan, Gregorio rumia su rencor. Un odio de siglos acude a su llamado. Odia al administrador, al propietario, al capataz, a sus compañeros y a las bestias. Lo odia todo. Y ahora ya no es un hombre, ni siquiera un peón analfabeto. Es una bestia humana que desea vengarse, que quiere destruir, que siente la imperiosa necesidad de aliviarse de la carga de odio que lleva dentro de sus venas.

De pronto, el peón que lo acompaña se adelanta dando traspiés, con el ánimo de llegar pronto a su rancho, antes de que la noche lo desoriente por completo. Gregorio le mira las espaldas anchas y la nuca morena y siente un ramalazo de odio hacia ese hombre que se había burlado de su desgracia. Sí, se había reído porque le habían pagado veinte pesos por una semana de trabajo, es decir, seis días de sol a sol, seis jornadas agotadoras, regando, arreglando la tierra y cavando una acequia para hacer

un desvío en la boca-toma. Y en esa labor fué donde se quebró la pala al chocar con una piedra oculta bajo la fina costra de tierra. Una pala vieja, en mal estado, carcomida por los años. Y había tenido que pagarla. Sí. Había tenido que pagarla y tendría que seguir pagándola de sus próximos salarios.

Al pensar en todo eso sintió en su cuerpo una explosión de odio. Y casi sin darse cuenta de lo que hacía, obedeciendo a sus impulsos primitivos, instigado por el alcohol, se inclinó sobre el camino, cogió una piedra, se acercó torpemente a su compañero y lo golpeó en el cráneo con todas sus fuerzas. El hombre se derrumbó. Gregorio, al verlo, sintió una salvaje alegría y armado de la piedra continuó golpeando la cabeza ensangrentada de su camarada hasta convertirla en una masa horrible, blanda y repugnante. Después se sintió aliviado, vacío de odio. Arrojó la piedra y se alejó sin apresurarse, dibujando en el polvo de la carretera las huellas imprecisas de su destino.

Se había vengado de la vida.

HERMANOS

LA cosecha había sido abundante. El pequeño granero guardaba el saldo que no se había vendido en el mercado de la ciudad. Por eso, Ramón cantaba. Además, la mañana era tan clara y el cielo tan puro. Orillando el potrero, los álamos echaban a rodar sus monedas de oro pálido, que oscilaban en el aire al compás del viento desorientado.

Ramón lo esperaba todo de la tierra que preparaba amorosamente. Su hermano Filidor, vagabundo, vicioso y pendenciero, sólo aparecía por el rancho cuando el hambre le mordía las entrañas. Era la mala sombra de Agua Buena. Algunos le temían. Otros le odiaban. Su madre —sencillo cántaro de ternura— lo compadecía. Nunca pudo negarle las monedas que le solicitaba en tono humilde, con promesa de pronta devolución, aunque se prometía a solas no reincidir en su largueza. Ramón lo detestaba. Le parecía una burla y un sarcasmo la cínica presencia de su hermano en aquel rancho sostenido por su esfuerzo. Cuando se encontraban, conversaban con monosílabos, ahorrando las palabras, en un estilo telegráfico denunciador de sus rencores. Y separá-

banse casi sin mirarse. Otras veces, al encontrarse, truncaban el saludo.

—Güenas — mascullaba Ramón mirando hacia la tierra.

—Güenas — respondíale Filidor con insultante indiferencia.

Cuando el rencor se le hacía insoportable y sus sentimientos buscaban una válvula de escape para sincerarse ante su hermano, Ramón tartamudeaba, golpeando las palabras con eufónica violencia.

—Solo no puedo sembrar todo el potrero... van a empezar las lluvias y necesito ayuda... no puedo pagar a un peón. No somos ricos pa eso...

Filidor lo escuchaba en silencio, con el ceño arrugado, chupando su cigarrillo mientras buscaba inútilmente una respuesta para las ácidas palabras de su hermano. Pero nada se le ocurría. Todo era nebuloso en su cerebro inculto y atrofiado, de alcohólico prematuro. Las ideas se le evadían cuando creía atraparlas, con la sorpresa que experimentamos cuando cogemos un objeto voluminoso y nos extraña su levedad. No tenía excusa. Esa era la verdad. ¿Por qué no ayudaba a su hermano? Ni él mismo lo sabía. Algunas veces habíase hecho el propósito de cambiar de vida, de permanecer en el rancho y cultivar la tierra o coger el arado, pero al intentar hacerlo le resultaba imposible. Había una fuerza extraña que lo impulsaba a vagar por los caminos, buscar las tabernas y charlar en los mesones acogedores de los "boliches".

Puente Negro, Agua Buena, Roma o Manantiales. Polvo o fango. Lluvia, sol o escarcha. En todas partes y en cualquier tiempo aparecía la recia estampa de Filidor, ladino, alegre, chistoso y penden-ciero cuando el rojo y áspero vino de la región le

impregnaba la sangre con savias de la tierra. Y como fiel acompañante y cómplice abnegado, en uno de los bolsillos de su pantalón guardaba el pringoso naipe chileno, para jugar al monte o a la brisca rematada. Y en las fiestas, lucía su habilidad de bailarín de cueca, que llevaba dentro de su cuerpo como un poderoso grito de la raza.

* * *

Ramón, agotado por el trabajo, sentía crecer el rencor hacia su hermano con una fuerza ciega y oculta, como un feto monstruoso en la oscura complejidad de su cuerpo. Mientras uncía los bueyes, araba la tierra o arrojaba el grano sobre los surcos paralelos, mordía las blasfemias ocultas y temblaba de impaciencia, recordando la conducta de Filidor. Ya no cantaba. La certeza de que hacía más de lo que le correspondía, el hecho de tener que levantarse al amanecer y recogerse de noche, había llegado a exasperarlo.

Ahora evitaba encontrarse con su hermano. Temía estallar en su presencia. Si, estaba seguro, no podría contenerse. El rencor almacenado durante largo tiempo, la certeza de ser burlado por su madre al participar a Filidor parte del producto de la cosecha, lo hacía exasperarse. No. No lo permitiría. La tierra es del que la trabaja. El no era siervo de nadie. Mucho menos de su propio hermano. Donde se encontraran, en el camino, en la taberna, en el rancho o en el potrero, sabría Filidor que él no se dejaba engañar ni explotar impunemente. Si quería comer y emborracharse, que trabajara de sol a sol, que supiera de las angustias por las nevadas o sequías, que hiciera ondear el trigo y crugir las mazorcas en una tierra pobre y sin abonos.

Silenciosa y curvada, la madre vivía en el rancho a la orilla del brasero encendido, sorbiendo su mate cotidiano, esperando con íntima ternura y zozobra las visitas de Filidor. Sus largas ausencias hacíanla temblar con turbios presentimientos. Entonces rompía su mutismo y preguntaba a Ramón con gesto indiferente, para no delatar su angustia.

—¿Qué será de Filidor? ¿No lo has visto estos días?

—No. No lo he visto. Ni quiero verlo tampoco.

—¿Por qué no habrá venido a verme este niño?
— insistía la anciana, francamente alarmada ante las ambiguas respuestas de Ramón.

—Cuando necesite plata la vendrá a ver. No tenga cuidao — filosofaba Ramón malévolamente, chupando su cigarrillo de hoja de choclo. Después, rencoroso, agregaba su invariable comentario:

—No quiero encontrarme más con ese bribón en este rancho. Sépalo bien. Si viene a verla lo echaré a patadas. ¿Cree que soy esclavo? No, ñora, Tamién sé hacerme respetar.

Y ahora, igual que siempre, una noche semejante a otras, monótonamente unidas por el tiempo sigiloso, madre e hijo permanecen silenciosos en la oquedad del rancho, con los rostros borrosos, los pensamientos limitados y las esperanzas firmemente hincadas en la tierra que los circunda.

La lluvia, que había amenazado durante todo el día, empezó a caer con fuerza. El viento desorientado llevaba y traía trozos de ladridos, jugando con los árboles, fabricando espirales de hojas secas y golpeando las puertas de los ranchos. Ágil, libre y robusto, el viento saltaba sobre las colinas y ascendía por los caminos del cielo para enredar su

manto en los cuernos de la luna nueva, que se asomaba tímidamente a través de los desgarrones de las nubes. Otras veces, semejante a un macho en celo, levantaba las basquiñas almidonadas para admirar las robustas formas de las campesinas. O bien, violento é irascible, golpeaba a los árboles para después, apaciguado, galopar suavemente sobre la campiña, haciendo sonar su armonioso caramillo.

* * *

Era cerca de la medianoche cuando recios golpes sonaron en la puerta del rancho, provocados por una mano que se adivinaba nerviosa y apresurada. Ramón despertó sobresaltado. ¿Quién podía ser aquel intempestivo visitante nocturno? Con la agilidad de un gato, con los músculos en tensión, saltó del lecho armado de un garrote. Por su imaginación, como un relámpago, pasó la figura magra y recia del "Flaco Belisario", maleante nocturno que asolaba los campos de Colchagua, escapándose infinitas veces de las garras de los carabineros destacados en su persecución.

—¿Quién es?

—Soy yo, Filidor . . . Déjame entrar — respondió la voz premiosa y jadeante de su hermano, con un temblor nervioso, como si una mano invisible le apretara la garganta.

Ramón, desconcertado, hizo girar los goznes de la puerta. Filidor penetró, chorreando agua y sangre. A la luz de la vela, Ramón pudo percibir su cara contraída por el dolor, y entonces, todo su rencor almacenado fué barrido por una violenta ráfaga de piedad. Ante él, sólo veía al hermano per-

seguido. Antes de que Filidor le explicara, lo comprendió todo.

—Me acriminé — explicó en breves palabras para responder a la muda interrogación de su hermano.

—¿A dónde te pegaron, Fili?

—Aquí, en el hombro.

—¿Te duele mucho?

—No. Algo no más.

—Acuéstate pa vendarte.

Había en el acento de Ramón una profunda ternura fraternal. Con sus manos torpes y vastas, vendó el hombro herido con un trozo de camisa, tratando de restañar la sangre.

—Me vienen siguiendo.

—¿Quién?

—Los pacos.

—Ah . . .

En ese ah, pronunciado con voz sorda y extraña, estaba toda la comprensión de lo sucedido. Era la solidaridad del campo, de la sangre y el peligro, que afluía robusta y pura, nutrida por las generaciones, purificada por la tierra.

—Deben venir cerca —continuó Filidor—. Andan a caballo.

El diálogo en sordina no había despertado a la anciana que dormía en un rincón del rancho, protegida por su sordera. Respiraba profundamente, ajena a la tragedia de su hijo. Al advertirlo, Filidor rogó con voz velada, teñida de amargura.

—Que no sepa que me balearon.

—Güeno.

En ese momento se oyó el galope de cabalgaduras sobre el fango del camino, sintonizado por el metálico anuncio de los sables.

—Los pacos — pensaron ambos y se comprendieron con la mirada. Separáronse sin palabras; con un tosco apretón de manos. Filidor huyó hacia el potrero. La noche, como un cuervo voraz, se lo tragó en medio de la lluvia persistente, para escabullirlo a sus perseguidores, mientras que rudos golpes de culatas en la puerta obligaban a Ramón a franquear la entrada de la justicia.

—¿Qué quieren? — interrogó con fiereza a los carabineros que invadieron el aposento.

—Andamos buscando a tu hermano.

—Aquí no está. ¿Y por qué lo andan buscando?

—Acaba de matar a uno.

—No lo hemos visto por estos lados.

—Bueno. Proceder — ordenó el sargento a los soldados que lo acompañaban. Uno de ellos despertó bruscamente a la anciana para cerciorarse de que no ocultaba a nadie. La madre chilló alarmada, sin comprender lo que ocurría. Veía hombres uniformados que registraban el rancho, miraban bajo el catre y olfateaban los rincones como perros de presa. De pronto, con la intuición de su dolor exacerbado, comprendió la causa de todo aquéllo y rompió a llorar en silencio, con gemidos ahogados que la convulsionaban suavemente.

—Fili, Fili — murmuraba bajito, hablando consigo misma, apretadas sus manos sarmentosas con un profundo gesto de dolor.

—¿Lo ha visto? ¿Dónde está? — la interrogó un soldado rubio y de ojos malévolos que huroneaba con el arma al brazo.

La madre no respondió. Ovillada, seguía llorando en silencio, vencida por la desgracia, poseída por la angustia.

—Vamos — ordenó el sargento a sus soldados, encaminándose hacia la puerta por donde había huído Filidor. Ramón, que hasta ese momento había permanecido inmóvil, huraño y silencioso, vigilando atentamente los movimientos de los carabineros, les interceptó el paso de un salto, cerrando la salida con su cuerpo robusto.

—¡Quítate, carajo! — rugió el sargento con fiereza, comprendiendo la actitud del muchacho.

Ramón no se movió. Estaba transformado, con los ojos inyectados de cólera, las mandíbulas apretadas y los músculos en tensión, dispuesto a la defensa.

—¡Quítate, carajo! — repitió el sargento adelantándose con el sable en alto y el gesto feroz.

Con un rápido esguince, Ramón evitó el golpe que pasó rozándolo. Una ola de sombrío coraje circuló por las venas del hombre, endureció sus músculos y puso en sus ojos una fiereza horrible de bestia acorralada. Era el animal perseguido, acosado por la jauría. Vió algunas armas apuntadas hacia su cuerpo y una feroz amenaza en las pupilas que lo rodeaban. Pero no se movió. En ese instante, todos sus pensamientos fluían hacia su hermano, que en ese momento huiría a través de los potreros para escapar a sus perseguidores.

Mudo y torvo, inmóvil como un árbol, continuaba interceptando la salida con la barrera de su cuerpo indefenso. De improviso, un violento culatazo en el cráneo lo hizo vacilar y caer hacia atrás, sobre el fango del potrero. Los carabineros, enfurecidos con el olor a sangre fresca, pasaron sobre su cuerpo y se abrieron como un abanico bajo la hosca actitud de la medianoche.

EL INSTINTO

UN hombre avanza por el camino tortuoso, envuelto en el relente de la madrugada que cubre el campo como un inmenso poncho humedecido. A largos trancos, los ojos ardientes y los labios secos y entreabiertos, con un gesto nacido de los profundos estratos de su naturaleza animal, camina sin rumbo fijo, asediado por una fuerza extraña que lo impulsa hacia adelante.

Hace varias noches que casi no duerme. Apenas se echa en el jergón, siente que le falta algo, que está demasiado sólo, que la vida no tiene sentido. Una imagen de mujer se mezcla a todos sus pensamientos y termina por apoderarse de su voluntad, barrenando sus energías.

Avanza obsesionado por una idea fija. Siente en sus venas un temblor de lava que le recorre los íntimos caminos de su cuerpo, abrasándole las pupilas, endureciendo sus mandíbulas, incendiando su sangre con una necesidad imperiosa de aliviarse. Palpa sus bolsillos vacíos y rumia su desesperación con una frase que le ronda la cabeza afiebrada, abonada por su deseo y nutrida por su soledad.

—¡Pucha que soy fatal!

El instinto primario, la ley natural, lo asedia sin descanso. Evoca la silueta ágil, cimbreante y fina de la hija del patrón, con las formas modeladas bajo las telas limpias, y este pensamiento lo enardece hasta la exasperación. Avanzando por el camino, tembloroso y violento, ahogado por la marea interior que le calcina las entrañas, es únicamente un hombre arrastrado por el instinto.

—¡Pucha que soy fatal!

Piensa en una mujer que poseyó hace tiempo, mucho tiempo, sobre un trigal maduro. Ella era segadora. Se llamaba Laura. Era vieja y fea, pero había sido suya sin resistencia. Ahora, al evocarla, la desea y quisiera encontrarse nuevamente con ella. Era vieja y fea. Tenía el cuerpo ajado. Y el era joven y robusto. Merecía, también, a una mujer joven y robusta. Pero los peones no pueden elegir. Y, en muchos casos, deben conformarse con las sobras.

Detrás de un alambrado hay un rebaño ovejuno. El hombre se detiene bruscamente y mira a las ovejas con equívoca insistencia, pero hay algo lejano, más allá de las fronteras conscientes, una mezcla de compasión y repugnancia, que lo detiene en su intento y lo conduce hasta el obscuro tribunal oculto en su corazón.

El camino alarga su cinta de fango y el hombre continúa su marcha controlado por la imperiosa fuerza de su animalidad sexual. De pronto, al doblar un recodo, ve a una muchachita frágil y tierna que camina ante él, con una pequeña cesta entre los brazos. El hombre se desconcierta. Examina las piernas delgadas que asoman bajo el vestido y detiene sus ojos en las nalgas incipientes de la

pequeña. Mira hacia atrás. No hay nadie. Otea hacia adelante. La soledad lo circunda. Solo él y la muchachita transitan en el umbral del día.

Su ardor genésico le seca la garganta y permanece mudo cuando está al lado de la pequeña que lo escruta con sus ojos pardos, en los que brilla, sedante y tierna, una pueril lámpara de ternura. Apenas tendrá doce años. Tiene el pecho plano y las nalgas pobres. El pelo negro y revuelto le cubre la frente y desciende por la espalda como una pequeña cascada de ébano. Al notar la sombría actitud del hombre intenta sonreír y apresura el paso. Su instinto de hembra le advierte y piensa con pavor que está demasiado lejos de su rancho. Es como un pajarillo consciente de su debilidad e incapaz de escapar al acecho de su enemigo.

El hombre la mira y alarga las comisuras de los labios en una mueca que quiere ser sonrisa. Luego, impulsado por su instinto, obedeciendo al poderoso llamado de su sangre y de la vida, coge a la pequeñuela y la tumba sobre el camino humedecido, sin escuchar sus ruegos ni su llanto acongojado, sin oír el canto de los pájaros que anuncian una primavera anticipada ni ver las gotas de rocío que oscilan en las hojas trémulas de las hierbas sacudidas por su espasmo.

Después se incorpora, ve a la pequeña sangrante; escucha sus sollozos y siente una íntima piedad hacia su víctima. Le parece haber escapado a una pesadilla, liberado al fin de la presión de su organismo, del torturante y angustioso llamado del instinto.

La muchachita intenta incorporarse. Es su primer encuentro con la vida. El hombre la contem-

pla un instante y sus pensamientos tardos se anudan, se enlazan, se mezclan y se aclaran, poco a poco, en el obscuro e ignorante laboratorio de su cerebro campesino. Es como un lento amanecer en la prolongada noche de su vida. Decidido, se inclina hacia la muchachita, la observa con silenciosa ternura y la ayuda a incorporarse. La pequeña, temerosa, lo mira con ojos mojados por el llanto. Comprende vagamente que se ha cumplido su destino, que ha sucedido lo que alguna vez tenía que ocurrirle. Por eso no grita ni huye. Sabe que sería inútil. Su vida, en aquel instante, depende del hombre que la observa en silencio, en cuya alma primitiva oscilan y se repelen las fuerzas del bien y del mal.

Por fin, el hombre habla lentamente, tropezando con sus pensamientos, confuso y anhelante ante la solución de su problema.

—¿Vámonos pa mi rancho, pa que vivamos juntos?

—Vamos — responde la muchacha resignada, con un fatalismo indio que la induce a aceptar su destino, mientras recoge la cesta tumbada a un lado de la carretera. Y ambos, casi sin mirarse, se encaminan al rancho del hombre oculto en la distancia.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL PLEITO

GÜENO. No quiero discutir más con vos. Estas cosas las arregla la justicia. Ya sabís que estás demandado.

—De acuerdo. Mañana mesmo vamos a ver al juez.

Y en efecto, a la mañana siguiente, Porfirio Campos y Domingo Carmona se encontraron en el Juzgado, dispuestos a poner término a su largo litigio. El bochorno de la tarde estival penetraba a torrentes por la parte alta de la ventana, inundando la sala de una vivísima claridad, que parecía brotar de los muros encalados.

Sobre el camino, de tarde en tarde, oíase el paso de alguna cabalgadura o de algún vehículo, y luego retornaba el silencio envolviéndolo todo, como una marea invisible y potente. Mientras aguardaban su turno, los litigantes no podían evitar el mirarse con ojos torvos, duros e impacientes, haciendo esfuerzos por domar la cólera que los dominaba.

—¡Porfirio Campos y Domingo Carmona!

Levantáronse los litigantes acompañados por la cristalina canción de sus espuelas y penetraron sin mirarse a la sala donde los aguardaba el juez ru-

ral. Este era un hombre obeso, algo bisco, con un perenne tufo canoso caído sobre la frente, vestido a la usanza campesina, que se esforzaba por dar a su rostro un gesto severo para infundir respeto a los que llegaban hasta su oficina en demanda de justicia. Levantó los ojos con estudiada dignidad, observó a los litigantes y luego, arrastrando las palabras, inició el interrogatorio.

—¿Quién es el reclamante?

—Yo, Usía. Porfirio Campos, pa servirle.

—Ah. Ud. es el reclamante. Muy bien. Deseo que repita su reclamo verbalmente, sin omitir ningún detalle.

Y el reclamante, a tropezones, tartamudeando a trechos, expuso su largo reclamo, repitiéndose, enredándose en sus propias palabras. Había vendido a Carmona un caballo overo en doscientos pesos. La venta había sido condicional. Campos se reservaba el derecho de recuperar el caballo si en el futuro disponía del dinero necesario. Pero ocurrió que Carmona no quiso devolver la bestia cuando el vendedor fué a recordarle la cláusula del contrato, alegando que el caballo estaba ahora gordo, reluciente y descansado. Pero él estimaba que el caballo podía ser rescatado —lisa y llanamente— haciendo entrega a su actual poseedor, de la suma de doscientos pesos.

El juez escuchó con atención, sin impacientarse y sin interrumpirlo, como corresponde a todo magistrado, mientras se hurgaba la nariz con porfiada insistencia. En seguida, se dirigió al demandado, que ardía en deseos de hablar.

—Bueno. ¿Qué dice usted a todo esto?

—Pa que le voy a negar, usía, es cierto que me vendió el caballo, pero el negocio es negocio y

ahora yo no lo quiero vender. Cómo se le ocurre, patrón, que le voy a devolver el caballo después de cuatro meses, cuando ya se ha comió más de medio potrero de alfalfa. Ahora el pingo está gordo. Yo no se lo vendo si no me paga too lo que se ha comió.

Porfirio Campos, al escuchar estas palabras, se enardeció como un puma herido. De sus ojos evadíanse relámpagos de odio sofocado y en sus palabras temblaba la cólera que le ardía en el pecho.

—No es cierto, usía. El caballo estaba gordo y bien cuidado.

—Pero usted ¿por qué no compra otro caballo? ¿Es preciso que compre el mismo que vendió hace cuatro meses?

—No quiero niún caballo si no es el mío. Por doscientos pesos no compro ni un burro, su mercé. Pa eso hicimos un trato al momento de la venta.

—Pero esos contratos de palabra no tienen ningún valor legal. La justicia no puede obligar a una persona a que venda una cosa que no quiere vender. La propiedad es inviolable. El código no . . .

—¡Cómo no va a tener valor un contrato de palabra, iñor! ¿Entonces la palabra del hombre no vale ná? Chis. Ahora si que creo.

—Claro, hombre. Para legalizar los negocios están los notarios. Usted no tiene derecho a reclamo. El caballo pertenece a su nuevo dueño y nadie puede obligarlo a que se lo venda nuevamente.

—Yo se lo vendo si me paga seiscientos pesos — propuso Domingo, con una oculta sonrisa de triunfo que le afloraba a las pupilas nocturnas.

—¡Seiscientos pesos! ¿Estay loco? Este ladrón desgraciao cree que se va a quedar con mi caballo, pero se equivoca.

—¿Por qué se equivoca? El caballo le pertenece y él es dueño de ponerle precio y venderlo a quien estime conveniente. Ya lo sabe. Mi fallo es éste: el dueño del caballo es Domingo Carmona y usted no tiene derecho a reclamo alguno. Y para otra vez debe ser más respetuoso con el tribunal.

En seguida el juez agitó la campanilla y casi instantáneamente apareció en el hueco de la puerta la recia figura del cabo de carabineros, cuadrándose militarmente.

—Alegato terminado. Pueden retirarse.

Porfirio Campos temblaba de indignación. Su espíritu agresivo había cortado las amarras de la prudencia y corría libremente, saltando sobre las vallas impuestas por la justicia. Su alma era un volcán. Creíase víctima de un robo, de una injusticia, y todo su ser era un torbellino de pasiones desatadas. Mientras balbucía blasfemias y protestas, la mano férrea del cabo lo empujaba hacia la salida.

—¡No me empuje, ñor, si no soy ná estropajo ni pila de agua bendita!

—¿Querís que te pase pa entro por desacato a la autoridá?

—Chis. Hay que ver la justicia. Me roban un caballo y todavía me quieren meter preso. ¡Benai-ga la vida!

Domingo asistía a su triunfo transitorio con sombría complacencia. Sabía que aún no había triunfado definitivamente. Conocía a su compañero Porfirio y tenía la certeza de que recién empezaba la lucha por la posesión de la bestia que había adquirido a bajo precio y condicionalmente. Pero era demasiado tarde para desistir de su actitud inicial. Ahora tenía que hacer frente a Porfirio, hom-

bre a hombre, si era preciso. Su orgullo de macho le impedía llegar a un acuerdo después de los insultos recibidos y prodigados y de haber comparecido ante la justicia. Además, el juez habíale dado la razón y eso lo hacía sentirse más seguro, amparado por un fallo inapelable. Bien empleadas habían estado las gallinas que había enviado al magistrado la víspera del pleito. Cabalgó con negligencia y saludó cortésmente al cabo de carabineros.

—Hasta luego, mi cabo.

—Hasta luego.

Porfirio trepó de un salto sobre su cabalgadura, la revolvió con ira y le clavó las espuelas en los ijares para desahogar su violenta cólera interior. Después se alejó a la carrera, entre una densa nube de polvo, al viento la manta listada, semejante a un centauro rojo y verde, destructor de distancias.

* * *

Tres semanas más tarde, todos creían que Porfirio se había resignado a la pérdida de su caballo. Sus conversaciones se habían dulcificado, su voz había vuelto a su tono habitual y evitaba acordarse del "pleito", sonriendo ambiguamente cuando alguien hacía alusión a la innoble maña de Domingo. Pero todos se equivocaban. La venganza germinaba silenciosamente en el robusto pecho de Porfirio, nutriéndose con la espera, creciendo con el despecho. Esperaba la ocasión sin apresurarse, confiado en su propia fuerza.

Domingo, por su parte, parecía presentir la lucha. Vivía inquieto, aunque se guardaba de confiar sus pensamientos. No se dejaba engañar por la aparente resignación de su adversario. Empezaba a pesarle la posesión de aquella bestia adquirida a bajo

precio, pero ahora ya era imposible venderlo o buscar un arreglo amistoso. Aquello era un callejón con una sola salida.

Y como el encuentro era algo inevitable, la ocasión se presentó de improviso, en un apresurado atardecer de otoño, cuando el camino a "Lo Moscoso" estaba sembrado de hojas, amarillo y sonoro, alargado hacia el horizonte malva y añil, que empezaba a incendiarse con rojizos resplandores. Dos jinetes avanzaban en dirección opuesta. Se reconocieron a la distancia. Ambos pensaron simultáneamente que había llegado la hora de saldar las cuentas. No se temían. No conocían el miedo. Eran dos hombres decididos, robustos, impregnados con las obscuras potencias de la tierra que labraban. Sofrenaron sus cabalgaduras y quedaron frente a frente, mirándose sombríos, mudos, mordiendo su rencor. El primero que habló fué Porfirio.

—Al fin te encontré solo, desgraciao. Ahora si que me las vay a pagar pa que no seay sinvergüenza y ladrón.

—¡Avemaría el susto! Si me andabay buscando me tenía que encontrar.

Ambos alegrábanse de que hubiera llegado el minuto de la lucha. Porfirio quería vengarse. Domingo deseaba terminar la angustia de la incertidumbre. Prefería matar o ser muerto. Ambos eran fatalistas. Sabían lo que tenían que hacer. El camino estaba solitario. Eran sólo ellos y su rencor. Descabalgaron, manearon sus bestias y se dispusieron a la lucha, sin palabras, sin insultos, sombríos, henchidos de coraje.

Despojáronse de las mantas listadas, las envolvieron cuidadosamente a sus brazos izquierdos y

buscaron colocación en el centro del camino. Los puñales brillaban en sus manos robustas sin que se percibiera el más ligero temblor. Se miraban de hito en hito. Todo su ser se asomaba en esos instantes a sus ojos, toda la vitalidad y la fiereza indómita se reflejaba en sus pupilas duras. Eran dos machos dispuestos a despedazarse antes que dar a su adversario la impresión de ser un cobarde.

Era un duelo criollo, sin testigos. Veíanse hermosos, tensos los músculos, la mirada salvaje, las mandíbulas apretadas, delatando en sus movimientos el vigor de sus naturalezas bravías. Ambos morenos. Ambos fuertes. Ambos sedientos de sangre. Porfirio impulsado por su odio maduro por la espera, fué el primero en atacar. De un salto avanzó sobre su adversario, semejante a un toro enfurecido, blandiendo su cuchillo. Domingo, sin el acicate de un odio profundo, mostrábase más sereno y seguro en el ataque y en la defensa, y pudo esquivar el golpe con un hábil movimiento, como si hubiera previsto aquella desenfundada acometida.

Pasaron algunos minutos. Sólo se escuchaba el rumor de las hojas secas pisoteadas y la respiración fatigosa de los hombres. Desde los álamos desprendíanse las hojas amarillas, dibujando espirales en el aire para luego caer blandamente sobre la carretera. Anochecía. Las sombras empezaban a invadir el campo con su soplo negro. Las pupilas de los hombres se esforzaban en buscar el blanco propicio, para terminar la lucha. Los puñales tenían reflejos metálicos y enrojecían por instantes al atrapar en sus láminas la luz de la tarde agónica. A medida que la lucha se prolongaba, crecía el furor de los combatientes y aumentaba su ardo-

rosa obstinación de poner fin a aquella pendencia mediante una certera puñalada.

La obscuridad empezó a cegarlos y entonces el duelo se hizo horrible y temerario. El puñal de Porfirio fué el primero en rasgar la mejilla de su rival, desde el nacimiento de la oreja hasta la boca. Domingo sintió que la sangre chorreaba de la herida y penetraba por su garganta inundándole el pecho con su lluvia escarlata. Y aquella herida, en vez de restarle fuerzas, le dió nuevas energías. Atacó con fiereza, ciego de ira. Luego, su puñal se hundió en la carne dura de Porfirio, pero pronto, a su vez, el puñal de su enemigo penetraba en su cuerpo a la altura del hombro, haciéndolo vacilar.

Devolvíanse golpe por golpe, con salvaje alegría, poseídos por el demonio de la venganza que les circulaba por las venas. Ambos debilitábanse gradualmente por las bocas de sus infinitas heridas. La vida se les escapaba a torrentes. El cansancio empezó a entorpecer sus movimientos y a debilitar la potencia de sus golpes. Pronto comprendieron que, aunque tuvieran ocasión, no podrían liquidar a su adversario por falta de energías. Los brazos les pesaban demasiado y los oídos empezaban a silbarles con insistencia. Domingo fué el primero en desvanecerse. Porfirio, resistiendo los impulsos de asesinarlo, esperó a que se levantara. Pero el caído no daba señales de vida. Inmóvil, parecía muerto. Porfirio, a su vez, cayó desmayado sobre las hojas secas, semejante a un árbol que se desploma.

Aquella misma noche, un vecino los encontró inertes, desangrados. Fueron conducidos al retén, sobre rústicas parihuelas empapadas de sangre. Allí, recibidas las primeras curaciones, fueron interroga-

dos por el juez rural. Pero ambos no podían responder, demasiado débiles para hablar y consumidos por la fiebre. Agotadas sus energías en la feroz lucha, ahora sólo podían mirar el mundo desde el umbral de su silencio.

Algunos curiosos formaban corro frente a los heridos. Todos sabían el origen de aquel duelo. El juez, con el ceño adusto, perplejo, no hallaba qué hacer con su flamante autoridad. Creía ingenuamente que aquel asunto había sido liquidado con su fallo inapelable y le era difícil aceptar la evidencia, sintiéndose humillado ante la muda actitud de los duelistas.

Y allí estaban los dos hombres, mostrando en sus rostros demacrados el duro destino de sus existencias primitivas. Pero ahora, abiertas las válvulas del odio, escapado el rencor por las sangrientas bocas de sus heridas, satisfechos de haber comprobado su habilidad y su valor en aquella lucha sin testigos, sabían mutuamente, sin que pudieran expresarlo, que ya no eran enemigos. El pleito había terminado.

El hombre extraviado

DESPUES de varios días de incertidumbre y de violentas crisis, Patricio Escala pudo abandonar su lecho. Vacilante, salió al jardín, donde el sol bailaba con las flores y el aire puro y liviano corría por los senderos como un niño con los pies descalzos. La mañana era clara y fresca. Aquello le pareció hermoso. Extasiado, permaneció largo rato en muda contemplación, descubriendo matices en las flores, observando el vuelo de los pájaros, escuchando el canto de los gorriones y escrutando el rostro de las personas que encontraba a su paso.

Patricio había perdido la memoria. Todo su pasado se borró después del accidente. Una mañana, como de costumbre, ensilló su caballo "Farol" y salió a vagar por los caminos, galopando sin rumbo por las alamedas, aspirando el aire fresco, impregnado de emanaciones vegetales, al viento la manta listada como dos alas de mariposas abiertas en el vuelo.

Amo y caballo sentían la alegría de los campos verdes, del agua clara y rumorosa de los esteros ondulantes. "Farol", inquieto, mordía el freno que doblegaba su energía. Hubiera querido correr sin

detenerse en los baches, saltar sobre las cercas y lanzarse a través de los campos ondulantes de trébol. Sudoroso, con los crines al viento, resoplando ruidosamente con los ollares dilatados, sentía placer en llevar sobre sus lomos a su amo ágil y liviano.

Y después de aquel paseo matinal, "Farol" volvió sólo a las casas del fundo. Sudoroso, inquieto, golpeó nerviosamente con sus cascos la tierra dura del patio.

—¡Romelio, el "Farol" llegó solo! — gritó la madre de Patricio, presintiendo una desgracia.

Una hora más tarde, una carreta traía el cuerpo inerte del muchacho. Una profunda herida en la cabeza lo había desangrado. Estaba pálido, con los ojos cerrados, como si un gigantesco vampiro le hubiera succionado la sangre. Uno de los peones lo había encontrado de bruces a la orilla de "La Quinagüina".

—Estaba como muerto — explicaba Romelio consternado, haciendo girar su amplio sombrero de paja entre sus manos morenas.

Ahora estaba ahí, viéndolo todo con ojos nuevos, sin comprender nada, vagando por los túneles de su amnesia. Sus recuerdos, sus anhelos, sus amores, sus alegrías y tristezas, todo aquel conjunto de pasiones y sentimientos que forman la vida espiritual de un hombre, habían emigrado de su mundo interior, dejándolo vacío.

A medida que avanzaba la primavera, Patricio iba recuperando las fuerzas y sentíase más extraño entre aquella gente que lo espiaba con ternura. Su madre, consternada, lo observaba mientras vagaba por el jardín con la mirada perdida, el ceño contraído, como si mirara cosas inexistentes. Por los

corredores enladrillados de la antigua casa de campo, donde tantas veces jugara en su niñez, fué rumiando pensamientos nuevos, sin que la contemplación de los lugares familiares iluminara el pozo cegado de su memoria.

Todos sus gestos y ademanes tenían una nueva y extraña modalidad, dando la impresión de que tratara de atrapar algo que se le escapaba de las manos. Habíase perdido del camino y trataba de encontrarse a sí mismo. Pero todos sus esfuerzos eran vanos. Misántropo y sombrío, permanecía largo tiempo en silencio frente al camino que alargaba sus polvorosos tentáculos buscando el horizonte. Deseaba irse, marcharse lejos. Y como ninguna cadena sentimental podía retenerlo, un día abandonó su casa con el gesto del que cumple su destino sin que nada lo atormente. Así fué como Patricio Escala fué un vagabundo más a lo largo y ancho de los caminos de Chile, durmiendo en las cunetas y bebiendo el agua clara de los arroyos.

Nuevas pasiones, luminosas esperanzas y sombrías decepciones se albergaron en el nido vacío de su pasado muerto. Fué un vagabundo típico, con destellos de inteligencia, inestable, empujado siempre hacia los caminos que lo llevaban de una aldea a otra, de una ciudad a otra, buscando horizontes inéditos que luego parecíanle hoscos y monótonos para su sed viajera.

—¿Qué estoy haciendo en este pueblo? — se preguntaba algunas veces, cuando el cansancio le roía el alma anulando su voluntad. Parecíale absurdo que hubiera gentes que jamás salían del terruño, apegadas a la familia, encadenadas a sus hogares, envejeciendo sin perspectivas. Nada sabía de la tranquila vida de hogar, de las veladas a la orilla del brasero

encendido, de la mansa luz de la lámpara a parafina que iluminaba los cuartos acogedores, ni de la dulce voz de una mujer aromando la soledad de un hombre.

Siempre era un simple transeúnte, un pensionista, un ave de paso, un árbol que no alcanza a echar raíces, un viajero apresurado que presiente el rechazo de lo que no le pertenece y que vierte su vida como un silencioso surtidor en el patio de una casa abandonada.

El dolor, que acompaña siempre la vida de los hombres, seguía ahora de cerca los pasos de Patricio. Un anhelo constante, una inquietud perenne y una angustia indefinida, que no sabe de dónde viene ni hacia dónde va, llenaban el alma del hombre torturado. ¿Hacia dónde ir? Hacia cualquier parte. La tierra es grande. Inmensa, Grandiosa. Chile es prodigiosamente largo. Es preciso recorrerlo a pie, de norte a sur, para conocer su longitud. Patricio lo había medido con sus plantas. Desiertos, valles, montañas, mar y cordillera. Se puede andar días y noches, semanas, meses y siempre hay tierra que recorrer. Los caminos se abren como un mudo llamado, alargados hacia el horizonte, invitando a partir. Por eso en Chile abundan los vagabundos, con su bolsa al hombro y su tarro de conservas vacío colgando de la cintura, caminando bajo la inmensa comba azul que cubre al mundo.

* * *

Al atardecer de un día de verano, veinte años después de abandonar su casa, Patricio Escala encontróse frente a una larga alameda rumorosa de pájaros. Ningún paisaje había producido aquella

impresión de serenidad acogedora. Mientras escuchaba el murmullo de los álamos y el rumor de la acequia que ondulaba a lo largo de los potreros, a medida que avanzaba sumergido en sus propios pensamientos, se iba desgarrando la espesa bruma que ocultaba su pasado. Aquel paisaje lo llevaba escondido en la encrucijada más inédita de su ser. ¿Cuándo lo había conocido? ¿Acaso lo había visitado en una existencia anterior? Estrujó su cerebro tratando de romper las tinieblas que lo envolvían, con la ardorosa tenacidad del minero en el fondo de las galerías. Un rayo de luz, sigiloso, lento y vacilante, penetró en la cavidad negra de su memoria, palpó como un ciego los complejos y misteriosos resortes de su cabeza, y de pronto, como una súbita llamarada, iluminó su cerebro estropeado.

El pozo cegado de su memoria se había abierto y desde el fondo de su vida brotaban los recuerdos, agolpándose, acudiendo sin esfuerzo, precipitándose en una carrera loca, semejantes a una huidiza manada de vacunos. Ya sabía quién era él. ¿Cuánto tiempo había estado ausente de su casa, buscándose a sí mismo? No podía precisarlo. Todo era confuso, oscilante, complejo. La alegría lo sofocaba. Se detuvo para tomar aliento. Luego echó a correr como un poseído. Divisó su casa, el pequeño jardín y el viejo nogal extendiendo su ramaje semejante a un paraguas abierto. Lo reconocía todo. La casa, con su alero español, sus ventanas enrejadas y su pequeño ventanillo redondo en lo alto del triángulo que se alzaba en la parte central del edificio, conservaba el mismo aspecto patriarcal, aunque el tiempo y el descuido de sus moradores habían dejado profundas huellas en sus muros. Al

olfatear al vagabundo, dos perros ladraron furiosamente con la pelambre erizada, cerrándole el paso con decisión de cancerberos. Al ruido apareció en la puerta de la casa un hombre alto y robusto, de aspecto rudo.

—¿Qué buscas por estos lados? No hay cabida para vagabundos — lo increpó con dureza.

—No se trata de eso —protestó Patricio tratando de sonreír—. Busco mi casa... aquí viví con mi familia... viví yo... no recuerdo en qué fecha. Pero no puedo equivocarme...

—¿Quién eres tú, pordiosero?

—Patricio Escala — respondió el vagabundo dándose cuenta súbitamente de su miseria.

—¿Patricio Escala? — repitió el hombre haciendo memoria con las cejas fruncidas por el esfuerzo cerebral.

—¿Y dices que esta casa es tuya? — agregó con una mueca de sarcasmo.

—Sí, señor.

—Ja, ja, ja. Patricio Escala murió hace más de veinte años. Quedó loco a consecuencias de un golpe en la cabeza y después lo encontraron muerto en el río. Estaba hinchado, podrido. Yo mismo lo vi. Aquí lo velaron.

—¿Y... la madre de Patricio? — interrogó el hombre con angustia.

—Psh. Murió hace mucho tiempo.

—Pero, señor, aunque usted no lo crea, yo soy Patricio Escala — protestó el vagabundo, reconociendo con angustia lo absurdo de la historia que le había contado el nuevo propietario de la finca.

—¡Lárgate, mendigo, basta de bromas!

Y de un violento puñetazo lo ubicó en medio del camino. Los perros, furiosos, se avalanzaron

sobre el cuerpo del wagabundo desgarrándole las carnes con sádica crueldad.

—¡Aquí, "Nerón", "Negro"! — rugió la voz del amo.

Patricio se levantó, mudo y resignado, y se alejó por la carretera que empezaba a ennegrecerse con la vecindad de la noche.

* * *

Esta es la historia de Patricio Escala, vagabundo, relatada por él mismo a la orilla de un fogón colchagüino, mientras sus ojos mansos y tristes seguían con indiferencia las espirales fugaces del humo de su cigarrillo. Ahora, nada le pide a la vida. Le basta un mate, un cigarrillo, un trozo de pan y un rincón en que dormir. Y, además, que de tiempo en tiempo, lo dejen contar su historia.

EL RETORNO

DESCENDIO del tren en Cunaco. Era un hombre de mediana estatura, moreno, de recia estampa, en cuyos rasgos enérgicos la vida había esculpido — como un escultor atormentado — una honda ansiedad que delataban sus pupilas.

Atravesó la línea férrea con paso firme y seguro, y desembocó en la única calle de la aldea. En una esquina, una taberna invitaba a los viandantes con un letrero de caligrafía infantil: “Bar El Tropezón”. Vinos Cunaco. Chicha de Auquinco”.

El hombre, sin vacilar, penetró a la taberna. Deseaba probar la chicha de su tierra, después de larga ausencia. Se hizo servir un litro de la cruda, color rosado oscuro, apetitosa, fragante a uvas fermentadas, extraídas de las inagotables viñas de la tierra colchagüina.

Por su garganta sedienta, el líquido pasaba inundándolo de optimismo, apagando su sed, abriéndole sus pupilas. Nunca había experimentado aquella humana y nítida sensación de contacto con la naturaleza. Eran las oscuras potencias de la tierra que regaban sus vísceras para abrir las cegadas compuertas de su alegría.

Saciada la sed, el hombre cruzó el caserío de Cunaco y a poco andar el "Chimbarongo" salió a su encuentro, con sus aguas verdes y tranquilas, que hubieran parecido inmóviles si un leve estremecimiento no denunciara su corriente, al encontrar en su camino la débil resistencia de una rama hundida en el remanso. Atravesó el puente "Los guindos", gastado, tembloroso como siempre, y continuó caminando, estimulado por la nostalgia.

El camino, tortuoso, pasaba entre sementeras que empezaban a madurar, ondulando con el roce del viento. Las chicharras, trepadas en los árboles, rompían el silencio del mediodía, emitiendo su monótona canción estival.

Mientras avanzaba, Sandalio Meneses dió un salto mental hacia su pasado y vióse convertido en un muchacho delgado, abúlico, que dejaba pasar los días en una desesperante inquietud que no acertaba a precisar. Su padre, un viejo labriego chepicano que se levantaba con los primeros resplandores del alba, para empuñar la pala o la mancera, cansado de reprocharle su pereza, había terminado por despreciarlo.

—No servís pa ná — habíalo insultado un día que lo sorprendió dormido bajo un sauce mientras el agua inundaba la siembra nueva.

—Valís menos que un perro, carajo — había agregado con infinito desprecio, dándole un golpe en la mejilla con el revés de su mano acostumbrada a preparar el parto de la tierra.

Sandalio, silencioso, huraño y dolorido, se retiró a un rincón del rancho. Comprendió que allí estaba de más. Que era un estorbo. Que nunca podría empuñar la mancera del arado. Cuando lo había intentado, su descuido o su mala suerte lo ha-

cía chocar con una piedra oculta y la punta acerada se quebraba inevitablemente. Al arrojar la semilla lo hacía de un modo deplorable, como si estuviera arrojándosela a las aves. Todo le salía mal. Además, el padre lo reprendía a menudo y algunas veces le calentaba los huesos con un formidable bofetón de su puño robusto.

—No te aflijay, niño —lo consoló la madre, al comprender la pena de Sandalio—. No le hagay casa a Cantalicio. Ya sabís que tiene mal genio y que cuando anda con la perrera se desquita con los cristianos.

—Si no me aflijo por eso. Es que...

—¿Por qué te aflijís, entonces?

—Porque no sirvo pa ná...

Su madre —lo recordaba bien— permaneció mirándolo durante largo rato, mientras secaba sus manos rugosas en el viejo delantal de percala. Ella, nada sabía de sus secretas aspiraciones, maduras a la sombra de los álamos o en el silencio de las largas noches invernales cuando el viento norte rugía en los desolados campos de Colchagua. Nada sabía de sus sueños, de sus ansias de conocer el mundo, apenas entrevisto entre las ajadas páginas de la geografía elemental, que conoció en la escasa asistencia a la escuela pública de su terruño. Nada sabía de la angustia que lo acosaba cuando la noche caía sobre el rancho y solo se escuchaba el alerta ladrido de los perros y el monocorde canto de los grillos. Nada sabía de sus largas conversaciones con don Bauchá, cuyos relatos de sus aventuras y correrías por el norte del país en su juventud, lo habían sugestionado íntimamente. Nada sabía de su impaciencia por partir!

Desde el día del incidente, padre e hijo evitaban encontrarse. Apenas amanecía, Sandalio abandonaba su rancho, merodeaba por los contornos o se tumbaba bajo un árbol haciendo girar el molino de su imaginación. De improviso, lo angustiaba la ansiedad de partir hacia Cunaco, de allí a San Fernando y después huír hacia el norte, esa tierra de dorada leyenda que atraía, todos los años, como un poderoso imán, a los campesinos de la región. Pero un sentimiento de lealtad lo amarraba con invisibles lazos a los muros de su viejo rancho. Era una fuerza extraña que, en el último instante, anulaba su voluntad y le humedecía las pupilas con un suave relente de gratitud filial.

Pero todo fué inútil. De tanto pensar lo mismo, se le fué haciendo menos penosa la idea de la partida. Se había despedido tantas veces mentalmente de sus padres, que ya el hecho, al realizarse, no podía perturbarlo. Era un embrión de vagabundo que empieza por tenderse de espaldas, mirando a las estrellas, para que la imaginación vague sin trabas, para terminar caminando sobre un camino que lo conduce hacia una meta desconocida.

Y una madrugada, como lo habían hecho muchos ante que él y lo harían muchos después de su decisión, dió una última mirada a su madre dormida, pidió perdón a su padre con palabras de silencio, y echó a andar con rumbo hacia la nueva vida. A grandes trancos, decidido, terco, se dirigió a la estación ferroviaria de Cucano.

La primera etapa fué San Fernando. Y aquella ciudad de provincia, vieja y empolvada, de grandes caserones que alargan sus aleros sobre las aceras con gesto protector, apareció como un deslumbramiento ante la inédita curiosidad de sus ojos

campesinos. Pero algo muy poderoso y muy íntimo lo empujaba hacia adelante. Después de San Fernando, punto inicial de sus sueños, Santiago, ancha y populosa, lo cogió en sus tentáculos de vicios y miserias.

Y el alma tierna y pura del campesino empezó a empañarse con una niebla de amargo pesimismo, de elemental conciencia en su destino. Más tarde, la pampa, árida y gris, succionó sus energías, y lo estremeció con el brutal estampido de los dinamitazos y con su horrenda y formidable visión de tierra moribunda.

Cuando la nostalgia y los remordimientos lo ase-diaban, pensaba en el retorno. Era aquélla una rá-faga que vencía a fuerza de amor propio. No que-ría volver derrotado. ¿Qué pensaría su padre? ¿Cómo llegar hasta su rancho con las manos va-cías y cómo justificar la cobarde huída de aquella madrugada?

Muchos caminos lo vieron pasar antes de que conociera a Elena, oasis en medio de su aridez sen-timental. Fué en "Santa Laura", oficina perdida en la inmensidad de la pampa salitrera. Elena era la empleada de la cantina "El pampino". More-na, de grandes ojos negros, impúdica y sensual, sentía a su alrededor las miradas codiciosas de los machos que se disputaban sus favores con feroci-dad de perros hambrientos. En aquellos lugares, donde las mujeres escasean y la lujuria se agiganta en los sexos de los varones, la mujer es disputada muchas veces con la cortante eficacia de un puñal.

Fué visible la predilección de la muchacha por el nuevo pensionista. Sandalio parecía ignorarlo. Era todavía un campesino ingenuo, que aún no había logrado desprenderse de su manifiesta cortedad en

un medio desconocido. Fué ella la que, provocativamente, se encaró con él cuando se encontraron a solas.

—Oiga, Sandalio, ¿por qué es tan serio usted conmigo?

—Siempre soy así, mire.

—¿Con todas las mujeres?

—Con todas, pues.

—Ja, ja. Así me gustan los hombres.

—Pero a usted parece que le gustan todos, Elenita.

—Se equivoca, Sandalio. Los atiendo porque ese es mi oficio. Pero no me gustan.

—¿De veras?

—De veras.

El había permanecido en silencio, turbado ante las miradas incitantes de la muchacha, que continuaba burlándose de su inquietud, con esa refinada crueldad que caracteriza a su sexo cuando advierten la confusión del hombre que desean.

—¿Qué raro es usted, mire! ¿Todos los colchaguinos son iguales? — se burló Elena con su voz cristalina, limpia y fresca como agua de vertiente.

—¿No se ha dado cuenta, Sandalio —prosiguió poniéndose seria— que a usted lo distingo entre todos?

—Perdone, Elenita. Es cierto, no me he dado cuenta. Yo creía que a usted le gustaba el mecánico Palacios, ese de las chuletas...

Desde aquel día fueron amantes. Sandalio le propuso que abandonara aquel empleo que la obligaba a permanecer durante todo el día y parte de la noche en aquel recinto. Pero ella se resistió manifiestamente. Deseaba trabajar. Quería mantener su in-

dependencia. Además, acostumbrada al bullicio de la cantina, estaba segura de aburrirse en la soledad de una pieza.

Después que cerraba el establecimiento, ella se metía en el lecho de Sandalio, como un tibio ovillo de carne lujuriosa. Sandalio creyó encontrar la felicidad al lado de aquella mujer joven, ardiente, impetuosa, que lo estrujaba entre sus brazos morenos, ofreciéndose íntegra, con impulsos primitivos. Pero aquello no duró mucho. No podía durar. Sandalio sintió germinar en sus venas el demonio de los celos y perdió la tranquilidad. Por las noches, lo invadía una densa nube de dudas que lo hacían permanecer despierto y torturado. Era inútil que se asegurara a sí mismo que la muchacha le pertenecía y que nada ni nadie podría arrebatársela, porque por un invisible resquicio de su inquietud se colaba la incertidumbre para conducirlo hacia el infierno de los celos. Espiaba a Elena. Vigilaba sus gestos, sus actos, sus palabras. Permanecía alerta, en una eterna vigilia para sorprenderla. Le era odiosa toda compañía. Veía un rival en cada cliente de la cantina.

Mientras tanto, Elena, sometida a su oficio, sonreía llevando y retirando platos entre las mesas, dejando en el ambiente un suave olor a polvos baratos, que acicateaba los apetitos de los hombres sometidos a larga continencia. Sandalio, con los ojos fijos en su plato, sorbía lentamente su sopa humeante, mientras en su interior sentía crecer la llama del odio hacia los que lo rodeaban, sintiendo a su vez, en las miradas y en los gestos despectivos, el desprecio y la envidia de los que no podían conformarse con su suerte y aceptar su derrota amorosa.

Hasta que un día sucedió lo inevitable. Un cliente borracho, provocativamente, intentó besar a la muchacha. Sandalio, de un salto, se ubicó en mitad de la estancia en actitud de reto. El borracho, como si hubiera esperado durante largo tiempo aquel instante, se avalanzó hacia él con un gesto de repugnante ferocidad.

Sandalio era robusto y llevaba la mejor parte en la pendencia. Los espectadores aullaban enloquecidos. De pronto, una botella lanzada desde un rincón le azotó el cráneo con violencia y se derrumbó como un árbol tronchado. Nunca más pudo volver a la cantina. La patrona se lo impidió en la puerta cuando intentó hacerlo, al día siguiente de la pendencia.

—No admito pendencieros en mi casa. Puede buscar otra pensión.

Elena, por su parte, evitó su encuentro. Una semana más tarde, supo que el nuevo amante de la muchacha era el mismo hombre que lo había golpeado con la botella. Al saber la noticia, sonrió tristemente.

—Así es la vida — murmuró resignado.

Y de improvviso lo acometió una cruda nostalgia de volver a mirar los verdes y feraces campos de Colchagua, los ríos caudalosos, los torrentes turbios que bajan de la cordillera, los cerros montañosos y el viejo parrón de su rancho, cargado de racimos cuando empezaba el otoño. Le bastaba evocar el pasado para volver a respirar el aroma del orujo estrujado y recordar el dulce y picante sabor de la chicha cruda que hervía en las tinajas de greda. Evocó a su padre, severo y bondadoso a la vez, y a su madre, anciana y achacosa. Desde aquel momento sólo

pensó en el regreso y una mañana decidió partir. Solicitó su "arreglo", bajó a Iquique, cogió un barco caletero y emprendió el retorno a su tierra natal, que lo atraía desde la distancia, más allá del horizonte calcinado de la pampa, con el poderoso imán de los recuerdos.

Ocho años había durado su ausencia. Lo suficiente para que el muchacho de antaño se trocara en un hombre de rasgos enérgicos y decididos, de rostro bronceado y de manos rudas y endurecidas por el trabajo. Además, como una advertencia del destino, traía aquella profunda cicatriz en la cabeza que lo hacía permanecer en constante acecho de las intenciones ajenas.

Avanzaba la tarde cuando Sandalio divisó el ondulante lomo del cerro de Lima. Allí, en su laderas, había bailado sus primeras cuecas en las fiestas del "dieciocho", cuando los vecinos de Chépica y Auquingo se vaciaban en carretas engalanadas o en briosos caballos jineteados por auténticos huasos de vistosos chamantos, que corrían como veloces centauros en la cancha de "Las arañas", o ejecutaban atajadas maestras en las quinchas de la media luna. "La Quinagüina" corría mansamente a un lado del camino, separándolo del cerro de Lima. En aquellas aguas cristalinas, que reflejaban en su suave corriente la mansedumbre de los sauces y el azul pálido del cielo, se había sumergido muchas veces en compañía de otros mocosos que huían de la severa disciplina de don Rosamel, el viejo maestro rural. ¡Qué lejos le parecía todo aquello y qué emoción sentía al ver esos parajes después de su prolongada ausencia! Los hombres cambian, pero el paisaje es siempre el mismo. El cerro de Lima, "La Quinagüi-

na", el camino, los árboles. Todo permanecía inalterable. Todo. En cambio, él ¡cuánto había cambiado!

La tarde empezaba a teñir el cielo de carmín cuando Sandalio divisó las primeras casas de su aldea. Estaba en el umbral de Chépica. Una intensa alegría, una súbita explosión de gozo que le empañaba las pupilas, lo hizo olvidarse de su cansancio. Nada había cambiado. Las mismas casas. Los mismos rostros. El mismo olor acre de los chiqueros y de los caballos sudados. El corazón le brincaba en el pecho con la emoción del hombre tomando contacto con su tierra. Saludó a algunas personas que acogieron su cortesía con indiferencia. No lo reconocían. Apresuró el paso. Deseaba llegar pronto a su rancho, como un animal buscando la querencia.

La calle por la que avanzaba, que no era otra cosa que la prolongación edificada del camino, desembocaba en la pequeña plaza de la aldea. A un costado, la iglesia erguía su torre cuadrada, pintada de blanco, coronada por una pequeña cruz, sobre las casas chatas que la circundaban. Dobló una esquina, buscando la querencia. Vivía en "El Rincón", un apacible y silencioso callejón, orillado de álamos y de olmos, que en el otoño doraban el camino con una maravillosa alfombra de hojas secas.

Después de andar algunas cuabras, allí, a cincuenta pasos, estaba su rancho, más viejo y abandonado que antes. Golpeó. La puerta abrióse lentamente. Una viejecita encorvada como un sauce y agrietada como un muro destruído lo escudriñaba sorprendida, analizando los gestos y la muda actitud de aquel desconocido que le sonreía detrás de su máscara de polvo mezclado con sudor. Luego, su instinto lo reconoció.

—¡Sandalio! ¡¡Sandalio!! ¡¡Llegó Sandalio!! —
gemía la anciana palpando a ese hombre rudo que
la estrechaba entre sus brazos.

En el hogar de los pobres no abundan las expansiones. La miseria impone a la gente una amarga sobriedad de palabras. La madre gemía, torpe en su felicidad. De sus labios exangües no salió ni un reproche, ni una leve queja contra el hijo que la había abandonado sin despedirse, sin una palabra de consuelo.

—¿Y mi taita? — indagó el hombre con gesto cansado.

—Aendro está, en el huerto. Anda bajando duraznos.

Sandalio asomó su cabeza por el hueco de la puerta que daba hacia el huerto. Debajo de un espino, el horno de barro abría su boca ahumada en un bostezo permanente. El viejo parrón, con actitud cansada y taciturna, le daba la bienvenida alargando sus manos en un mudo gesto de amistad. Una carreta pequeña, apuntaba hacia el cielo con su pértigo de luma. Y desde el cuarto de los aperos llegaba el inconfundible olor de las coyundas, de las monturas y jaeces. Parecía que la ausencia había agudizado sus sentidos. Su olfato percibía todo aroma flotando en el aire y sus pupilas captaban los más nimios detalles del campo y de su rancho.

La voz de la madre lo arrancaba de su ensimismamiento.

—Creía que te habías muerto —murmuró la anciana—. Nadie me daba noticias tuyas. Le hice una manda a la Virgen de vestirme del Carmen para toda la vida si volvías. Ahora voy a tener que pagársela.

El muchacho intentó reír, pero estaba demasiado cansado para hacerlo. Además, sentíase cohibido, desambientado. Por eso, levantóse con desgano, miró hacia el camino que empezaba a teñirse de sombras y después se dejó caer en un rincón para sentirse más dueño de sí mismo,

* * *

Con el puño en la manquera, Sandalio rumiaba sus recuerdos. Los viajes, los puertos, los amigos, Elena, las pendencias, todo pasaba por su imaginación como una cinta cinematográfica. Aquella vida del campo lo deprimía. El verde limpio de los potreros perfumados a menta y el agua clara de los arroyos, ya no le parecían tan hermosos como los recordaba en sus añoranzas de la pampa.

Su espíritu aventurero, el demonio de la inquietud, filtrábase nuevamente en sus venas, endureciendo sus ojos y contrayendo sus cejas. Anhelaba partir. ¿Hacia dónde? No lo podía precisar. Tal vez era el sur, con sus ciudades limpias y verdes, el mar o el carbón, o la pampa nuevamente, lo que lo llamaban desde la distancia con sus campanas invisibles. Por eso en las tardes, cuando volvía del trabajo, sentábase silencioso en un rincón del rancho, con los ojos bajos, hasta que la suave voz de la madre lo invitaba:

—Sandalio, a comer.

Así, todos los días. Mientras comían, su padre lo imponía de sus proyectos, hablando a tropezones, persiguiendo sus propios pensamientos:

—Este año vamos a sembrar trigo, Sandalio. Si nos va bien en la cosecha, compramos una vaca lechera. Este invierno si que hacemos el galpón entre

los dos. Yo solo no pueo. Y'astoy viejo pa esas cosas.

Sandalio lo escuchaba en silencio. Las voces cascadas del viejo las sentía llegar desde la lejanía, extraviadas, sin sentido. De tarde en tarde, oíase la tos ronca de su madre que arrastraba su vejez en el cuarto contiguo. Más lejos, sobre el campo, escuchábanse ladridos de perros y mugidos de vacunos que regresaban a los establos. Todo aquello era patriarcal, simple, monótono, cotidiano. Y su memoria, rebelde al presente, evadíase hacia el pasado que guardaba en sus recuerdos como un complejo bagaje de vida y sufrimientos.

* * *

Aquella noche apenas durmió. A la mañana siguiente, cuando el alba se insinuaba en los picachos de la cordillera lejana, Sandalio se levantó sigilosamente, dió una última mirada a su padre dormido, pidió perdón a la anciana con palabras de silencio y, como en otro tiempo, atraído por el espejismo de las distancias y azuzado por la inquieta esperanza de su sangre andariega, tomó el camino hacia la estación ferroviaria de Cunaco, punto de partida de su inquietud viajera.

Y esta vez fué un viaje sin retorno.

EL CHOCO

MIENTRAS contempla a su caballo enfermo, Hilario Peñaloza, sentado sobre un yugo, echa a rodar sus pensamientos por los largos y silenciosos caminos del recuerdo. "El Choco" era para él casi como un miembro de la familia, tenía rango de intimidad y había penetrado, con el transcurso de los años, en el sencillo rincón de sus afectos.

Allí estaba ahora "El Choco", con los párpados caídos, el belfo colgante, torturado por las moscas implacables, indiferente al pasto fragante y a la dorada cebada que se desbordan del pesebre, resignado, con la dulce mansedumbre de las bestias domesticadas. Flaco, con la pelambre opaca, nadie que no lo hubiera conocido antes habría sospechado que aquel caballejo había sido un animal brioso y gallardo, de sonoros ollares cuando galopaba por las largas alamedas y campos colchagüinos.

Hilario, al contemplarlo, recuerda la primera vez que montó sobre sus lomos ariscos que no conocían la montura. "El Choco" era hijo de la yegua torquilla de su compadre Pantaleón y del potro negro tapado de la hacienda "Colchagua". La yegua era pequeña, nerviosa, espantadiza. En cambio el potro

era un animal dócil, pasivo, de tranquilo mirar, que se dejaba montar hasta por el más pequeño hijo del patrón. De aquel cruce había nacido "El Choco", que heredó la piel tordilla de su madre y el tranquilo mirar, la resistencia y la pasividad del padre.

Los primeros corcovos del potrillo fueron feroces. Enarcó el lomo como un arco tenso, hundió la cabeza entre las manos y se lanzó ciego hacia adelante, sacudiéndose sin descanso, bramando de furor y de impotencia por no poder derribar al jinete que se sostenía difícilmente sobre la montura.

Aquello duró cinco minutos. Después, sudoroso, vencido, el potrillo avanzó al paso, con los ijares temblorosos, atento a la espuela que le rozaba el vientre, dispuesta a hacerle sentir la fuerza del domador. Nunca más volvió a corcovear, y como si hubiera existido un pacto tácito entre el hombre y la bestia, Hilario jamás volvió a castigarla sin que mediara un poderoso motivo o que, cegado por la rabia o por el alcohol, perdiera el control de sus acciones. Desde entonces, "El Choco" había sido su compañero de correrías. Lo había arrimado a las varas topeadoras, largado en carreras a la chilena y guiado en las polvorosas canchas de las medialunas. En todas partes el animal lo había dejado bien parado, engendrando un sano orgullo en el hombre y una estela de aplausos entre los huasos.

Después, cuando nació su primer hijo, de un galope fué a buscar a la comadrona de Placilla, a la que trajo al anca, galopando sin descanso sobre el fango del camino. "El Choco" —bien lo recordaba— resoplaba como si fuera a reventar, cubierto de espuma, empapado de sudor que se evaporaba formando tenues nubecillas que se diluían en el aire frío de la tarde invernal.

Más tarde, cuando su mujer, la Maiga, enfermó gravemente, le tocó ir a llamar a la meica. En aquella ocasión estuvo toda una noche amarrado a la vara topeadora, listo para partir a San Fernando a buscar las medicinas necesarias. "El Choco" lo había acompañado en la buena y en la mala fortuna. En las fiestas y en los velorios, en las trillás, en los rodeos, en las apartas, dondequiera que las faenas del campo necesitaran un hombre montado, Hilario y "El Choco" estaban presentes, unidos por el destino que también los llevó, algunas veces, a correr a Cristo, galopando desenfrenadamente, envueltos en densas nubes de polvo, detrás del coche cerrado en el que el cura del pueblo repartía la eucaristía a los pobres de los contornos en las fiestas de Cuasimodo.

Así, de día en día, fué transcurriendo el tiempo. Otoño. Invierno. Primavera. Verano. El ciclo de las estaciones se repetía sin descanso, desde el comienzo del mundo hasta el futuro infinito. Caminos cubiertos de hojas secas, que en invierno se pudrían embalsamando el aire de ácidas emanaciones, lluvias, heladas que cubrían a los humildes charcos con primorosas tapas de cristal, sigiloso reventar de los árboles en primavera para llegar al verano que abrasaba los caminos con sus furiosos látigos de fuego.

Una semana atrás, Hilario iba en camino a Placilla cuando advirtió que su caballo retardaba la marcha. Al comienzo, lo atribuyó a pereza del animal y lo requirió blandamente con las grandes rodajas de sus espuelas. Pero "El Choco" no reaccionaba. Sólo sus orejas ondulantes con el compás de la marcha demostraban el agotamiento. Hilario necesitaba ir a Placilla con urgencia. Se trataba de un

negocio. Por eso, una sorda irritación lo fué ganando, nublando sus sentimientos en una densa nube de egoísmo, irritación que se tradujo en feroces espuelazos. Pero el caballo no podía galopar. Apenas pudo iniciar un lerdo trote que lo hacía sacudirse grotescamente. Hilario, entonces, tuvo la súbita certeza de que "El Choco" estaba enfermo.

Lo sofrenó con cautela, descabalgó, lo alivió de la presión de la cincha, examinó sus cascos y luego quedó pensativo en mitad del camino, con un profundo tajo de duda entre las cejas. Pensaba. Si el caballo se moría, no tendría dinero para adquirir otro. Además, parecía difícil acostumbrarse con un nuevo animal. Aquel caballo era para él algo más que un simple animal doméstico, aunque no sabía explicarse con certeza y claridad sus verdaderos sentimientos.

—Es que a éste lo vi nacer —se explicó a sí mismo—. Y cuando joven era lo mismo que yo: testarúo y güeno pa los encontrones. Ahora está viejo. Ya no sirve pa ná: lo mismo que yo.

Volvió grupas, en dirección al rancho, protegido por una larga hilera de álamos flexibles, semejantes a verdes guitarras para los invisibles dedos del viento sur. "El Choco" avanza lentamente, con la cabeza gacha, extenuado por la marcha. En los ijares le han florecido dos rosas rojas como un escarnio para su vejez inútil. Los huesos de su grupa se erizan, apenas protegidos por la envoltura tordilla, mientras que en sus ojos soñolientos y en sus orejas flácidas, se refleja la angustia de su organismo agotado.

Jinete y caballo vuelven derrotados. Es el triunfo del tiempo sobre la materia. Una lenta amargura empieza a circular por las venas del hombre apoya-

do en su silencio. Le extraña que no hubiera observado la plácida decadencia de su animal, hasta aquel preciso momento en que se negó al requerimiento de la espuela, y terminó por comprender que "El Choco" había hecho tremendos esfuerzos por complacerlo, dando la impresión de sostenida energía. Por eso, con un sincero afecto de camarada, palmoteó las tablas del cuello y de su caballo, que comprendió en silencio aquel mudo gesto de agradecimiento y de ternura.

* * *

Hilario se levantó cuando el alba, lechosa y vacilante, luchaba con la noche, en una confusa mezcla de sombras y de luces salpicada de estrellas temblorosas ante el avance del día. Un zorzal, madrugador cotidiano, cantaba en la copa de un ciruelo, mientras sus ojos zahoríes oteaban el horizonte de viñas tempraneras. Más allá, algunas diucas trinaban inundando el amanecer con el agua limpia y cristalina de su canto. Algunos gallos cantaban alertas, enlazando sus cantos como un eco, hasta caer rendidos en el campo. Toda la tierra parecía cantar ante el embrujo de un nuevo día que avanzaba sigilosamente, con su presencia de infinito. Hasta que de pronto el sol, como una inmensa hostia incandescente, hizo su aparición sobre el altar de granito y nieve de la cordillera, sostenido por las manos de Dios.

Hilario, hosco y taciturno, como si toda aquella belleza no le perteneciera, ajeno a la eterna y silenciosa sabiduría de las cosas, recorría los contornos del rancho como si buscara un objeto extraviado. Después, decidido, se dirigió a la huerta donde em-

pezó a cavar con verdadera furia, haciendo saltar los terrones con rabioso esfuerzo. Su mujer, desgredada, sacudiéndose el sueño de los ojos, lo contempló asombrada. Luego, su risa fué un agudo cacareo que se fué debilitando poco a poco, hasta terminar en un leve chorro de regocijo interno. Su buen humor de campesina sana y robusta, sin complicaciones, no pudo ahora contagiar al hombre que, por toda respuesta, arrojó la herramienta y se encaminó murmurando hacia el pequeño corral donde se encontraba "El Choco", cobijado en una rústica pesebrera. La bestia giró el cuello lentamente al advertir la presencia de su amo y luego continuó inmóvil, con los ojos cerrados, sin cuidarse de espantar las moscas que lo acosaban como si ya fuera un cadáver.

En los ojos del hombre había una mezcla de pena y remordimiento. Sentíase cómplice de un delito. Había vendido el caballo a un matarife de San Fernando. Ahora, esperaba la llegada del comprador, acosado por los escrúpulos, roído por los remordimientos. Largo rato permaneció al lado de su caballo, sin decidirse a acariciarlo, sumergido en sus reflexiones. Aquel animal era su amigo, su compañero de muchas aventuras, el mudo confidente de sus penas y alegrías. Pero ahora estaba viejo, inútil, vencido. Era preciso venderlo. Era necesario separarse. El destino de ambos se había cumplido.

—¡Güen dar — murmuró Hilario en voz alta, resumiendo en esas dos palabras el conflicto sentimental que le enrojecía los ojos, y en seguida entró a su rancho donde empezó a labrar un yugo con taimada vehemencia. Pero el trabajo no le satisfacía. Aquella mañana había amanecido torpe. Cla-

ro. Si no había pegado los ojos durante toda la noche pensando en aquel animal que se moría de viejo.

Un acompasado galope que provenía del camino real le hizo nacer un acertado presentimiento. A los pocos instantes, un jinete deteníase frente a su rancho, acosado por los agudos ladridos de los perros. Se saludaron con desgano, con la instintiva desconfianza de los campesinos.

—Aquí vengo por el caballito — dijo el hombre desde lo alto de su cabalgadura.

—Güeno. Lo estaba esperando.

—Aquí tiene la plata, on Hilario. Son doscientos pesos, según lo tratado.

Hilario recibió el dinero, lo contó cuidadosamente y lo guardó en el fondo de su bolsillo vacío. Luego, sin apresurarse, penetró al interior de su rancho, se dirigió al corral y pasó una cuerda por el cuello de su caballo. El animal, con gesto indiferente, siguió a su amo que lo condujo hasta el camino.

—Aquí está.

—Bueno. Me lo llevo, entonces. Parece esqueleto el caballito. Hasta la vista.

Hilario sintió un nudo en la garganta y se avergonzó de su debilidad sentimental. Había sido siempre un hombre hosco y rudo y parecíale estúpido llorar por una bestia. Intentó mostrarse indiferente, ocultar su pena a los ojos del comprador, pero no pudo reprimir una caricia, y alargando el brazo deslizó sus dedos toscos por el delgado cuello de su caballo, como un último gesto de despedida.

El comprador se alejó lentamente, acomodando la marcha de su cabalgadura al tardo paso del caballo enfermo que llevaba a la zaga. Hilario lo vió

partir con las pupilas húmedas y el ceño contraído por invisibles pinzas, hasta que "El Choco" se perdió en un recodo de la carretera. Sólo entonces penetró a su rancho, contempló los billetes en su mano extendida y tomó una brusca decisión.

—¡Gumercindo!

—¡Ya voy, taitita!

—Toma. Anda a comprarme un doble de vino al almacén de ño Polanco.

Hilario permaneció hosco y taciturno, atormentado por los remordimientos. Parecía ver aún la mirada de "El Choco" antes de partir, dirigida a su conciencia como un mudo reproche. Su mujer, al contemplarlo en aquella actitud extraña, vació sus conjeturas en una pregunta de aguda eufonía, mezcla de curiosidad y compasión.

—¡Y pa qué querís tanto vino vos, que no tomay nunca?

—¡Cállate, porquería! — explotó el campesino sin mirarla para no delatar la humedad de sus pupilas.

Y se derrumbó en una silla para conversar con su silencio.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



